

Bibliografía hispano-latina clásica. Horacio. Tomo 2

Índice:

ADVERTENCIA PRELIMINAR

LIBRO I

LIBRO II

LIBRO III

LIBRO IV

EPODON

OTRAS TRADUCCIONES DE ODAS DE HORACIO FLACO: LIBRO I

IMITACIONES DE HORACIO

OTRAS TRADUCCIONES DE ODAS DE HORACIO FLACO: LIBRO II

OTRAS TRADUCCIONES DE ODAS DE HORACIO FLACO: LIBRO III

OTRAS TRADUCCIONES DE ODAS DE HORACIO FLACO: LIBRO V

POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. ADVERTENCIA PRELIMINAR

POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO I

TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO II

TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO III

TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO IV

TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO V

IMITACIONES HORACIANAS

[p. 9] ADVERTENCIA PRELIMINAR

Lo que siento y pienso de Horacio, lo he dicho en una epístola, que se leerá a continuación de esta advertencia. [1] No creo necesario repetir aquí en prosa lo que allí está formulado en verso. Por algo se dijo: non bis in idem. Tampoco he de contar la biografía de Horacio: está en todas partes. Él mismo, que es de los poetas más sinceros que ha visto el mundo, la ha dejado escrita con caracteres inmortales en sus versos. Como comentario erudito, basta leer el libro de Walckenaer.

Estas líneas no tienen otro objeto que explicar y justificar, en parte, el plan seguido en la ordenación de este tomo. Ocurrió al editor de esta colección enriquecerla con las odas del cantor de Ofanto, pero no reproduciendo la traducción más completa y estimada que de ellas tenemos, es decir, la de Burgos, ni poniendo tampoco su ilustración en manos de un solo dibujante, sino haciendo un ramillete con las mejores versiones sueltas que poseyésemos, y confiando también a diferentes artistas las ilustraciones, de tal suerte que el libro llevase la originalidad de ser un tributo de las musas y de las artes castellanas al gran lírico de Venusa. [2]

[p. 10] Era lo único que faltaba en la biografía horaciana. Los cantos del amigo de Mecenas han sido reimpresos más que otra obra alguna en el mundo, si se exceptúa la Biblia, y han sido reimpresos en todas formas y maneras. Ediciones críticas, ediciones vulgares, ediciones completas, ediciones expurgadas, ramilletes, trozos selectos y antologías, comentarios perpetuos, notas y apostillas, glosas e interpretaciones, excursus críticos, traducciones en verso, traducciones en prosa, traducciones interlineales, traducciones parafrásticas, imitaciones directas, plagios y reminiscencias. Faltaba implorar la ayuda de las artes del dibujo. Lo que yo he visto de otras partes no me satisface: en alguna ocasión se ha empleado con poca dicha la fotografía, arte moderno, arte industrial y anticlásico. Mejor lo han discurrido los editores de esta Biblioteca, que han querido que, al lado del museo de nuestras traducciones e imitaciones horacianas, figurase otra pequeña galería, en que el arte español diese muestra de la manera como entienden e interpretan sus hijos las creaciones del arte antiguo.

De tres elementos se compone este libro, los grabados, las traducciones y las imitaciones. Para juzgar de los primeros, me reconozco lego e ignorante: el público dará su fallo. Sobre las traducciones conviene decir algo, porque ni todas son modelos, ni las débiles o medianas se ponen aquí a humo de pajas, por ignorancia o mal gusto de los coleccionadores de este volumen. Todo tiene su razón de estar aquí, y conviene exponerla.

Este libro, a la vez que traducción de las odas de Horacio, quiere ser (como antes dije), una especie de museo de la poesía horaciana en España. De aquí la necesidad de insertar muestras de los diversos estilos y maneras con que ha sido entendido y trasladado a nuestra lengua Horacio, en las varias edades de nuestra historia literaria. A esta razón se añade otra menos histórica, pero también ineludible: la de no existir en castellano traducciones magistrales de algunas odas, y ser forzoso elegir, entre las que conozco, las menos malas, que ninguna de sus poesías líricas deje de leerse aquí, fuera de las dos odas del Epodon «a una vieja libidinoso», las cuales por su extremada obscenidad, que llega hasta lo soez y tabernario, no parece bien que corran en romance, ni menos en un libro

popular y destinado a la común lectura.

¿Y por qué, se dirá, no haber reproducido a secas cualquiera [p. 11] de las traducciones completas que existen? Pero, ¿cuáles son éstas, si se exceptúa las de Burgos? Yo creo conocerlas todas, y aseguro de buena fe, que quien no sea erudito o latinista (y mucho menos quien lo sea, porque éste no necesita traducciones), no podrá leer seguidas dos páginas, sin dormir, y dejar caer el libro de las manos. La versión de Villen de Biedma, preceptor granadino, la del P. Urbano Campos, jesuita en el colegio de Lyon de Francia, y la (por otra parte apreciable y literal), de don Joaquín Escriche, que son las más corrientes (prescindo aquí de las manuscritas), han de tenerse, no por traducciones literarias, sino por interpretaciones, palabra por palabra, para abreviar a los muchachos la fatiga de la traducción. Las dos o tres que hay en verso de todo Horacio, v. gr., la de D. Felipe Sobrado, impresa en la Coruña en 1813, no pueden excitar más interés que el de la codicia bibliográfica. Sus autores, meros latinistas, sin gusto ni aliento poético, emprendieron obra muy superior a sus fuerzas; yo las he recorrido una a una con el deseo de encontrar algo utilizable para este tomo, y no he podido entresacar una oda sola.

Queda la traducción de Burgos, trabajo ciertamente de primer orden, digno de ponerse al lado de los mejores que otras naciones ostentan. Pero el libro de Burgos está en todas manos, y su reproducción no hubiera ofrecido novedad alguna. Además, sin convenir yo con la durísima sentencia de Andrés Bello, que llamaba a Burgos «mal traductor y excelente comentador de Horacio» sin subscribir en lo más mínimo a esta apreciación del crítico venezolano, que tengo por hija de la pasión más que de estudio detenido; poniendo yo sobre mi cabeza algunas traducciones de Burgos, especialmente las que hizo en versos sáficos, dos o tres de las cuales, v. gr., el Septimi, Gades, el Laudabunt alii, el Mercuri nam te, el Pyndarum quisquis, tengo hasta por insuperables, todavía no dejo de reconocer que la excelencia que alcanza Burgos en conjunto, flaquea algo, si se le examina en los pormenores, y que la palma que tan liberalmente se le otorga entre nuestros intérpretes de Horacio la merece sólo por sus buenos trozos, y no por muchas odas, prosaicamente traducidas y débilmente versificadas, que sólo trasladó por el compromiso en que se había puesto de traducirlo todo. En este mismo libro [p. 12] se notarán algunas suyas muy flojas, que solo hemos puesto obligados por la penuria antedicha.

Téngase en cuenta, además, que Burgos, hijo del siglo XVIII, educado en el gusto de su tiempo, y con las doctrinas y los libros de la escuela clásica francesa, no veía la antigüedad cara a cara, y con la independencia con que la vemos hoy; y fuera de los casos en que el haber elegido los mismos metros del original, o alguna feliz inspiración de su gusto exquisito, le hacían ser más sobrio y ceñido al texto, no puede decirse que tradujera a Horacio como hoy se le puede y debe traducir, ni que le diese propio y nativo color; antes le desfigura de continuo con afeites y elegancias modernas, y aun con extraños anacronismos de dicción, por donde su traducción con ser obra de inmenso estudio y a la vez un tesoro de lenguaje poético castellano, merece en muchas ocasiones el nombre de «bella infiel» que en Francia se dió a cierta traducción de Luciano. Burgos parece como que huye temeroso, de toda expresión sencilla, pintoresca y cruda, de todo latinismo o helenismo robusto, de toda transición brusca, de todo final duro, y con más ahinco de todo pormenor o comparación realista y tomada de la vida común. De aquí que muchas veces el enérgico decir de Horacio, que al fin, es poeta «antiguo», aunque no sea ciertamente poeta primitivo, sino cultísimo y refinado, se convierte, al pasar por manos de su traductor, en un decir muelle, lánguido y enervado, que suena a madrigal francés, a anacreóntica de Meléndez o a aria de Metastasio. Hasta los metros cortos, de que tanto usa y abusa,

contribuyen a esto, y acaban de dar carácter español y moderno a composiciones que por ningún lado pueden ni deben tenerle. De aquí la necesidad de no limitarnos a Burgos, sino reproducir de él las odas mejores, y emplearle además para remedio de las faltas de todos los otros.

La serie de estos traductores, es larga. De muchos de ellos di noticia en un Ensayo sobre «Horacio en España»: después he adquirido casi otros tantos, todos los cuales saldrán en una segunda (enteramente nueva), edición, que de aquel libro preparo. Entre esta balumba de intérpretes, era preciso elegir, y yo lo he hecho, no sé si con entera fortuna.

El primer lugar era preciso concedérsele a Fr. Luis de León: ¿Y cómo no, cuando él es nuestro gran poeta horaciano? Ciertamente [p. 13] que lo es todavía más cuando imita que cuando traduce: cierto que en sus versiones, propiamente dichas, abundan los versos flojos, las frases desmayadas, y aun las torcidas inteligencias del sentido, tales algunas, que pueden inducir a creer que nos las habemos con los primeros ensayos y tanteos del poeta, antes de adquirir fuerza en sus alas para volar hasta las estrellas en la «Noche serena», o para adivinar y describir con las plumas de los ángeles «La vida del cielo», o para seguir con ojos extáticos «La Ascensión» del Señor. Pero así y todo, ¡cuántas versiones muy lamidas y muy peinadas de elegantes humanistas a lo Burgos, pueden darse por uno solo de esos rasguños, tan informes y a veces tan desmañados! Fr. Luis de León, es un gran poeta, que interpreta a otro poeta, quizá no tan alto como él, y vierte e infunde su propia alma en lo mismo que imita y traduce, dándole vida y colorido propios. ¡Cuánta poesía hay en cualquiera de sus audacias de lenguaje! ¡Qué majestad antigua en medio de su aparente llaneza! ¡Qué vulgarismos tan poderosos y tan empapados en la realidad! Léase con especial atención el *Beatus ille*. Para quien tiene ojos y alma, cada palabra del traductor es una revelación. Otro cuente los versos duros y las rimas falsas; por mi parte aseguro que nunca llegaremos los españoles a penetrarnos del sabor de lo antiguo, hasta que rompamos con la tradición altisonante y académica del siglo pasado, de los Quintanas y Gallegos, y aprendamos a estimar el tesoro que tenemos enterrado en nuestro más grande y menos entendido poeta. Yo bien sé que a oídos acostumbrados a la «trompa de Mavorte» y al «broncíneo tubo», les han de sonar a cosa plebeya y humilde aquellas divinas estrofas:

*Cual hace la Sabina o calabresa
«de andar al sol tostada»,
y ya que viene el dueño enciende apriesa
la leña «no mojada»:
y ataja entre tos zarzos los ganados,
y los ordeña luego,
y pone mil manjares «no comprados»,
y el vino «como fuego», etc.*

Pero si no sienten esta poesía, suya será la desgracia y de sus maestros, y no ciertamente nuestra

[p. 14] Aunque a gran distancia de Fr. Luis de León, merecen recuerdo, y se reimprimen aquí, no sólo a título de curiosidad bibliográfica, sino por cierto sello de venerable vetustez que traen consigo, y por algunos pedazos candorosos, a la vez que poéticos, que contienen, algunas de las traducciones, por lo demás harto incorrectas, parafrásticas, y (digámoslo así), libérrimas, que coleccionó Espinosa

en las «Flores de poetas ilustres»; sin olvidar tampoco la única y admirable traducción del divino Herrera, y algunas odas de Francisco de Medrado (no tantas como yo quisiera, y el poeta merece), que es de todos los imitadores de Horacio el más latino, el más sobrio, el más rápido, el que mejor ha remedado la marcha de los períodos rítmicos de Horacio, el que más se le parece en la manera de encabalar las estrofas, y el que más le anda a los alcances en el arte de economizar las palabras. Las odas que da por originales, son las mismas de Horacio, trocados los nombres, refundidas, y casi siempre abreviadas. He incluido dos o tres de las más próximas al original.

Nuestros poetas del siglo XVI solían traducir como quien hace obra original, poniendo en cabeza del venusino sus propias ideas y afectos, y haciéndole sentir y pensar en castellano. De aquí cierta infidelidad sistemática: de aquí también cierto desenfado, gallardía, frescura y abandono juvenil, que en los mejores enamora. No era posible escribir así en el siglo XVIII, pero lo que se perdió en arranque propio, se ganó en corrección reflexiva y estudiosa. Las traducciones horacianas de Moratín, el hijo, y alguna de Arjona, llegan a cuanta perfección cabe en lengua moderna. Burgos se queda muy atrás en esas odas. De poetas de este siglo, van algunas más de americanos que de españoles. No se tome por arrojo e inmodestia ver mezcladas dos o tres de quien esto escribe. Quísole el editor, queriendo honrar en ella, no su mérito intrínseco, sino el vano desiderio de la belleza antica, que su autor persigue.

De D. Rafael Pombo, poeta colombiano, van algunas inéditas, con cuya dedicatoria nos ha honrado desde Santa Fe de Bogotá. No las hay más valientes y atrevidas en nuestra lengua.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 9]. [1] . *Nota del Colector* . Por no incurrir en repeticiones la *Epístola a Horacio* , a que se alude, no se inserta en este volumen; quien desee leerla la encontrará al frente del siguiente que contiene los dos tomos del *Horacio en España* .

[p. 9]. [2] . No reproducimos en esta edición las ilustraciones que lleva la de Barcelona.

[p. 17] LIBRO I

ODA I

A MECENAS

Maecenas atavis edite regibus .

¡Mecenas, hijo de antiguos reyes,
Refugio y dulce decoro mío!
Unos, cubiertos del polvo Olímpico,
El linde intacto con rueda férvida
Vencen, y ornados de palmas nobles
Se alzan cual dioses del mundo dueños;
Otros merecen triples honores
Entre la turba del pueblo instable;
Quién en sus trojes encierra pródigo
Cuanto en sus eras la Libia acopia;
Los patrios campos contento labra,
Sin que aun el oro de Átalo pueda
Trocar su intento, y al mar indómito
Lanzarlo tímido en cipria nave;
Quién, contrastado del viento de África,
Cuando relucha con el mar de Ícaro,
Del campo y corte la holgura ensalza;
Después empero su nave apresta,
Que la pobreza no sufre, indócil;
Éste, entre copas de añejo vino
Pasa del tiempo la mejor parte,
Bien recostado bajo el bello árbol,
Bien a la orilla del claro arroyo;
Aquél la armas y el clarín áspero
PAG@18@ Busca y la trompa y la guerra triste
Que odian las madres; los cazadores,
Al cielo abierto, la esposa olvidan
Ora sus perros den tras el ciervo,
Ora la fiera sus redes rompa.
Mas yo de yedra, premio del sabio,
Ciña mi frente, cual numen, lejos
Del vulgo, en bosques donde los sátiros
Y ninfas moran; con tal que Euterpe
Me dé sus flautas, y de Polimnia

Logre la lira dulce de Lesbos.
Si tú, Mecenas, me aclamas lírico,
Alzaré al cielo mi frente excelsa.

JOSÉ JOAQUÍN DE PESADO

ODA II

A AUGUSTO

Jam satis terris nivis atque diræ.

Ya el padre omnipotente
Cubrió de nieve y de granizo el mundo,
Y con su mano ardiente
Batiendo el sacro alcázar sin segundo,
A Roma puso en un temor profundo.

En un espanto horrible
Y miedo puso a todos los vivientes;
Pensaban que el terrible
Siglo tornaba, que anegó a las gentes
En agua y copiosísimas corrientes.

Pirra se condolía,
Viendo mil novedades prodigiosas,
Cuando allí conducía
Proteo el ganado y focas espantosas
A los montes y peñas cavernosas.

Y mil varios pescados
Se vieron de los olmos en la altura
Subidos y pegados,
Do fundó la paloma simple y pura
Bien conocida casa y mal segura.

Los gamos y las fieras,
Con un temor cobarde y sobresalto
Olvidan sus carreras,

[p. 19] Nadando sobre el mar tendido y alto,
Dando en el agua un salto y otro salto.

Vimos el agua roja
Del Tíber, que violento sus corrientes
Del mar Toscano arroja,
Retorciendo sus ondas y vertientes
Contra los edificios más potentes.

Parece que mostraba
Dar gusto el río al mujeril deseo,

Que mucho se quejaba
Ilia, y el Tíber con atroz meneo
Le promete vengar el hecho feo.

Abre con desatino
Por el siniestro lado un ancho seno,
Talandando va el vecino
Campo romano, de braveza lleno,
Lo cual no aprueba Júpiter por bueno.

Los mozos descendientes
Tendrán memoria del castigo aciago,
Y afilarán las gentes
El hierro cortador, y un ancho lago
Dará de sangre a nuestro vicio el pago.

¡Ay! ¡cuánto mejor fuera
Volver el duro y riguroso acero,
Y el odio y rabia fiera
Contra el Parto feroz, bravo guerrero,
O contra el duro escita y persa fiero!

¿A cuál deidad, pues, luego
El pueblo invocará para el caído
Imperio? ¿con qué ruego
Las vírgenes piadosas, y gemido,
Fatigarán de Vesta el sordo oído?

Y el padre soberano,
¿A quién dará el divino y santo cargo,
Que con remedio sano
El daño limpie, y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo?
Ven, pues, o favorable
Apolo, anunciador del alegría,
Descubre el agradable
Rostro hermoso, y un alegre día
Vestido de una blanca nube, envía.

O tú, Venus graciosa,
Si te place, demuestra el bello riso,
Donde el gozo reposa,
Y do el amor alegre nacer quiso,
[p. 20] Que vuelve el mundo en dulce paraíso.

Y tú, Marte encendido,
Los ojos vuelve al pueblo que engendraste
Que despreciado ha sido,
En quien tu brava furia apacentaste;
Tan largo juego ya de espada baste.

A ti los alaridos,
Y el confuso gritar y las celadas
Lucidas, y bramidos,

Te agradan, y del moro las espadas,
Que puesto a pie es más fiero, ensangrentadas.

Tú, que de gran altura
A la hija de Atlante nombre diste,
Mudada tu figura,
En vuelo venturoso descendiste,
Y de este bello joven te venciste.

Gustando de llamarte
De César vengador, o joven claro,
Al Cielo que es tu parte,
Muy tarde vuelvas; y con gozo raro
Des al romano pueblo eterno amparo.

Y algún ligero vuelo
No te nos quite, aunque los vicios nuestros
Te ofenden en el suelo,
Primero que en tus grandes triunfos diestros
Canten el sacro monte los maestros.

Ten por blasón honroso
Ser dicho padre y príncipe extremado,
Y al medo belicoso
No consientas correr en campo armado,
Sin la pena debida a su pecado.

Licenciado JUAN DE AGUILAR.

ODA III

LA NAVE EN QUE IBA VIRGILIO A ATENAS

Sic te diva potens Cypri.

Así la Diosa cíprida,
Así los dos hermanos, constelación espléndida,
Y el padre Eolo guíente,
Los vientos domeñados, suelto tan sólo el Céfito.
Nave que cual depósito
Nos debes a Virgilio, de los confines áticos
[p. 21] Devuelve ilesa, ruégote,
Y guarda cariñosa la mitad de mi ánima.
De acero triple clámide
A aquel cercaba el pecho que dió barquillas frágiles
Primero al crudo piélagos,
No temiendo la fuerza impetuosa del Ábrego
Que lucha con el Bóreas,
Ni las Híadas tristes, ni del Noto la rabia,

Señor del Adriático,
Ya levante sus olas, ya modere sus ímpetus.
¿De la muerte qué género
Temió aquel que los monstruos nadadores vió impávido,
Y vió los mares férvidos
Y los crueles escollos de las costas de Albania?
En vano Numen pródigo
Puso en medio a las tierras el insondable Océano,
Si a su querer indóciles
Alcanzan nuestras naves las prohibidas márgenes.
Con audaces propósitos
Por todo lo vedado rompe el humano género.
Por sus fraudes ilícitos
Bajó el fuego a los hombres la progenie de Yápeto,
Después del robo etéreo
Esparcióse, doquiera, de las fiebres escuálidas
El escuadrón incógnito,
Y la ley antes tarda de nuestro mortal término
Vino con paso rápido.
Con plumas desusadas del hombre voló Dédalo
Por la vacía atmósfera;
Invadió al Aqueronte el trabajo de Hércules;
Nada al mortal es arduo.
Acometer pensamos, necios, el mismo empíreo,
Ni sufren nuestros crímenes
Que deponga sus rayos el ofendido Júpiter.

M. MILÁ Y FONTANALS.

ODA IV

A SEXTIO

Solvitur acris hiems grata vice veris et Favoni.

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo ser da al campo y nueva vida;
[p. 22] Y viendo el mercadante bullicioso
Que a navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de sí desecha.
Ya no quiere el ganado en los cerrados
Establos recogerse, ni el villano

Huelga de estarse al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano;
Ya Venus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, mientras su Vulcano
Con los cíclopes en la fragua ardiente,
Está al trabajo atento y diligente.

Ya de verde arrayán y varias flores,
Que a producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnaldas que nos ciñan la cabeza.
Ya conviene que al dios de los pastores
Demos en sacrificio una cabeza
De nuestro hato, o sea corderillo,
O, si él quisiere más, un cabritillo.

¡Qué bien tienes, oh Sextio, ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido,
Y al alcázar real del rey potente!
La vida es tan incierta, y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Enfrenar el deseo y la esperanza
De cosas, cuyo fin tarde se alcanza.

¿Qué sabes si hoy te llevará la muerte
Al reino de Plutón? donde mal dado
Jugarás, si te cabe a ti la suerte
De ser rey del banquete convidado.
Ni te consentirán entretenerte
Con el hermoso Lícida, tu amado,
De cuyo fuego saltarán centellas,
Que enciendan en amor muchas doncellas.

FR. LUIS DE LEÓN.

ODA V

A PIRRA

Quis multa gracilis te puer in rosa.

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso unguento,
Te estrecha, Pirra, en regalada gruta.
Cabe su seno?

[p. 23] ¿Por quién sencilla y a la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?

¡Ay cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!
Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante,
Que siempre alegre y amorosa siempre
Piensa encontrarte.
¡Mísero aquel a quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda
Veste mojada.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

ODA VI

A AGRIPA

Scriberis Vario fortis, et hostium.

Tu fortaleza, Agripa, y tus victorias,
Rival de Homero, en plácidos cantares
Dirá Vario, y las glorias
Que por tierras y mares,
De tu valor guiados,
Ganaron tus intrépidos soldados.
No a tanto empeño mi humildad aspira,
Ni del hijo inflexible de Peleo
Diré la fatal ira;
De Pélope o de Atreo
La familia inclemente,
Ni los viajes de Ulises el prudente.
Niegan Musa imperiosa y temor justo
A mi endeble laúd tales honores;
Ni del potente Augusto
Entonar los loores,
Ni los tuyos permite:
No vuestros lauros mi rudez marchite.
A Marte armado del arnés galano
¿Quién presume entonar digno concierto?
¿Ni del polvo troyano
A Merión cubierto,
Ni a Diomedes que, oh Palas,
A los sagrados númenes igualas?
[p. 24] Ya contra mi costumbre,
Mi pecho abraza del amor el fuego,

Ya de tal pesadumbre
Libre me mire; yo banquetes, juego,
Y divertidas riñas
Cantaré de mancebos y de niñas.

JAVIER DE BURGOS.

ODA VII

A MUNATIO PLAUCO

Laudabunt alii claram Rhodon, aut Mitylenen.

Sobre dos mares a Corinto alzada
Otros celebren, a Éfeso, o a Rodas,
O ennoblecidas por Apolo y Baco
 Delfos y Tebas.
Unos a Tempe o la alta Mitilene;
Otros el fuego del bridón argivo,
En honra a Juno, y tu loor entonan,
 Rica Micenas.
Al noble pueblo de la casta Palas
Otro consagra duradero canto,
Y de la oliva que doquiera coge
 Ciñe su frente.
Jamás empero ni el Lacón sufrido,
Ni de Larisa las lozanas vegas,
Cual el murmullo de la Albunea gruta
 Me deleitaron.
Y de Tiburto los sombríos bosques,
Y despeñado el Anio vagaroso,
Y el sesgo arroyo que el verjel opimo
 Bulle bañando.
Ora pues, Plauco, en los reales mores,
Do alzada brilla la romana enseña,
O de tu ameno Tívoli la sombra
 Plácida goces:
Como los aires ábrego lluvioso
A veces limpia de agrupadas nubes,
Cuerdo disipa con el dulce vino
 Dura zozobra.
Fama es que huyendo Teucro valeroso
Del cruel padre y de la patria cara,
[p. 25] Su altiva frente humedeció con néctar
 Grato a Lieo.

De álamo blanco con gentil guirnalda
Cíñela luego, y «compañeros, vamos
Donde nos llama próspera fortuna»,
Dice sereno.
«No cual mi padre mostraráse impía;
Nada os abata cuando os guía Teucro,
Nada os abata cuando auspicios gratos
Él asegura;
Y nos promete el infalible Apolo
En nueva tierra nueva Salamina.
Vosotros todos, que conmigo un día,
Claros varones,
Riesgos mayores a arrostrar bastasteis,
Hoy los cuidados desterrad con vino:
Mañana, amigos, nuestra armada al hondo
Piélagos torne.»

JAVIER DE BURGOS.

ODA VIII

A LIDIA

Lydia, dic, per omnes.

Dime, te ruego, Lidia;
Di por todos los dioses, ¿por qué a Síbaris
Quieres perder, amándote?
Di, ¿por qué ha aborrecido el campo Marcio,
Pues tiene fuerza y ánimo
Para sufrir el polvo y el sol cálido?
¿Por qué entre iguales jóvenes
A caballo no prueba la milicia,
Ni rige con freno áspero
La dura boca del bridón de Francia?
¿Por qué se muestra tímido,
Y no toca del Tebro el vaso líquido?
¿Por qué la lucha rívida
Huye más que la sangre de la víbora,
Y no descubre cárdenos
Los fuertes brazos con las armas hórridas
Llevando la victoria
Con disco y dardo que traspase el término?
¿Por qué en grave silencio
PAG@26@ Se asconde, como el animoso Tésalo

Poco antes que en Asia
Se destruyese el ili6n de D6rdano,
Porque en varonil h6bito
No fuese a muerte del troyano ej6rcito?

FERNANDO DE HERRERA.

ODA IX

A TALIARCO

Vides ut alta stet nive candidum.

¡Oh Taliarco hermano!
¿Ves el Soracte monte levantado,
Con honda nieve cano,
Y al bosque de gran carga trabajado,
Y en penetrable hielo
Cuajado el r6o y apretado el suelo?
Templa con buen sosiego
El acerbo rigor del duro fr6o,
Echando sobre el fuego
Los le6os que guardaste en el est6o,
Y saca largamente
Del oloroso vaso el vino ardiente.
Y los dem6s cuidados
Entrega a Dios, que con prudencia sabia
De los vientos hinchados
Enfrena en el furioso mar la rabia,
Y guarda ya segura
Al cipr6s alto y a la encina dura.
Con sutileza vana
No busques el futuro tiempo incierto,
Ni qu6 ha de ser ma6ana
Y en cualquier d6a que tuvieses cierto;
Haz cuenta que en el trance
Postrero echaste un provechoso lance.
Y pues la flor empieza
De tu verano corto y edad breve,
Y est6 de tu cabeza
Ausente la pesada y fr6a nieve,
Coge en las tiernas flores
Los dulces frutos de placer y amores.
Y agora frecuentado
[p. 27] El campo sea y eras deleitosas

Al tiempo concertado,
Las pláticas lascivas y amorosas
Entre silencio y risa,
A la nocturna, susurrante brisa.
Y aquel suave riso
Que del rincón más íntimo resuena,
Y da señal y aviso
De la mozuela oculta que allí suena,
Que se escondió a sabiendas,
Para hallar más dulces sus contiendas.
La prenda arrebatada,
Digo sortijas o manillas de oro,
O lo que más te agrada,
Algún precioso y sin igual decoro
Quitado de los dedos,
Que fingen hacer fuerza y están quedos.

Licenciado DIEGO PONCE DE LEÓN Y GUZMÁN.

ODA X

A MERCURIO

Mecuri, facunde nepos Atlantis.

A ti, Mercurio, nuncio de los dioses,
Padre ingenioso del laúd sonante,
A ti de Atlante cantará mi musa
Nieto facundo.
Con blando acento y ejercicios nobles
Ora salvajes domeñaste altivos,
A hurtos festivos te entregaste ora
Ágil y diestro.
Rióse Apolo al ver que demandando
Fiero las vacas que sagaz le hurtaste,
Lo despojaste de su aljaba en tanto,
Rica de flechas.
Por ti guiado Príamo, de dones
Burló cargado, a los caudillos griegos,
Por entre fuegos y enemigas filas
Libre pasando
Del Orco obscuro y del fulgente Olimpo
Grato a los dioses, al Elíseo guías
Las almas pías, y las sombras rige
Tu caduceo.

[p. 28] ODA XI

A LEUCONOE

Tu ne quæsieris scire nefas, quem mihi, quem tibi.

No busques ¡oh Leuconoe! con cuidado
Curioso, que saberlo no es posible,
El fin que a ti y a mí predestinado
Tiene el supremo Dios incomprendible,
Ni quieras tantear el estrellado
Cielo, y medir el número imposible,
Cual babilonio; mas el pecho fuerte
Opón discretamente a cualquier suerte.

Ora el señor del cielo poderoso
Que vivas otros mil inviernos quiera,
Ora en este postrero riguroso
Se cierre de tu vida la carrera,
Y en este mar Tirreno y espumoso,
Que agora brava tempestad y fiera
Quebranta en una y otra roca dura,
Juntas te dé la muerte y sepultura;

Quita el cuidado que tu vida acorta
Con un maduro seso y fuerte pecho,
No quieras abarcar en vida corta
De la esperanza larga largo trecho;
El tiempo huye: lo que más te importa
Es no poner en duda tu provecho:
Coge la flor que hoy nace alegre, ufana;
¿Quién sabe si otra nacerá mañana?

ANÓNIMA. (*Atribuida a GÓNGORA.*)

ODA XII

A CLÍO

Quem virum aut heroa lyra vel acri.

¿Cuál varón o cuál héroe con la lira,
O aguda flauta a celebrar ¡oh Clío!
Vas? ¿O cuál Dios, a cuyo nombre suene

Eco festiva en la garganta umbrosa,
Donde las selvas en tropel siguieron
[p. 29] De Helicón, en el Pindo, el Hemo frío,
A Orfeo invocador, cuando en maternas
Artes los saltos de los raudos ríos
A los vientos veloces suspendía,
O arrobadas al canto las encinas
Llevaba en pos con las canoras cuerdas?
¿A quién antes daré digna alabanza?
¿A quién sino al gran Padre que el destino
De hombres y dioses, mar y tierra y mundo,
Del tiempo contrapesa en la balanza?
Nada mayor, segundo o semejante
A Jove se engendró. Ni audaz en lides,
Baco, te callaré. Ni a aquella virgen,
Enemiga a las fieras. Ni a ti ¡oh Febo!
Con la certera flecha. Diré a Alcides
Y a los hijos de Leda, insigne el uno
En domar un corcel, famoso el otro
En la atlética lid; cuya alba estrella
No bien al nauta resplandece, cuando
Las crespas aguas de las rocas fluyen,
Los vientos calman, los nublados cejan,
Y la onda amenazante al blando influjo
Se recuesta en el Ponto. ¿Cuál memoria
Evocaré después? ¿Rómulo acaso,
O de Numa el pacífico reinado,
O de Tarquino las soberbias haces,
O de Catón la valerosa muerte?
A Régulo también y a los Escauros,
O acosado del Peno a Paulo Emilio,
De su alma grande pródigo, en insigne
Canto dirá mi musa. Y luego a aquellos
Que a la austera pobreza, al heredado
Fundo arrancó de entre apacibles lares
La guerra; aquel Fabricio, aquel Camilo,
A Curcio, el de la intonsa cabellera.
Cual crece con la edad árbol fecundo,
Crece la fama de Marcelo en tanto;
Y cual la luna entre menores luces,
La estrella de los Julios resplandece.
¡Oh tú, Jove Saturnio, de la humana
Gente padre y tutor! A ti los hados
Dieron velar por César. Reina, y sea
César segundo a ti; y al sojuzgado
Parto que al Lacio amaga en justo triunfo

Ora trayendo, o al indiano y sera,
Sujetado en los términos de Oriente,
[p. 30] Por ti rija él el orbe. Con tu carro
Tú al Olimpo haz temblar y a las violadas
Selvas los rayos de tu enojo envía.

GABRIEL GARCÍA Y TASSARA.

ODA XIII

A LIDIA

Cum tu, Lydia, Telephi.

Cuando tú, Lidia, alabas
La cerviz bella de color de rosa
De Telefo, y no acabas
De llamar a los brazos y a ella hermosa,
Mi corazón llagado,
Hirviendo con la cólera está hinchado.
Entonces en su asiento
No me queda el color que antes tenía;
Mas el dolor que siento
Por mi rostro las lágrimas envía,
De las cuales presumo
Cuán con pequeña llama me consumo.
En rabia y ira ardiendo,
Si las burlas con vino demasiado
Tanto fueron creciendo,
Que han tus hermosos hombros señalado;
Y si el mozo atrevido
Tus colorados labios ha mordido.
Mas temí que, Señora,
No esperaras de ver siempre constante
Quien los besos, que adora
El verdadero amante,
Dañó, como grosero,
Do puso Venus su contento entero.
¡Oh dichosos amantes,
A quien prendas de amor puro y sincero
Entre sí tan constantes,
Tiene con amor tan verdadero
Cual no será rompido
En cuanto al cuerpo el alma habrá regido!

[p. 31] ODA XIV

CONTRA LA GUERRA CIVIL

O navis, referent in mare te novi .

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? ¡Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa!

Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias,
¿Y ya a correr fortuna
Segunda vez te arrojas?
Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarda los peligros
Avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto, erizando cerros,
Vendrá a batir las rocas
náufragas reliquias
Hará a Neptuno alfombras.

De flámulas de seda
La presumida pompa,
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el curso
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre famoso
En reinos de la aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante prora.

Y ya, padrón infausto,

Que al navegante asombra,
[p. 32] En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.

¿Qué? ¿No me oyes? ¿El rumbo
No tuerces? ¿Orgullosa
Descoges nuevas velas,
Y sin parar te engolfas?

¿No ves, oh malhadada,
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta
Que silba en las maromas?

Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve a la amiga playa
Antes que el sol se esconda.

ANDRÉS BELLO.

ODA XV

PROFECÍA DE NEREO

Pastor cum traheret per freta navibus.

Llevando por el mar el fementido
Pastor a Helena en sus idalias naves,
Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles: En mal hora, exclama,
Llevas a tu ciudad a la que un día
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas
Y de tus padres el antiguo imperio.
¡Cuánto al caballo y caballero espera
Sudor y afán! ¡Oh, cuánto a la dardania
Gente vas a causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonante,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Venus la olorosa
Melena tresses, y en acorde lira,

Grato a las damas, cantes amoroso,
[p. 33] Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas a tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ajax, ligero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
Tu cabello gentil todo se cubra.
¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
Y Nestor el de Pilos, a los tuyos
Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
Ya te persiguen, Teucro en Salamina
Príncipe, y el que vence las batallas,
Y diestro auriga a su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que a Merion conozcas
Y a Diomedes, más fuerte que su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pasto abandonar, así cobarde
Y sin aliento evitarás su golpe;
Y no, no fueron tales las promesas
Que a tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilión la llama argiva.»

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

ODA XVI

LA RETRACTACIÓN

O matre pulchra filia pulchrior.

Calma tu enojo ciego,
Hija, más que tu hermosa madre, hermosa;
Mi sátira injuriosa
El mar la trague, o la consuma el fuego.
Que no así agitar suele
Apolo a la furiosa pitonisa,
[p. 34] Ni a su sacerdotisa

En las grutas del Dindimo, Cibeles.

Ni aquel que Baco inspira,
Tal se enajena, ni el timbal sonante
Hiriendo el Coribante,
Como el hombre agitado de la ira.

Que no le aterra la espada,
Fuego cruel, ni ponto embravecido,
Ni con terrible ruido
De hosca nube centella desgajada.

Del vulgo de vivientes,
Al aplicar al barro sutil llama,
Tomó, según es fama,
Prometeo atributos diferentes.

Y del león la ira impía
Crudo infiltró en los ánimos mortales,
Ira que en tantos males
Al bárbaro Tiestes sumió un día;

La que el muro elevado
Derribó al suelo y la ciudad potente,
Por do hueste insolente
Paseó luego el enemigo arado.

En mis años noveles
También de esta pasión prendió en mí el fuego,
Y de cólera ciego,
Te ofendí con mis yámbicos crueles.

Hoy quiero que loores,
En vez de injurias, suenen en mis labios,
Y que olvidando agravios,
Me vuelvas tu amistad y tus favores.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XVII

A TINDARIS

Velox amoenum sæpe Lucretilem.

De su dulce acogida
Que en el Liceo monte el fauno tiene,
Con ligera corrida
Al suelo fértil de Lucretil viene,
Para tomar contento
En este dulce sitio y fresco viento.

[p. 35] Este lugar defiende

Mis cabras siempre del fogoso estío;
Tampoco les ofende
Aquí la fría escarcha ni rocío,
Ni los recios inviernos
Pueden dañar los corderillos tiernos.

Seguramente pacen,
Buscando aquí y allí las tiernas gramas
Que en este bosque nacen,
El citiso y tomillo, y otras ramas,
Que a las cabras engruesan,
Y de substancia y leche las retesan.

Apriscos y rediles,
Do están los cabritillos encerrados,
No temen las sutiles
Mordeduras de sierpes ni pintados
Lagartos, ni los robos
Que hacer suelen los hambrientos lobos.

¡Oh Tíndaris hermosa!
Cuando mi dulce caramillo suena,
El valle y sombra umbrosa
Y el monte Ustica en derredor resuena;
El monte a cuya cumbre
Se sube sin trabajo y pesadumbre.

Su gracia y alegría
Me aspira Dios; y mi piedad le agrada,
Y aquesta musa mía.
De aquí la copia gozarás colmada;
De aquí derrama el cuerno
Benignamente flor y fruto tierno.

En este valle y flores
Huirás de la canícula el gran fuego,
Y cantarás amores
Con la sonora cítara del griego
Poeta Anacreonta,
Que entre amorosos cisnes se remonta.

Cantarás las pasiones
De Penélope y Circe, y los recelos
De entrambos corazones,
Y de una y otra los rabiosos celos;
Que cada cual muy fuerte
Trabaja por el hijo de Laerte.

A la sombra holgando
Agotarás aquí los vasos llenos
Del vino Lesbio blando,
Y el padre Baco y Marte, muy serenos,
[p. 36] Quietos, amorosos,

No mezclarán combates sanguinosos.
Ni celos inhumanos
De Ciro, tu protervo y duro amante,
Ni las violentas manos
Temerás del villano, que delante
Te quite la guirnalda,
Y airado rasgue tu inocente falda.

BARTOLOMÉ MARTÍNEZ.

ODA XVIII

A QUINTILIO VARO

Nullan, Vare, sacra vite prius severis arborem.

En los ruedos de Tíbur
Cabe los muros por Catilo alzados,
Nada primero plantes
Que la sagrada vid, amigo Varo.
Pues sólo el dulce vino
Puede ahuyentar el roedor cuidado,
Y a los sobrios el cielo
Envía toda especie de quebrantos.
¿Quién lamenta, bebido,
De la milicia o la estrechez trabajos?
¿Quién cantar no prefiere
A ti Venus, o a ti benigno Baco?
Pero en usar sus dones
Templanza él recomienda, recordando
Las querellas que el vino
Promovió entre Lapitas y Centauros;
E irritado otras veces
Mostrándose y severo con los tracios,
Cuando en torpes festines
No distinguen lo bueno de lo malo.
Nunca, cándido numen,
Saltaré el coto que plantó tu brazo,
Ni descubriré impío
De tu culto simbólicos arcanos.
Del tambor berecintio
Aleja, o Dios, de mí los arrebatos;
[p. 37] A ellos sigue el orgullo,
Que su frente vacía alza a los astros,
Y la fe sospechosa,

Que diáfana más que el cristal claro,
Confiados secretos
Indiscreta tal vez asoma al labio.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XIX

A GLICERA

Mater sæva Cupidinum.

La madre de amor cruda,
Y el hijo de la Sémeles tebana,
Y la lascivia vana,
A la alma que ya está suelta y desnuda
De amar, le mandan luego
Que torne y que se abra en vivo fuego.

El resplandor me abrasa
De Glicera, que más que mármol fino
Reluce, y me hace brasa
Lo esquivo dulce della, y del divino
Rostro un no sé qué que expira,
Grande deslizadero a quien le mira.

Con ímpetu viniendo
En mí la Venus, toda desampara
Su Cipro dulce y cara,
Y no quiere que al Cita, ni al que huyendo
Valiente se mantiene,
Ni que diga lo que ni va ni viene.

Aquí incienso y verbena,
Aquí céspedes verdes juntamente,
Y aquí poned mi gente,
De vino de dos años una llena
Taza; que por ventura
Vendrá, sacrificando, menos dura

FR. LUIS DE LEÓN.

[p. 38] ODA XX

A MECENAS

Mecenas dulce y caro,
Si a mi chozuela y heredad vinieres,
Barato vino y claro
Beberás, que te cause mil placeres,
Que yo lo encerré cuando
Todo el teatro te miró alegrando.
Y cuando allí se oyera
Aplauso más alegre y favorable,
En toda la ribera
Y en todo el monte resonó un amable
Concento de alabanzas,
De gloriosas y ciertas esperanzas.
Beberás del templado
Caleno con el céculo espumoso [1]
Que yo tengo guardado;
No del falerno fuerte y riguroso, [2]
Ni los vinos livianos
Que crían los collados femianos.

JUAN DE LA LLANA.

ODA XXI

HIMNO A DIANA Y APOLO

Dianam teneræ dicite virgines.

Cantad, doncellas, a la casta Febe,
Cantad, o niños, al intonso Cintio
Y a la querida del potente Jove
Alma Latona.
Cantad doncellas, a la que ondas limpias
Ama, y los bosques que en las cimas se alzan
[p. 39] Del verde Crago y el helado Algido
Y el Erimanto.
Cantad, o niños, el ameno Tempe,
Y a Delfos, patria del insigne Apolo,
Y su hombro ornado la fraterna lira,
Su arco de oro.
Él blando al ruego, alejará las plagas
De peste y hambre y lagrimosa guerra,
De Roma y César, y al britano y medo
Enviarálas.

ODA XXII

A ARISTIO FUSCO

Integer vitæ scelerisque purus.

El de la vida, Fusco, religiosa
Ni dardos usa ni moriscos arcos,
Ni de la aljaba llena de saetas
 Envenenadas;
O por las sirtes cálidas camine,
O por el alto Cáucaso desierto,
O por la tierra, donde fabuloso
 Corre el Hidaspe.
Mientras inerme la sabina selva
Cruzo cantando a Lálage, distante
Ya de mi quinta, de mi vista un lobo
 Fiero se aparta.
Monstruo que nunca Daunia belicosa
Vió más terrible en dilatados bosques,
De Mauritania de leones bravos
 Árida madre.
Ponme en los campos frígidos, adonde
Ninguna planta goza el aura estiva,
Término al mundo, que la niebla y vientos
 Sufre malignos.
Ponme debajo del vecino carro
Del sol, en tierra de habitar negada,
Serás mi amada, ¡oh Lálage! que dulce
 Cantas y ríes.

NICOLÁS FERNÁNDEZ MORATÍN.

[p. 40] ODA XXIII

A CLOE

Vitas hinnuleo me similis, Chloe.

Así, Cloe, de mí huyes,
Como el cervatillo errante,

Que en la fragosa maleza
Busca a su asustada madre,
No sin temor de las auras
Y los livianos ramajes.
Pues si de la primavera
El viento las hojas bate,
O los pintados lagartos
Mueven los verdes zarzales,
Sus rodillas se estremecen,
Su agitado pecho late.
No cual león africano,
O tigre que acosa el hambre,
Tras ti corro, esquivas Cloe,
Yo para despedazarte.
En sazón para un esposo,
De seguir deja a tu madre.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXIV

A VIRGILIO

Quis desiderio sit pudor aut modus.

¿Qué moderación cabe,
Qué rubor en llorar tan caro amigo?
Triste canto, oh Melpómene, me inspira,
Melpómene, a quien voz blanda y suave
Concedió Jove, y resonante lira.

¡De la muerte tirana,
Bruma a Quintilio, pues, el sueño eterno!
¿Dónde hallará otro igual entre hombre tanto,
La pura Fe, de la Justicia hermana,
La desnuda Verdad y el Pudor santo?

[p. 41] De los buenos llorado,
De nadie fuélo cual de ti, Virgilio.
En pío ruego empero el alto cielo
En vano le demandas. No fué dado
Para vivir sin fin al triste suelo.

En vano pulsarías
Las blandas cuerdas del laúd de Orfeo,
Que selvas movió un día con sus sonos;
No la vida a su sombra volverías,
Que del Stix en las lóbregas regiones

Con su vara inflexible
Mercurio, sordo al ruego temerario,
De sombras a la grey juntó severo.
Daño que remediar es imposible,
Hágalo la paciencia llevadero.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXV

A LIDIA

Parcius junctas quatiunt fenestras.

Con menos brío juventud fogosa
Llama y menos frecuencia a tus ventanas,
Y ya el dintel reposa
De tu puerta, que un día
Fácil sobre sus goznes se movía.
Y turban menos ya tu sueño blando
Dulces tonadas de amadores fieles,
En tu calle cantando
Con eco lastimero,
«Duermes, mi Lidia, en tanto que yo muero».
Vieja después, por más que embravecidos
En interludios bramen aquilones,
También de tus queridos,
Sola en la calle obscura,
Tú a tu vez llorarás la esquivez dura,
Cuando excitada la cruel lujuria,
Que enfurecer a las potrancas suele,
Cebe y bebe su furia
En tu llagado pecho,
Y hondos gritos te arranque de despecho;
[p. 42] Al ver cuál gusta de la fresca yedra
Lozana juventud; cómo al contrario
Mustio arrayán la arredra
Y el vástago arrugado
Ofrece en holocausto al Hebro helado.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXVI

A SU MUSA

Querido de las Musas,
Tristezas y pesares
Haré yo que en los mares
Sepulte el aquilón.
¿Qué a mí de Tiridate
Me importa la agonía,
Ni qué la tiranía
Del rey del septentrión?
Tú que en las fuentes puras
Te agradas, oh Pimplea,
De mi Lamia rodea
La sien de hermosa flor;
Nada es sin ti mi canto:
A ti y a tus hermanas
Toca en cuerdas lesbianas
Consagrar su loor.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXVII

A SUS COMENSALES

Natis in usum lætitiæ scyphis.

Con los vasos combata el tracio fiero,
Del festín la alegría
Nacidos a alentar. Lejos empero
De aquí tal demasía,
No escandalice a Baco lucha impía.
[p. 43] ¡Qué mal, mientras la copa en torno brilla
De mesa regalada,
Parece, amigos, pérsica cuchilla!
Calmad la voz alzada,
Y aquíétese la tropa desmandada.
¿Queréis que del licor falernitano
También yo un vaso pida?
Pues diga de Megila el buen hermano,
De quién la grata herida
Recibió que feliz hace su vida.
¿No? pues no sino así, que beba esperes:
Cualquier que sea tu dama,
Es bien nacida pues que tú la quieres:

No, su amor no te infama;
Dime al oído, pues, cómo se llama...
Mas ¿qué dices, Megila? ¿Eres tú mismo
De quien eso he escuchado?
¡Ah! calla, calla, ¿en qué funesto abismo
El amor te ha arrojado,
Joven merecedor de mejor hado?
¿Quién de tal riesgo alcanzará a arrancarte?
¿Qué mago, qué hechicera,
Qué dios bastará en fin?; quizá librate
De tan fatal Quimera
Belerofonte mismo no pudiera.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXVIII

ARQUITAS Y UN MARINERO

Te maris et terræ, numeroque carentis arenæ.

EL MARINERO

A ti que un día, Arquitas,
La ancha tierra mediste,
Y del mar las arenas infinitas,
Retiene en el Matino
Hoy la falta de un túmulo mezquino.
Nada, pues mortal eras,
Nada servirte pudo
Remontarte a las fúlgidas esferas,
[p. 44] Y con ardor profundo
El mecanismo investigar del mundo.

ARQUITAS

Tántalo, convidado
A celestial banquete,
Murió, y Titón al aura levantado;
Y el trance vió postrero
Minos, del alto Jove consejero;
Y a la infernal manida
Bajó Euforbio dos veces,
Aunque en señal de su primera vida,
Arrancó por su mano

El broquel que en el campo usó troyano.

Si la ciencia no miente

De Pitágoras grave,

En física y moral sabio igualmente,

Muerto Euforbio en su empresa,

Piel y nervios tan sólo dió a la huesa.

Al débil como al fuerte

Aguarda eterna noche;

Fuerza es pisar la senda de la muerte.

A aquel por una parte

Hacen las furias diversión de Marte;

Al otro la onda traga;

El joven y el anciano

Mezclados corren a la tumba aciaga,

Y ansiosa de ruina,

A ninguno perdona Proserpina.

Del noto que acompaña

Al Orión menguante,

A mí en el ponto me lanzó la saña:

Mis insepultos huesos

Cubre de arena pues, libra de excesos.

Así, al bosque agitando

El huracán sañudo,

Rice tus velas el favonio blando:

Ganancia así y contento

Jove te dé, y el numen de Tarento.

Quizá empero la pena

Horrible no te espanta,

A que a tu estirpe tu impiedad condena;

Mas ¡ay de ti! en tu muerte

Tú tendrás a tu vez la misma suerte.

[p. 45] Sobre ti mis clamores,

Sin que a aplacarle bastes,

Provocarán del cielo los rigores:

Que es corta la obra atiende;

Echa tres veces polvo, y el mar hiende.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXIX

A ICCIO

Icci, beatiss nunc Arabum invides.

¿Qué, al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y a los reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa.
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cuál servirte puede
Bárbara cautiva,
Que llore a tus manos
Su esposo difunto?
¿Cuál en regio alcázar
Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado sólo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaría
Poder los arroyos
Subir a las cumbres
Y el rápido Tibre
Volver a su fuente,
Si tú de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
[p. 46] (No a costa del leve
Afán adquiridas),
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

ODA XXX

A VENUS

O Venus, regina Gnidi Paphique.

Deja tu Chipre amada
Venus, reina de Pafos y de Gnido
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.
Trae al muchacho ardiente
Y las Gracias, la ropa desceñida,
Y a Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin ti no apetecida.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

ODA XXXI

A APOLO

Quid dedicatum poscit Apollinem.

¿Qué le pides a Apolo
Hoy, vate, el fausto día,
Que el templo se inaugura
Que en su honor se dedica?
¿Qué demandarle intentas
Cuando tu mano pía
Derrame el licor nuevo
[p. 47] Con que a estrenar sus sacrosantas aras
En libación profusa te preparas?
-De la feraz Cerdeña
No las mieses opimas;
Ni cuantas pingües greyes
Calabria ardiente cría;
Ni el oro y los marfiles
De las comarcas índicas;
Ni los famosos campos
Que el taciturno Liris blandamente
Baña y fecunda plácida corriente.
Aquel a quien Fortuna
Dióle copiosas viñas,
En ellas sus calenas
Podaderas esgrima;
Y el rico mercadante
Que a Deidades amigas
Debe el surcar incólume
Una vez y otra el temeroso seno

Del Atlántico piélago insereno,
Ése en buen hora apure
Áureas copas henchidas
De los vinos que cambia
Por especias en Siria:
A mí la suave malva,
La malva salutífera,
La cicorínea planta,
La succulenta oliva con preciado
Sustento me regalan no envidiado.
De mis logrados bienes
Gozar en paz cumplida,
Dios, hijo de Latona,
Concédeme la dicha,
Con mi salud lozana,
Con mis potencias íntegras;
Que a los seniles años
Llegar con honra tu poeta aspira,
Pulsando en tu loor su acorde lira.

JESÚS M. MORALES MARCANO.

[p. 48] ODA XXXII

A LA LIRA

Poscimur, si quid vacui sub umbra.

Lira sonora, con quien pude un día
De ameno prado en la quietud contento
Al fresco viento, reposar tranquilo
Plácidas horas...
Ven a mis manos, y en cadentes ritmos
Haz que mi canto se remonte al cielo,
Y acá en el suelo que inmortales sean
Haz sus acordes.
Tú, que pulsada con ardiente numen
Fuiste en un tiempo de feliz memoria,
Cuando la gloria coronó tu frente
Lésbico cisne.
Ora blandiendo su funesto acero,
O bien atando la deshecha nave,
En tono suave a las divinas Musas
Tierno cantaba,
Y a Baco leve, a la ciprina Diosa,

Al niño ciego, juguétón, alado;
Y al celebrado por sus negros ojos
Lico el apuesto.

Tú en el banquete del tonante Jove,
Prez y delicia del celeste Apolo,
Alivio sólo a mi penar dispensa,
Siempre propicia.

JUAN JOSÉ MICHEO.

ODA XXXIII

A ALBIO TIBULO

Albi, ne doleas plus nimio, memor.

¡Ay! no te duelas tanto,
Tibulo, ni te acuerdes del olvido
De Glicera, ni en canto
Publiques tus querellas dolorido,
Se por un bien dispuesto
Mozo la fementida te ha pospuesto.

[p. 49] Porque sabrás que muere
Por Ciro Licorisa la hermosa,
Y Ciro no la quiere,
Y vase en pos de Fóloe, desdeñosa;
Y yo sé que primero
Se amistarán el lobo y el cordero.

A Venus así place
De aprisionar diversos corazones
En duro lazo, que hace
Compuesto de disformes condiciones,
Y de nuestro error ciego
Saca su pasatiempo y crudo juego.

Por mí lo sé, que siendo
De un principal amor muy requeestado,
Yo mesmo consistiendo,
La Mirtale me tiene aherrojado,
La cual es medio esclava
Y más enojadiza que mar brava.

FR. LUIS DE LEÓN.

ODA XXXIV

RETRACTACIÓN

Parcus Deorum cultor et infrequens.

El culto de los númenes un día
Impío desdeñé, y extravióme
Falsa sabiduría.
Las velas hoy hacia el opuesto lado
Dirigir debo, y deshacer lo andado;
Pues que rasgando a veces el Tonante
Con vivo fuego el seno de las nubes,
Su carro resonante
Por el cielo tal vez lanza sereno,
Y los bridones del rugiente trueno;
Y al raudo río, a la pesada tierra,
Al negro Estix y al hórrido Tenaro
Y al alto Atlante aterra.
Lo obscuro esclarecer puede su mano,
Y al humilde ensalzar, y hundir al vano.
[p. 50] Si airada el ala rápida desata,
Tal vez de erguida sien una corona
La Fortuna arrebató;
Después en sus vaivenes
La coloca benigna en otras sienes.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXXV

A LA FORTUNA

O Diva, gratum quæ regis Antium.

¡Oh Diosa, tú que riges
El agradable Ancio, y nuestros fines,
A tu gusto diriges,
Ya desde el centro al sol los avecines,
O ya las triunfales
Pompas quieras trocar en funerales.
A ti el labrador pobre
Con solícitos ruegos te procura,
Y el que su nave sobre
El Carpacio piélagos aventura,
De las ondas señora,
A ti, en partiendo de Bitinia, adora.

A ti el áspero Dacio,
Los fugitivos escitas y otras gentes
Temen, y el fértil Lacio,
Madres de reyes bárbaros ausentes,
Los tiranos temidos,
Bien que de rica púrpura vestidos.

No con el pie injurioso
Esta columna firme postrar quieras,
Ni el vulgo en sedicioso
Tumulto al pueblo dé las armas fieras,
Y el que cesaba, vuelva
A armarse, y el imperio se resuelva.

En tu pompa precede
La gran necesidad, que en la cruel diestra
Los clavos, a quien cede
El leño duro, y otros hierros muestra;
Ni falta el garfio agudo,
Ni el grave plomo, de piedad desnudo.

[p. 51] Hónrate la esperanza,
La rara fe, de un blanco velo toda
Cubierta, a quien mudanza
Jamás de tu amistad desacomoda,
Aun cuando te declaras
Y los soberbios techos desamparas.

El vulgo fraudulento,
La ramera perjura apenas mira
El común detrimento
Que el pie poco constante atrás retira,
Y en el trance postrero
Rehuye la cerviz del yugo fiero.

A César, que a dar guerra
Va a los britanos últimos del mundo,
Y al escuadrón que atierra
Los reinos del aurora, y del profundo
Océano, te ruego
Que nos lo restituyas con sosiego.

Mas ¡qué grande vergüenza!
¿Las heridas no son de los hermanos?
¡Qué infame desvergüenza!
¿Libre pudo pasar por nuestras manos?
¡Qué maldad inventada,
A atrevimiento ajeno reservada!
¿A quién detuvo el miedo
De Dios, que perdonase algunas aras?
¿Cuál hierro estuvo quedado?
Oh tú, que en nuevo yunque lo preparas,

Haz que entre sus saetas
A los árabes dañe y masagetas.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

ODA XXXVI

A PLOCIO NUMIDA

Et thure et fidibus juvat.

Salvo tornó Numida
De la remota España.
A los dioses, guardianes de su vida,
Con incienso y laúd honrar hoy quiero,
Y la debida ofrenda de un ternero.

[p. 52] A abrazar se apresura
Numida a sus amigos,
A Lamia empero con mayor ternura;
Que niños una escuela frecuentaron,
Y la toga infantil juntos dejaron.

Este felice día
Notad con blanca piedra:
Dé vuelta el jarro, y viva la alegría,
Y de los viejos salios a la usanza,
Nada interrumpa la ligera danza.

Dámali bebedora
No a Baco sobrepuje
En vaciar copas. En la mesa ahora
Rosa ni vivaz apio faltar debe,
Ni lirio que marchita el aura leve.

A Dámali beodos
Todos tiernas miradas
Lanzarán luego; mas huirá de todos
Ella enredada a su galán querido,
Cual la yedra lasciva al olmo erguido.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXXVII

A SUS AMIGOS

Nunc est bibendum, nunc pede libero.

Ahora beber se puede,
Y la tierra batir con libre planta;
Ya, amigos, se concede
De manjares cubrir la mesa santa,
Pues antes mal consejo
Fué sacar del tonel el vino añejo:
Mientras que no avezada
A enfrenar esperanzas mujeriles,
De orgullo embriagada,
Cleopatra amenazó, de eunucos viles
Con gavilla mezquina,
A Roma y al imperio estrago y ruina.
Pero cuando del fuego
Escapó apenas una de sus naves,
Cedió su furor ciego;
Y a su alma que hasta allí turbaran graves
[p. 53] Del vino los vapores,
César luego inspiró serios temores.
Pronta de Italia huía,
Y él aherrojar queriendo al monstruo insano,
Así la perseguía,
Cual a paloma tímida el milano;
Cual a liebre medrosa
Entre la nieve el cazador acosa.
A fin más noble empero
Ella aspirando en desventura tanta,
No el afilado acero
Teme, cual hembra a quien la muerte espanta,
Ni en región ignorada
Corre a esconderse con ligera armada.
Con sereno semblante
De su alcázar real mira la ruina,
Y feroz de el instante
En que morir con gloria determina,
Áspides mortifica,
Que despechados a su seno aplica.
Correr en breve siente
Por sus entrañas la ponzoña activa;
Y antes morir consiente,
Que en liburno bajel marchar cautiva,
Y envilecida, al carro
Atada ser del triunfador bizarro.

JAVIER DE BURGOS.

A SU CRIADO

Persicos odi, puer, apparatus.

Oh tú, sirviente mío,
No te cures del Pérsico aparato,
Que llevo con desvío
Las trenzaderas del florido ornato,
Ni busques do florecen
Las frescas rosas que tardías crecen:
Que yo muy diligente
Busco, porque tu ansia no trabaje,
El mirto solamente;
Y a ti no te desdora, siendo paje,
Ni a mí, que de contino
Bebo a la sombra de una parra el vino.

ESTEBAN DE VILLEGAS.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 38]. [1] . Cécubo, vino de Campania muy estimado.

[p. 38]. [2] . Falerno.

ODA I

A ASINIO POLIÓN

Motum ex Metello Consule civicum.

De tristes reos poderoso amparo,
Del Senado lumbrera,
Polión ilustre, cuya sien guerrera
Laurel ciñó preclaro,
Para eterna memoria
De la insigne dalmática victoria;
Tú, la guerra civil que de Metelo
Nacer vió el consulado,
Escribes y su origen desastrado;
Sus progresos, su duelo,
Y los juegos de muerte,
Con que cruel fortuna se divierte.
Y ligas de ambiciones militares
Recuerdas, y la espada
Tinta en sangre de hermanos no expiada:
Senda llena de azares
Pisas, donde traidora
Ceniza abriga chispa abrasadora.
Haz, mientras que de la lucha fratricida
Tu pluma el cuadro ordena,
[p. 58] Que abandone Melpómene la escena.
La historia concluída,
Calzarás a tu turno
El ateniense trágico coturno.
De la ronca corneta el son guerrero
Atruená ya el oído,
Y del clarín el pavoroso ruido;
Deslumbra el limpio acero
Al que bridón enfrena,
Y de espanto su brillo al bridón llena.
Ya a los valientes capitanes creo
En medio el campo honroso
Ver cubiertos de polvo glorioso:

Paréceme que veo
El orbe sojuzgado,
Menos del gran Catón el pecho osado.
Del África los dioses protectores
Huyeron, impotentes
Para vengar la rota de sus gentes;
Mas de los vencedores
La progenie inmolada
De Yugurta aplacó la sombra airada.
Campos doquier de túmulos cubiertos,
Con sangre fecundados,
Culpan nuestros furores despiadados.
El ruido en sus desiertos
Oyó el medo lejano
De la caída del poder romano.
¿Qué mares nuestra sangre no ha teñido?
¿Qué ríos de la tierra
No probaron estragos de la guerra?
¿En qué abismo escondido,
En qué playa remota
No corrió nuestra sangre gota a gota?
Mas no, Musa atrevida, abandonando
El juego y la alegría,
Tono emplees de lúgubre elegía:
Ven, y con plectro blando,
Mientras el laúd hieres,
Cantemos el amor y los placeres.

JAVIER DE BURGOS.
[p. 59] ODA II

A CRISPO SALUSTIO

Nullus argento color est.

No tiene lustre alguno la ocultada
Plata en las avarientas venas, Floro,
De la tierra, y estimo en nada el oro,
Que me sirve de nada.

Vivirá de Alejandro glorioso,
Pese a la envidia, el apellido cuanto
Rodare el sol, no por valiente tanto,
Cuanto por dadivoso.

Y reinarás más luenga y noblemente
Si tu ambicioso corazón rindieres,
Que si cuanto ve el sol oriente adquieres,

Y ve el sol occidente.

No será que el hidrópico remita
La sed, si mal de sí compadecido,
Más bebe y más; pero si bien sufrido,
La causa della quita,
Vencerla ha; y sólo es rey el que desea
Nada, con lo que tiene satisfecho;
No aquel, no, a quien codicia rompe el pecho,
Bien que un mundo posea.

Entre las aves al imperio aspira,
No por herencia o sangre, la que osada
A su valor, con vista no turbada
Al sol derecha mira;

Y a aquel solo varón uno es debido
El cetro, yo juez, que mira, Floro,
Y sufrir osa el resplandor del oro
Con ojo no torcido.

FRANCISCO DE MEDRANO.

ODA III

A QUINTO DELIO

Æquam momento rebus in arduis.

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura
En la funesta suerte,
No menos que en la próspera, segura
[p. 60] De inmodesta alegría,
La mente inalterable noche y día.

Ya vivas perseguido
De importuna tristeza, o ya risueño,
De placeres ceñido,
Hinchendo el hondo vaso el halagüeño
Falerno, que conserva
La reservada cava en blanda hierba,
Te goces reclinado
Lejos de la ciudad, do a las ufanas
Ramas de un plateado
Álamo se entrelacen las lozanas
De un pino corpulento,
Y su sombra convide al fresco asiento;
Y donde alegre y viva

De arroyuelo fugaz linfa sonora
La marcha fugitiva
Serpeando apresure. Aquí de Flora
Haz ¡oh Delio! que lleven
Cuantas delicias de su copia llueven.

Haz que lleven ungüentos,
Delicias del olfato; alegres vinos,
Sabrosos, no violentos;
Haláguente matices peregrinos
De la efímera rosa,
Y haz ¡oh Delio! tu vida deliciosa,
Mientras que lo permiten
Tus muchos bienes y tus dulces días,
Y las Parcas omiten
Cortar el hilo de tu vida; impías
Cortaránle luego
Sin que se ablanden al humilde ruego.

Y entonces la adquirida
Tierra forzado dejarás, la casa,
Y la granja lamida
Del Tíber rojo, y poseerá sin tasa
Un heredero ansioso
De tu tesoro el cúmulo asombroso.
El rey del orco horrendo
No distingue de estados; que de anciana
Progenie descendiendo,
Sus riquezas heredes, que villana
La suerte te castigue,
Y vil plebeyo a mendigar te obligue,
Bajarás al averno,
Y bajaremos todos; inviolable
[p. 61] Para el destierro eterno
La urna a todos nos mueve, inexorable,
Más tarde o más temprano
A él nos lleva Caronte el inhumano.

JUAN PABLO FORNER.

ODA IV

A JANCIA

Ne sit ancillæ tibi amor pudori.

No te avergüences, no Jancia Foceo,

Verte de tu esclavilla enamorado,
Que ya se vió prendado
El fuerte Aquiles deste mismo empleo,
Cuando en Briseide hermosa
Sintió la nieve purpurada en rosa.

Que cautiva también era Tecmesa,
Y della se pagó su dueño Ayace.
Luego verás que aplace,
En medio del triunfo de su empresa,
Al gran Atridas griego
La virgen que sacó de en medio el fuego,
Después que las escuadras del Troyano
Cayeron miserables, y el valiente
Héctor dió fácilmente
El cuello al vencedor Tesaliano,
Dejando su caída
La ciudad de valor destituída.

Y si acaso te pesa verte esposo
De la adorada Filis, pierde el miedo,
Que su real denuedo
Sangre promete igual, si ya envidioso
No se queja del hado,
Entristecida al verse en bajo estado.

Créeme, así Dios te guarde, y no imagines
Que es hija de ruin plebeya casta,
Ni que mujer tan casta,
Tan casta, y limpia de intereses ruines,
Pudiera ser nacida
De madre infame, vergonzosa en vida.

Su rostro de marfil, sus hebras de oro,
[p. 62] Sus brazos, cuello y muslos torneados
Serán de mí alabados;
Mas no por eso pienses que la adoro,
Ni en amar hagas cuenta
De quien ya con su edad llegó a cuarenta.

ESTEBAN DE VILLEGAS.

ODA V

A UN AMIGO

Nondum subacta ferre.

No puede tu novilla,

En cerviz no domada,
Sufrir aun la coyunda,
Ni conyugales cargas,
Ni el ímpetu del toro
Que ardiente amor inflama.
Ahora la gusta sólo
La pradera esmaltada,
Y ya el calor mitiga,
Entre las ondas claras,
O ya en los saucedales
Con los becerros salta.
El agraz no codicies,
Que el otoño mañana
Los morados racimos
Teñirá de escarlata.
Ya verás cómo un día
Ella misma te llama,
Quando rauda volando
La juventud lozana,
A Lálage los años
Que a ti te quite añada,
Verás cual un marido
Desenvuelta demanda
Lálage más que Cloris
Y que Foloe, amada;
Lálage de quien brillan
Las cándidas espaldas,
Como en el mar tranquilo
La luna plateada;
[p. 63] O cual el Gnido Giges,
De quien entre muchachas,
Con sus cabellos sueltos
Y su dudosa cara,
Ni aun los más perspicaces
El sexo adivinaran.

JAVIER DE BURGOS.

ODA VI

A SEPTIMIO

Septimi, Gades aditure mecum.

Tú que conmigo a Cádiz y al indócil

Cántabro irías, y a la Libia ardiente,
Do la onda mora en torno de la sirte
 Bárbara hierve,
¡Tíbur fundada por colono argivo,
Sea, Septimio, a mi vejez albergue!
Allí, de guerras y viajes laso,
 Término encuentre.
Si me lo vedan enemigos hados,
Iré al Galeso, donde cubren pieles
Blandos vellones: do el lacón Falanto
 Diera ya leyes.
Que sobre todos el lugar me agrada,
Donde a la oliva de Venafro verde
La oliva iguala, y a la miel suave
 La Ática cede;
Y dulce invierno y larga primavera
Envía Jove, y el Aulonio fértil
No envidia el vino que Falerno ufana
 Rico posee.
Feliz asilo que nos llama a entrambos:
Allí deseo que con llanto ardiente
Del vate amigo las cenizas tibias
 Pío tú riegues.

JAVIER DE BURGOS.

[p. 64] ODA VII

A POMPEYO [1]

O saepe mecum tempus in ultimum.

¡Oh mil veces conmigo reducido
Al postrer punto de la vida odioso!
¿Cuál astro poderoso
Hoy te ha restituído
A tu suelo dichoso?
 Santiso, la mitad del alma mía,
Contigo alegremente los ardores
De los soles mayores,
Contigo no sentía
Del cierzo los rigores.
 Ambos del mar huimos proceloso
La saña; a mí, por medio del cerrado

Peligro, mi buen hado
Alegre y victorioso
A puerto me ha sacado;
A ti, segunda vez mal advertido,
La resaca sorbió del mar hambriento,
Y al arbitrio del viento
Y al caso ya rendido
Te viste, y sin aliento.
Cumple tu voto, y grato al cielo santo,
Con lágrimas de gozo, ya el sereno
Rostro baña y el seno;
Que yo, Santiso, en tanto
Te espero en Mirar-Bueno.

¡Oh, fuere a mi vejez firme reposo
Este lugar! De mis navegaciones
Y peregrinaciones,
¡Oh término dichoso
Fuese, y de mis pasiones!

Este rincón de todos los del suelo
Me place más, do brota la primera
Y la rosa postrera,
Do siempre es uno el cielo,
Do siempre es primavera.

[p. 65] Éste a la mesa espléndida y al vino
Y al brindis te convida. ¡Oh cuerdo exceso!
Dulce me es ser travieso,
Cobrado un tal amigo,
Dulce perder el seso.

FRANCISCO DE MEDRANO.

ODA VIII

A LAMIA

Ulla si juris tibi pejerati.

Si pena alguna, Lamia, te alcanzara
Por cada voto que perjura quiebras;
Si al menos una de tus rubias hebras
En cana se trocara,
Creyérate; mas luego que engañosa
La fe rompes debida al juramento,
Tú, de la juventud común tormento,
Despiertas más hermosa.

Falta pues, Lamia bella, al siglo honrado
De tu difunta madre, sin recelo;
Falta a tu vida mesma, falta al cielo
La fe que les has dado;

Pues de ver cuanto número confíe
De mozos en tus juras, y que artera
Burlas el más atento que te espera,
Todo el cielo se ríe.

Mas ¿qué? la juventud para ti crece
Toda, crécente nuevos servidores,
Y de los que hoy desprecias amadores,
Ninguno te aborrece.

De ti la madre teme a su querido
Hijo, teme de ti el viejo avariento,
Teme la esposa que tu dulce aliento
Detenga a su marido.

FRANCISCO DE MEDRANO.

[p. 66] ODA IX

A VALGIO

Non semper imbres nubibus hispido.

No siempre descendiendo
La lluvia de las nubes, baña el suelo,
Ni siempre está cubriendo
Los campos con la escarcha el torpe hielo,
Ni está la mar salada
Siempre con tempestades alterada.

Ni en la áspera montaña
Los vientos, de contino haciendo guerra,
Ejecutan su saña,
Ni siempre en la alta sierra
Desnuda la arboleda,
Sin hoja, Nise, y sin verdor se queda.

Mas tú continuamente
Insistes en llorar a tu robada
Madre con voz doliente,
Ni a ti la luz dorada
Del sol cuando amanece
Mitiga tu dolor, ni si anochece.

Pues no lloró al querido
Antíloco sin fin el padre anciano,

Que tres edades vido,
Ni siempre en el troyano
Suelo fué lamentado
El príncipe Troilo, en flor cortado.
 Da fin a tus querellas,
Y vuelve al dulce canto que solías,
O canta mis centellas,
O tus duras porfías,
Que convierten en ríos
Los siempre lagrimosos ojos míos.
 Di cómo me robaste
De en medio el tierno pecho el alma y vida;
Di cómo me dejaste,
Jamás de mí ofendida,
Y cómo tú de ingrata
Te precias, y de amar yo a quien me mata.
 Y cómo, aunque fallece
En mí la esperanza y alegría,
[p. 67] La fe viviendo, crece
Más firme cada día,
Y siempre el agraviado,
Perdón ante tus pies pido humillado.

FR. LUIS DE LEÓN. [\[1\]](#)

ODA X

A LICINO

Rectius vives, Licini, neque altum.

Muy más seguro vivirás, Licino,
No te engolfando por los hondos mares,
Ni por huírlos encallando en playa
 Tu navecilla.
Quien adamare dulce medianía
Ni le congojan viles mendigueces,
Ni le dementan con atuendos vanos
 Casas reales.
Más hiere el viento los erguidos pinos,
Dan mayor vaque las soberbias torres,
Y en las montanas rayos fulminantes
 Dan batería.
Vive con pecho bien apercebido,
Que en las riquezas tema la caída,

Y en la caída espere; que fortuna
Suele mudarse.
Júpiter suele dar y quitar fríos,
Mala fortuna suele variarse,
Cantas a veces, y no siempre el arco
Flechas, Apolo.
En casos tristes fuerte y animoso
Muestra tu pecho, y con prudencia suma
Coge las velas, cuando te hallares
Entronizado.

EL BROCENSE.

[p. 68] ODA XI

A QUINTO HIRPINO

Quid bellicosus Cantaber et Scythes.

No, Quintio, del guerrero
Morador de Cantabria,
Ni del feroz escita,
Que el mar de ti separa,
Los designios te aflijan,
Ni a inquietudes amargas
Te condene una vida,
Que tan poco demanda:
Que corre presurosa
La Juventud lozana,
Y de ella en pos marchando
La vejez arrugada,
El blando Amor ahuyenta,
El dulce sueño espanta.
No es siempre igual el brillo
Del astro de Diana,
Y de la flor la pompa
Ligero soplo aja.
¿El ánimo mezquino
A qué, pues, a qué cansas
En sondear designios
Que los dioses recatan?
Del plátano o el pino
Bajo la sombra grata,
Coronados de rosas,
Y entre perfumes de Asia,

¿No es mejor que bebamos,
Mientras al cielo plazca,
Pues roedoras cuitas
El dulce vino lanza?
¿Quién, muchachos, del néctar,
De Falerno unas tazas
Me enfría de este arroyo
Más presto en la onda clara?
¿Quién a la amable Lide
De ir a buscar se encarga?
[p. 69] Anda, vuela, y que corra,
Y que la lira traiga,
Y trenzado el cabello
A la laconia usanza.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XII

A MECENAS

Nolis longa feræ bella Numantiæ.

No al son de blanda lira
Esperes que yo cante
De la feroz Numancia
Batallas y desastres;
Ni el sículo mar tinto
En africana sangre;
Ni rigores de Aníbal,
Ni de Hileo desmanes,
Ni a feroces lapitas,
Ni a emergidos gigantes
Por Alcides vencidos,
Que de Saturno audaces,
Estremecer hicieran
El alcázar brillante.
Tú, mejor que yo en verso,
En prosa rica y fácil,
Presentarás, Mecenas,
De Augusto los combates,
Y a su carro amarrados
Monarcas arrogantes.
Mientras loa mi Musa
Los cantos celestiales

De tu Licimnia, el fuego
Con que sus ojos arden,
Y el amor con que el tuyo
Premiar y aumentar sabe.
De Diana en las fiestas
Diré cuál sobresale,
Sea que alterne en chistes,
O que figure en bailes,
[p. 70] O manos de doncellas
Con sus manos enlace.
Y ¡qué! ¿por los tesoros
De Midas o Aquemanes,
Por cuanto aroma y perlas
La Arabia te brindase,
Darías tú ni un solo
Cabello de tu amante,
Cuando a tu ardiente labio
Une su faz suave?
¿O esquivez afectando,
Gusta que la arrebatas
Los besos que te niega,
Mientras en juego agradable,
También ella en robarlos
A veces se complace?

JAVIER DE BURGOS.

ODA XIII

A UN ARBOL QUE EN SU CAÍDA POR POCO COGE
AL POETA

Ille et nefasto te posuit die.

El villano cobarde
Que te plantó, árbol ruin, en triste día,
Y el que con mano impía
Te trasplantó más tarde,
Para ruina de propios y de extraños,
Y deshonra de vegas y aledaños,
En la noche sombría,
Con sangre de su huésped inmolado,
De su hogar despiadado
El suelo regaría,
Y crudo hierro, o criminosa planta

Pondría de su padre en la garganta.

Tratante fué en veneno,
Y aplicó a cuanto hay malo su trabajo,
El cruel que te trajo
A mi verjel ameno,

[p. 71] Para que un día hundiéndote, vil leño,
Asesinases tu inocente dueño.

Rodean al instante
Que un riesgo evita con anhelo vano,
Mil riesgos al humano:
Mientras que el navegante
Teme en el Ponto hablar la muerte fiera,
En donde él no la teme, ella le espera.

Temen nuestros soldados
Las flechas que en la fuga el Parto lanza:
La latina pujanza
Y los grillos pesados
El Parto teme, mientras siega a todos
Muerte cruel por imprevistos modos.

Y por poco yo mismo
No vi ya de Plutón los reinos yertos;
A Eaco los muertos
Juzgando en su hondo abismo,
Y no lejos, en místicas regiones,
De los justos las plácidas mansiones.

Y con laúd sonoro
A Safo lamentando las querellas
De celosas doncellas,
Y a ti con plectro de oro,
De la guerra y del mar riesgos cantando,
Divino Alceo, y tu destierro infando.

De entrambos silenciosa
La grey de sombras oye el sacro tono;
Mas cuando de su trono
La tiranía odiosa
Cantas hundida, y la gloriosa lucha,
Apiñada y atónita te escucha.

¿Qué mucho si enajena
Al can triforme, del suave canto
El celestial encanto,
Y de deleite llena
Las sierpes de las Parcas despiadadas
A las horribles crines enroscadas?

Y engaña su inclemente
Sed Tántalo, y del buitre devorante
El roer incesante

Prometeo no siente,
Y arroban a Orïon los dulces sonos,
Y no persigue a linceos ni leones.

JAVIER DE BURGOS.

[p. 72] ODA XIV

A PÓSTUMO

Eheu! fugaces, Postume, Postume.

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte,
Y aunque a su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Plutón desprecia, a tu lamento sordo.
Él al triforme Gerïon y a Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; en vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro;
Que al fin las torpes aguas del obscuro
Cocito, hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sísifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitación, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
Árboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Sólo te ha de seguir. Otro más digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados céculo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En áureas tazas de opulenta cena.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

[p. 73] ODA XV

CONTRA EL LUJO DE SU SIGLO

Jam pauca aratro jugera regia.

Palacios suntuosos
Pronto no dejarán tierra al arado:
Estanques espaciosos
Más que el lago Lucrino,
Aquí y allí veránse, y descollado
Plátano estéril sobre el útil pino.
Y copudos laureles
Doquier guarecerán de los ardores
Del sirio los verjeles,
Y crecerán un día
Verde arrayán y perfumadas flores,
Do la oliva que al dueño enriquecía.
No esto ordenó Quirino,
Ni el Catón de la intonsa cabellera,
Ni el antiguo latino
Se dió a este lujo insano.
Grande el dominio del estado era,
Pequeña la heredad del ciudadano.
No vasta galería,
Al norte abierta, vano fabricaba;
Pobre césped cubría
Los privados hogares,
Y a expensas del estado ornar mandaba
La ley con mármol pórticos y altares.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XVI

A GROSFO

Otium Divos rogat in patienti.

Ocio a los dioses en el ancho Egeo
Pide el piloto cuando negras nubes
Cubren la luna, y las estrellas vibran
Luces dudosas.
[p. 74] Ocio la Tracia, enfurecida en guerras;

Ocio los medos en saetas claros
Que ni las perlas, ni el purpúreo manto
 Compra, ni el oro.
No la riqueza ni el lictor del cónsul
Del alma apartan los tumultos tristes,
Ni los cuidados que el dorado techo
 Cruzan errantes.
Bien vive, oh Grosfo, quien brillantes mira
Sobre la mesa las paternas copas,
Ni el leve sueño la avaricia o miedo
 Torpes le quitan.
¿Por qué lanzamos a futuros días
El pensamiento, y otro sol buscamos
En nuevas tierras? ¿de su patria huyendo,
 Quién de sí huye?
Sube el cuidado a las ferradas naves,
Sigue al jinete en las fugaces turbas,
Más que los ciervos, más veloz que el Euro,
 Dueño del Ponto.
Contento el pecho en lo presente, olvide
Lo venidero, y con tranquila risa
Temple lo amargo. ¿Quién halló en el mundo
 Dicha completa?
En flor a Aquiles arrancó la muerte,
A Titón lenta senectud marchita
Y a ti te niegan lo que darne acaso
 Quieren las horas.
Rebaños ciento y sicilianas vacas
Para ti mugen, para ti relinchan
Yeguas dispuestas a cuadriga; en doble
 Púrpura tintas
Te visten lanas; mas pequeños campos,
Y un leve aliento de la griega musa
Me dió la Parca, y despreciar al vulgo,
 Siempre maligno.

MANUEL MARÍA DE ARJONA.

[p. 75] ODA XVII

A MECENAS ENFERMO

Cur me querelis exanimas tuis?

Mecenas, sostén mío, gloria mía,

¿Por qué con tus lamentos y aprensiones
Me acongojas así?
¡No, no quieren los dioses, ni tampoco
Lo quiero yo, que antes que yo muera
Tú vengas a morir!
¡Ah! si orden más temprana te arrebatara,
Mitad de mi alma, ¿para qué detengo
Aquí la otra mitad,
La que amo menos yo? ¿Cómo, incompleto
Quedar podré?... Tal día, si llegara,
Con ambos volará.
Juré, y no soy a mi águila perjuro.
Tú eres mi jefe; iremos adelante
Doquier avances tú;
Dispuestos a emprender al lado tuyo
La última jornada, la jornada
A la fosa común.
Nadie, ni de Quimera el ígneo aliento,
Ni el centímano Gías vuelto al mundo,
Me apartará de ti.
Tal es de la Justicia poderosa
La voluntad. Las Parcas igualmente
Lo han ordenado así.
Ora me mire Libra, ora me mire
Formidable Escorpión, la más funesta
Influencia natal,
Ya Capricornio en fin, del mar tirano,
Tu horóscopo y el mío en increíble
Conformidad están.
La protección de Júpiter fulgente,
Del impío Saturno, bien recuerdo,
No ha mucho te libró;
Y del hado veloz paró las alas
Cuando aplaudió tres veces el teatro
Con alegre explosión.
Aplastárame un tronco el otro día
[p. 76] Si, guardián de poetas, no repara
Fauno el golpe mortal.
El templo y holocaustos que ofreciste
No olvides. Por mi parte una cordera
Presentaré al altar.

RAFAEL POMBO.

CONTRA LOS AVAROS

Non ebur neque aureum.

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro,
Ni columnas, que corta en sus regiones
Apartadas el moro,
Sostienen travesaños áticos. Ni intruso
Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
Púrpuras de Laconia para el uso
De su señor mis siervas;
Pero vivo contento
De que jamás faltaron
En mí virtud y numen afluente.
Soy pobre, pero el rico a mí se inclina;
Ni pido más a la bondad divina,
Ni para que mis fundos acreciente
Importuno al amigo generoso;
Harto soy venturoso
Con mis campos sabinos.
Una y otra después arrebatadas
Huyen las lunas, y de igual manera
Las nuevas horas a morir caminan.
Tú, cercano a la muerte,
De mármol edificas levantadas
Fábricas, olvidado de la tumba;
Y estrecho en la ribera
De Bayas, donde el piélago retumba,
Buscas en él cimiento.
¡Qué mucho, si los términos vecinos
Alteras avariento,
Usurpando a tus súbditos la tierra!
[p. 77] Por ásperos caminos
Tímidos huyen la mujer y esposo,
Ambos al seno puestos
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
Pues no, no tiene el hombre poderoso
Palacio más seguro
Que la mansión del Aqueronte avara:
Ella le espera habitador futuro.
¿Para qué anhelas más si al que mendiga,
Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono igual prepara
La tierra sepultura?

Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió a gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno.
Él aprisiona a Tántalo, y la estirpe
 De Tántalo famosa;
 Él, de quien sufre angustia dolorosa,
(Invocado tal vez, o aborrecido),
El llanto acalla en el horror eterno.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

ODA XIX

A BACO

Bacchum in remotis carmina rupibus.

Vi a Baco, sí -generación futura,
Tú lo crearás-, que en ásperas guaridas
Cánticos a las ninfas enseñaba;
Por la densa espesura
Sus orejas erguidas
El caprípede sátiro mostraba.
 ¡Evoeh! aun tiemblo del pavor reciente;
Mas temblando palpita complacido
Mi corazón que el Dios ha subyugado.
Piedad, Baco potente,
Piedad: ya estoy rendido
Temible, oh tú, del grave tirso armado.
 ¡Ah! puedo ya las Tíadas falaces
Cantar, del vino la escondida fuente,
Las dulce leche en abundosos ríos,
Y las mieles fugaces,
[p. 78] Que el tronco refulgente
Destiló de sus cóncavos vacíos.
 Cantaré de tu esposa afortunada
La corona nupcial, que lucir veo,
Gloria añadida a la mansión divina;
Y a tu voz asolada
La casa de Penteo,
Y del tracio Licurgo la rüina.
 Tú el golfo, tú las bárbaras riberas
Domaste, tú, beodo, en apartadas
Cumbres, de las bistónides sañudas
Las densas cabelleras,

Al hombro derramadas,
Con inocentes víboras anudas.

Tú, cuando por montañas eminentes
El bando de terrígenas impío
El Olimpo escaló, de garra armado
Y de leoninos dientes,
En el Cocito umbrío
A Reto el fiero derribaste osado:

Aunque no de guerrero esclarecido
Renombre hubieses, Dios de los placeres,
De la festiva danza y los solaces,
No en combates temido;
Mas tú, glorioso, eres
Árbitro de la guerra y de las paces.

De áurea punta la frente coronando
Te vió el Cervero en la tartárea roca;
Muere el ladrido en su feroz garganta,
Y manso coleando,
Con la trilingüe boca,
Halagó, al irte, tu divina planta.

ALBERTO LISTA

ODA XX

A MECENAS

Non usitata nec tenui ferar.

En desusado y vigoroso vuelo
Me alzaré al éter puro,
Biforme vate, y el albergue obscuro,
Superior a la envidia, huiré del suelo.
[p. 79] No moriré, ni en la onda del olvido
Se hundirá mi fortuna,
Que a pesar de lo humilde de mi cuna,
Tú, alto Mecenas, llámame querido.

Ya en mis rodillas de los cisnes canos
La ruda piel advierto;
Ya en cisne me convierto,
Y plumas nacen en mi cuello y manos.

Más que Ícaro veloz, de mi plumaje
Ostentando los ampos,
Gétulas sirtes, hiperbóreos campos
Recorreré y el Bósforo salvaje.

El que los montes cólquicos habita,
El dacio a quien no doma
El miedo oculto que le inspira Roma,
Conoceráme y el remoto escita.
Y el que al Ródano bebe el cristal frío,
De mi sonoro labio
Oirá los ecos, y el ibero sabio
Lejos, Mecenas, del sepulcro mío.
Tristes endechas, fúnebres clamores,
Lejos el triste llanto;
Para el que hizo inmortal su inmortal canto
Vanos son de la tumba los honores.

JAVIER DE BURGOS.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 64]. [1] . Esta imitación de Medrano es muy libre, pero conserva en gran parte el espíritu del original.

[p. 67]. [1] . Es imitación. El final está enteramente alterado y mudados los nombres.

ODA I

Odi profanum vulgus et arceo.

Lejos, lejos de mí, gentes profanas;
Versos jamás oídos
Escuchen los demás con temor santo,
Qué, sacerdote de las nueve hermanas,
A las doncellas y a los niños canto.
Al rey acata pueblo reverente,
Y los reyes acatan
A Jove sin igual y sin segundo,
Al vencedor de la Titannia gente,
Al que conmueve con su ceño al mundo.
De vides uno allí puebla las cumbres;
Su nobleza ostentando
Los sufragios del pueblo esotro anhela;
Cuál su opinión pondera y sus costumbres,
Cuál se apoya en su larga clientela.
Sobre el linaje todo pesa empero,
Con ley igual y fija,
Dura necesidad, fallo de muerte.
Cual del último el nombre, del primero
De la urna ancha y fatal sale la suerte.
No sabrán bien los sículos manjares
Al que a su impío cuello
Vea siempre amagar desnuda espada;
Ni volveránle el sueño los cantares
De las aves, ni cítara acordada:
El sueño, que en la rústica mejilla
[p. 84] Suave y blando posa,
Y la paz ama de pajiza aldea,
Y el fresco valle y la sombrosa orilla,
Que el aliento del céfiro recrea.
A aquel que sus deseos enfrenando,
Contenta lo preciso,
No amedrenta el bramar del golfo obscuro,
Sus luces las Cabrillas asomando,
Ni escondiendo sus luces el Arturo,
Ni azotando las vides la pedrea,

Ni frustrando engañoso
Las esperanzas de cosecha el suelo,
De largas lluvias ya la culpa sea,
Del ardor estival o el crudo hielo;
Sillares labran en la escueta playa
Obreros afanados;
Viene estrecha la tierra al opulento,
Que alzando diques en el mar, ensaya
Los peces estrechar en su elemento.
¡Vano, estéril afán! La Cuita grave
Tras él sin tregua corre;
Acósale sin tregua el Temor fiero,
Suben con él a la ferrada nave,
Siguen en el caballo al caballero.
Y si a lanzar del ánimo mezquino
No bastan la zozobra,
Cual astro claro, púrpura esplendente,
Ni frigio mármol, ni falernio vino,
Ni los gratos perfumes del Oriente;
¿A qué sobre columnas suntuosas,
La envidia alimentando,
Yo lujosa mansión levantaría?
¿Ni cómo por riquezas afanosas
Trocara mi pacífica alquería?

JAVIER DE BURGOS.

ODA II

A SUS AMIGOS

Angustam, amici, pauperiem pati.

En la estrecha pobreza
Aprenda el mozo a padecer robusto,
Porque con fortaleza
Resista al militar recuento injusto,
[p. 85] Y al feroz, y arrogante
Parto, con su caballo, y lanza espante.
En los negocios duros
Pase la vida, al Cielo solitario,
De los hostiles muros,
La mujer del guerrero Rey contrario,
Y la adulta doncella
Suspirando le envíen tal querella:

¡Ay! no mi esposo rudo
En la milicia a pelear provoqué
A aquel áspero y crudo
León, a cuya sombra no hay quien toque,
Que con ira y estruendo
Por medio de las muertes va rompiendo.

Grande gloria consigue
Quien por la patria a muerte se abandona,
Que al que huye persigue
Y al joven nuevo en guerras no perdona;
Que siempre el paso estorba
A temerosa espalda, a débil corva.

La virtud estimada,
De rechaza ignorante, resplandece
Con honra no manchada,
Ni porque al pueblo mal, o bien parece,
Las armas toma o deja,
Porque el aura popular se aleja.

La virtud que abre el Cielo
A los que no merecen ser mortales,
Menosprecia del suelo
Las vulgares campañas terrenales,
Y por negada senda
Camino busca a do su pluma extienda.

Tiene también seguro
El silencio fiel su premio amigo:
Quien el secreto puro
De Ceres dice no estará conmigo,
Ni debajo de un techo,
Ni en ancho mar en el bajel estrecho.

Que Júpiter airado
Muchas veces a un malo junta un bueno,
Y el que en tiempo pasado
Fué de pecados y delitos lleno,
Aunque tardo suceda,
Muy raras veces sin castigo queda.

VICENTE ESPINEL.

[p. 86] ODA III

Justum et tenacem propositi virum.

De ciega plebe el vocear insano
No conmueve al varón constante y justo,

Ni tuerce sus propósitos adusto
El ceño del tirano;
Ni el austro, que del Adria remugiente
Su rabia en la onda muestra;
Ni de Jove potente
La fulminante vengadora diestra.
Si los orbes se hundieran,
Las ruinas impertérito le hirieran.

Pólux así y el vagaroso Alcides
Han de la luz a la región subido;
Así Augusto, a la par enaltecido
De entrambos adalides,
Se recrea con célica ambrosía.
A la coyunda atados,
Así tu carro un día,
Baco, arrastraron tigres no domados:
De Marte así en el coche
Rómulo huyó los reinos de la noche.

Al verle en medio el celestial congreso
Juno así en grato acento prorrumpiera:
«Ilión, Ilión, una extranjera
Y un juez torpe y avieso
Polvo hicieron tus torres colosales;
Que cuando lo pactado
Negó a dos inmortales
Laomedonte falaz, te entregó el hado
Con tu caudillo impío
De Minerva al rigor y al furor mío.

De la adúltera griega el huespe altivo
No ostenta ya su gracia y donosura,
Ni la casa de Príamo, perjura
Al formidable argivo,
De Héctor contrasta ya con los blasones.
Fin a duelo prolijo
Se dió y a disensiones:
Y de odio exenta, el detestado hijo
De la frigia consorte,
Yo entregaré a los brazos de Mavorte.

Que a beber llegue el néctar regalado;
[p. 87] Que a ocupar venga el tachonado asiento
De los dioses a par, yo lo consiento,
Mientras que ponto airado
Entre la Italia e Ilión retumba.
Reine el frigio doquiera
Feliz, mientras la tumba
De Paris y de Príamo la fiera

Con su rugir insulte,
Do sus cachorros sin temor oculte.
Enhorabuena el Capitolio erguido
La frente alce de brillo y gloria llena:
Leyes imponga Roma enhorabuena
Al miedo sometido:
Dilate altiva, porque al mundo asombre,
Hasta el clima lejano
La fama de su nombre,
Donde estrecho profundo al africano
Separa de la España,
Y a los campos que el fértil Nilo baña.

No con ardor sacrílego y osado
Ose apropiarse el escondido oro;
Desprecie fuerte el pérfido tesoro,
Muy mejor colocado
En las entrañas de elevada sierra.
Sus armas, sus pendones
Extienda de la tierra
Al último confín, de las regiones
Que bruma eterno hielo
Hasta do Febo abrasa el mustio suelo.

Pero que no del próspero destino
Y su piedad ufanos y seguros,
Reparar piensen de Ilión los muros
Los hijos de Quirino.
Con funestos auspicios renacieran,
Y con horrible estruendo
De nuevo hundidos fueran,
De Júpiter supremo conduciendo
Yo la hermana y la esposa,
La hueste nuevamente victoriosa.

Si veces tres sus torres levantara
De bronce el rubio dios, tres con el fuego
En polvo las tornara el valor griego:
Tres cautiva llorara
Al esposo y los hijos la matrona.
Mas ¿dó elevando el vuelo,
Vas, Musa juguetona?
[p. 88] Deja, deja las pláticas del cielo,
Y no portento tanto
Liviana amengües con tu humilde canto.

JAVIER DE BURGOS.

A CALÍOPE

Descendo coelo, et dic age tibia.

Desciende ya del cielo,
Calíope, oh reina de poesía,
Por largo espacio el suelo
Hinche de melodía,
O la flauta sonando,
O ya la dulce cítara tocando.

¿Oís? ¿O mi locura
Dulce me engaña a mí? porque el sagrado
Canto se me figura
Que oyo, y que el amado
Bosque paseo ameno,
De frescas aguas, de aire blando lleno.

En el monte Vulturo,
Do me crié en la Apulia, fatigado
En mi niñez de puro
Jugar, todo entregado
Al sueño, me cubrieron
Unas palomas que sobrevinieron.

De verdes hojas, tanto
Que a todos admiró cuantos la sierra
Y risco de Aqueranto,
Y la montuosa tierra
De Bata y de Fiñano
Moran el abundoso y fértil llano,

En ver cómo dormía,
Ni de osos ni de víboras dañado,
Y cómo me cubría
De mirto amontonado
Y de laurel un velo,
Que este ánimo en un niño era del cielo.

Por el alto Sabino
Vuestro voy, vuestro, oh musas, y doquiera

[p. 89] Que vaya, o si camino
Al Tíbur en ladera,
O si al Preneste frío,
O si al bayano suelo el paso guío.

Porque amo vuestros dones,
En los campos filipos en huída
Los vueltos escuadrones
No cortaron mi vida,
Ni el tronco malo y duro,

Ni en la mar de Sicilia el Palinuro.

Como os tenga primero
Connmigo, tentaré de buena gana,
O hecho marinero,
Del mar la furia insana,
O hecho caminante,
Los secos arenales de Levante.

Por entre los britanos,
Fieros para los huéspedes, seguro,
Y por los guipuzcoanos,
Que brindan sangre puro,
Y por la Scitia helada
Iré, y por la Gelona, de arco armada.

Cuando del trabajoso
Oficio el alto César de la guerra,
Buscando algún reposo,
En los pueblos encierra
La gente de pelea,
Con vosotras se asconde y se recrea.

Vosotras el templado
Consejo y la razón dais, y por gloria
Tenéis haberle dado;
Que pública es la historia
De la titana gente,
Cómo la destruyó con rayo ardiente,
Quien los mares ventosos,
Quien la pesada tierra, quien los muros
Altos y populosos,
Y los reinos oscuros,
Y sólo él los mortales
Y los dioses con leyes rige iguales.

Bien es verdad que puso
Aquella fiera gente, confiada
En sus brazos, confuso
Temor en la morada
Soberana del cielo,
A do subir quisieron desde el suelo.

[p. 90] ¿Más qué parte podían
Ser Mimas ni Tifón ni el desmedido
Porfirio? o ¿qué valían
El Reto, el atrevido
Encélado, que echaba
Los árboles al cielo, que arrancaba,

En contra el espantoso
Escudo de la Palas? A su parte
Vulcano hervoroso

Y Juno estaba y Marte,
Y quien jamás desecha
De sus hombros la aljaba ni la flecha,
Y baña en la agua pura
Castalia sus cabellos, y es servido
De Licia en la espesura,
Y el bosque do ha nacido
Posee, y el que solo
En Delo y en Patara reina, Apolo.
De sí mesma es vencida
La fuerza sin consejo y derribada,
Mas la cuerda y medida
Del cielo es prosperada,
A quien la valentía
Desplace, dada al mal de noche y día.
Testigo es verdadero
De mis sentencias Gías, el dotado
De cien manos, y el fiero
Orion, el osado
Tentador de Diana,
Domado con saeta soberana.
Duélese la cargada
Tierra sobre sus partos, y agramente
Ver su casta lanzada
En el abismo siente;
Ni el fuego a la montaña
De Etna sobrepuesto gasta o daña.
Y del vicioso Ticio
Jamás se aparta el buitre ni se muda,
A su maldad y vicio
Dado por guarda cruda;
Y está el enamorado
Piritoo en mil cadenas apretado.

FR. LUIS DE LEÓN.

[p. 91] ODA V

Coelo tonantem credidimus Jovem.

Álzase Jove, y a su augusta planta
Truena el Olimpo retemblante. ¡El cielo
Es el trono del dios! Pronuncia Augusto,
Y a Britania y a Persia omnipotente
En el imperio encierra:
¡César, César es Dios sobre la tierra!

¿Osó de Craso el criminal soldado
La hacha encender a un bárbaro himeneo?
Y... ¡oh patria, oh corrupción! ¿pudo el romano
Encanecer de un suegro en las cadenas,
Postrándose ante el solio
De un rey Medo, a la faz del Capitolio?
¿Qué fué su toga, su renombre y templos?
Tú lo previste, ¡oh Régulo! que hollando
Pactos infames, ante el ara augusta
De la posteridad sacrificaste,
Con virtud despiadada,
La juventud romana cautivada.

«Yo lo vi, yo lo vi, dijo, enclavados
En los púnicos templos los pendones
En incruentas espadas que el guerrero
Arrancar se dejó! Yo vi en las libres
Espaldas, entre lazos,
Los ciudadanos retorcidos brazos!

Vi ya patentes las herradas puertas
De los contrarios, y en triunfante gozo
Romper su arado los tranquilos surcos;
Los surcos ¡ay! de nuestra gloria llenos,
Que en más felices horas
Talaron nuestras armas vencedoras.

¿Será que el oro de su vil rescate
Haga más fuerte al campeón esclavo?
Le hará más vil y engendrador de infames;
Que nunca, tinta, su color nativo
La lana ha recobrado,
Ni su virtud el pecho amancillado.

Cuando luce la cierva, desprendida
De la nudosa red, será brioso
El militar que al pérfido enemigo
Confió su salud. ¿En nuevas lides

[p. 92] Podrá temblar Cartago
Su vencimiento y funeral estrago,

De los brazos que en hierros ponderosos
El miedo de morir ató cobarde?
Buscando vida sin saber do estaba,
A paz forzaron el combate. ¡Oh mengua!
¡Oh gran Cartago,alzada
Sobre el baldón de Italia destrozada!»

Dijo; y del beso de su casta esposa
Huyó, cual siervo, y de sus tiernos hijos;
Y en torvo ceño, el varonil semblante
Fijo en la tierra, en tanto que afirmaba

Al dudoso Senado,
En su consejo atroz nunca imitado.
Parte veloz a su destierro ilustre,
Entre el llorar de la amistad, que lejos
Ve los tormentos que el sayón le guarda.
Él no tiembla y los ve; marcha, y en torno
Rompe su brazo fuerte
El pueblo que mediaba entre su muerte.
Bien cual si huyendo la estruendosa Roma
Y el cargoso velar en la fortuna
De sus clientes, a rendir marchase
A la rústica paz amables cultos
De calma y de contento
En los campos hibleos de Tarento.

NICASIO ÁLVAREZ DE TOLEDO.

ODA VI

A LOS ROMANOS

Delicta majorum immeritus lues.

Tú por la culpa ajena,
Oh Roma de tan gran castigo indina,
Padecerás la pena,
Hasta que se repare la rüina
De nuestros templos sacros,
Y el humo de sus viejos simulacros.
De darte al ministerio
De los dioses inmensos ha nacido
Tu poderoso imperio,
[p. 93] Y también de ponerlos en olvido
Tus daños y miseria,
Y el llanto general de toda Hesperia.
Porque se despreciaron
Los agüeros, Moneses y Pacoro
Dos veces quebrantaron
Tus ímpetus, y ostentan que con oro,
En la presa adquirido,
Sus pequeños collares han crecido.
Cuando en civil bullicio
Y en sedición estabas ocupada,
El tudesco y egicio
Bien cerca te tuvieron de asolada;

Éste en mar poderoso,
Aquél en tierra fiero y espantoso.
Los tiempos, manantiales
De vicios, mancillaron lo primero
Los lechos conyugales,
Las casas y el linaje verdadero;
Y fué el origen este
Que a la patria y al pueblo dió tal peste,
Ya la virgen madura
Los bailes de la Jonia deshonestos
Que le enseñen procura;
Tuerce todos sus miembros, y de incestos
Amores se complace,
Desde que al pie la tierna uñita nace.
Después busca los mozos
Adúlteros en medio del convite,
Y para dar sus gozos
No aguarda a que la mesa o luz se quite;
Que en público concede
Lo que aun secretamente hacer no puede.
Y si la llama sola,
Sabiéndolo el marido, el mercadante,
O de nave española
El maestre, que es pródigo y amante,
Se levanta en presencia
De todos, y a su gusto da licencia.
La juventud romana
No fué de tales padres engendrada
Cuando de la africana
Gente dejó la mar ensangrentada,
A Antíoco vencido,
Al grande Pirro y a Aníbal temido
Mas rústicos soldados
[p. 94] Que el campo con azadas revolvían,
Y de leña cargados,
Cual sus madres severas lo pedían),
Volvían cuando Apolo
Da sombras y descanso a nuestro polo.
Las vueltas de los cielos
Todo lo disminuyen: muy mejores
Fueron nuestros abuelos
Que nuestros padres; somos muy peores;
De nosotros se espera
Sucesión que en maldades nos prefiera.

ODA VII

A ASTERIE

Quid fles, Asterie, quem tibi candidi.

¿Por qué te das tormento,
Asterie? No será el abril llegado,
Que con próspero viento,
De riquezas cargado,
Y más de fe cumplido,
Tu Giges te será restituído;
 Que en Orico do agora,
Después de las Cabrillas revoltosas,
Del viento guiado, mora,
Las noches espaciosas
Y frías desvelado
Pasa, y de largo lloro acompañado.
 Bien que con maña y artes
De su huésped Cloe, el mensajero
Le tienta por mil partes,
Diciendo el dolor fiero
En que la triste pasa,
Y cómo con su fuego ella se abrasa.
 Y cómo la alevosa
Antea movió a Preto con fingida
Querella, a presurosa
Mente quitar la vida
Al casto en demasía
Belerofonte, el mismo le decía.
[p. 95] Y cuenta cómo puesto
En el último trance fué Peleo,
Mientras que huye honesto
La Hipólita y arreo
Le trae toda historia
Del mal ejemplo el falso a la memoria.
 En balde, porque a cuanto
Le dice está más sordo que marina
Roca, ni por espanto
Ni por ruego se inclina;
Tú huye por tu parte
De Enípeo, tu vecino, enamorarte,
 Aunque ni en la carrera
Ninguno se le iguala, ni con mano
Revuelve más ligera

El caballo en el llano,
Ni con igual presteza,
Nadando, corta el Tibre su bravera.

En siendo anohecido
Tu puerta cierra, y no abras la ventana
Al canto dolorido
De la flauta alemana,
Y aunque mil veces fiera
Te llame, tú más dura persevera.

FR. LUIS DE LEÓN.

ODA VIII

A MECENAS

Martiis coelebs quid agam halendis.

Versado en las costumbres
De la Grecia y del Lacio,
Tú extrañarás, Mecenas,
Verme, sin ser casado,
De marzo en las calendas
Con flores en los vasos,
Incienso en las navetas,
Y césped humeando.
Pero de la caída
Del árbol preservado
Que amenazó a mi vida,
[p. 96] Ofrecí un día a Baco
Un banquete de amigos
Y un cabritillo blanco.
Hoy que es de aqueste voto
El día aniversario,
El barril destapemos
Que con esmero guardo
Y vió poner al humo
De Tulo el consulado.
Bebe del salvo amigo
A la salud cien vasos,
Duren hasta la aurora
Las lámparas velando,
Sin que el júbilo turben
Pendientes ni arrebatos.
Del gobierno de Roma

Da treguas al cuidado;
Pecieron las huestes
De Cotisón el dacio;
Entre sí se destruyen
Los formidables Partos;
Los cántabros feroces,
Muy tarde domeñados,
Arrastran las cadenas;
Y aflojando sus arcos,
Dejar ya los escitas
Meditan nuestros campos.
De inquietudes exento,
Cual simple ciudadano,
Por la suerte del pueblo
No ya te afanes tanto.
Goza del bien presente,
Y olvida sobresaltos.

JAVIER DE BURGOS.

ODA IX

HORACIO Y LIDIA

Donec gratus eram tibi.

HORACIO

Mientras que te agradaba,
Y mientras que ninguno más dichoso
Los brazos añudaba
[p. 97] Al blanco cuello hermoso,
Más que el persiano rey fuí venturoso.

LIDIA

Y yo, mientras no amaste
A otra más que a mí, ni desdichada,
Por Cloe me dejaste,
De todos alabada,
Y más fuí que la Ilia celebrada.

HORACIO

A mí me manda agora
La Cloe, que canta y toca dulcemente
La vigüela sonora,

Y porque se acreciente
Su vida, moriré yo alegremente.

LIDIA

Y yo con inflamado
Amor a Calais quiero y soy querida,
Y si el benigno hado
Le da más larga vida,
La mía daré yo por bien perdida.

HORACIO

Mas ¿qué, si torna al juego
Amor, y torna a dar firme lazada?
¿Si de mi puerta luego
La rubia Cloe apartada,
A Lidia queda abierta y libre entrada?

LIDIA

Aunque Calais hermoso
Es más que el sol, y tú más bravo y fiero
Que mar tempestuoso,
Más que pluma ligero,
Vivir quiero contigo y morir quiero.

FR. LUIS DE LEÓN.

[p. 98] ODA X

A LICE

Extremum Tanain si biberes Lyce.

¡Oh Lice! aunque bebieras
De las aguas del Tanais apartado
Y un marido tuvieras
Cruel, te lastimara verme echado
Al umbral de tu casa,
Al cierzo helado, que esta tierra abrasa.
¿No escuchas el ruido
Que hace entre las rajadas de la puerta
El viento, y el gemido
Que suena en la arboleda desta huerta,
Y que el frío del cielo
Hiela la nieve que cobija el suelo?
Ya la soberbia deja,

Sujétala al amor; no quieras verte
Tú con la misma queja,
Cuando se trueque entre los dos la suerte;
Que no fuiste engendrada
Para ser cual Penélope adorada.

Aunque a tu ser constante
No mueve el ruego, el oro ni esmeralda,
Ni dar señal de amante
En mis mejillas el color de gualda,
Ni tu ingrato marido,
De ti olvidado y de otro amor herido,
Quiéreme, pues te quiero,
¡Oh dura encina y áspera serpiente,
Y de ánimo más fiero
Que las que habitan en la Libia ardiente!
Mira que el sufrimiento
Se cansará de estar al agua y viento

LUIS MARTÍN.

[p. 99] ODA XI

A MERCURIO

Mercuri nam te docilis magistro.

Dulce Mercurio, pues por ti enseñado
Anfión las piedras con su voz movía;
Y tú algún día desdeñada siempre,
Siempre callada,
Ora preciada en templos y festines,
De siete cuerdas resonante lira,
Versos me inspira, a que la dura Lide
Preste el oído.
Que, aun no probadas del amor las glorias,
Cerril novilla en espaciosa vega,
Retoza y juega, para ardiente esposo
v No sazónada.
Parar los ríos, domeñar los tigres,
Y tras ti puedes arrastrar montañas;
Tú las entrañas del guardián del Orco
Dulce moviste;
Del can triforme, que hórrida cabeza
Alza crinada de serpientes ciento,
Y hediondo aliento de su inmunda exhala

Boca trilingüe.
Y sonrieron Ixión y Ticio,
Y a las Danaides el atroz tormento
Tu blando acento mitigó a intervalos,
Lira suave.
De aquellos monstruos el castigo escuche,
Lide y la culpa, y en trabajo infando
Sin fin llenando su tonel vacío,
Oiga las penas
Que a los delitos el Averno guarda:
De sus esposos ¡execrable crimen!
Fieras esgrimen contra el seno inerme
Bárbaro hierro.
Una tan sólo con perjurio noble
Frustra del padre el pérfido deseo,
Del Himeneo digna, y que a los siglos
Vuele su nombre.
«Álzate, esposo, dícele, y evita
Que sea aqueste tu postrero sueño;
[p. 100] Del suegro el ceño y las hermanas burla,
Burla malvadas.
A sus maridos despedazan ellas,
Como leonas que el furor acosa;
Mientras piadosa ampararé tu fuga
Yo sin herirte.
De duros hierros cárgueme mi padre,
Porque a mi esposo conservé la vida,
O del numida lánzame al lejano
Árido suelo.
Ve do las auras o los pies te lleven;
Ve de la noche y Venus protegido,
Y agradecido nuestra historia graba
Sobre mi tumba.»

JAVIER DE BURGOS.

ODA XII

A NEOBULE

Miserarum est neque amori dare ludum, neque dulci.

Mísera aquella y triste
A quien amar se veda,
Y anegar en el vino

Las cuitas y las penas;
Y que aterrada siempre,
De un tío cruel tiembla
La reconvención dura,
La amenaza violenta.
A ti el alado niño
De Venus Citerea
Hoy ya de tus labores,
Neobule, te aleja;
Y el lipareo Hebro
De las dulces tareas
Te va ya disgustando
De la casta Minerva;
Hebro, mejor jinete
Que el que hundi6 a la Quimera,
Jamás en pugilato
Vencido ni en carrera;
El que baña en el Tíber
[p. 101] Los sus hombros de atleta,
O en el llano espacioso
Tras de los ciervos vuela,
Flechas certero lanza,
Y acomete o acecha
Al jabalí escondido
En la áspera maleza.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XIII

A LA FUENTE DE BLANDUSIA

O fons Blandusiae, splendidior vitro.

O fuente de Blandusia,
Muy más que el cristal clara;
Digna de dulce vino
Y suaves guirnaldas,
Un tierno cabritillo
Te inmolaré mañana.
Su frente, con los cuernos
Nacientes abultada,
A combates y amores
En vano se prepara;
En vano, que la prole

De trepadora cabra
Con su sangre tus ondas
Teñirá de escarlata.
A ellas tocar no osa
En la siesta abrasada
De canícula ardiente
La sofocante llama.
Tú a los toros, que un hora
Reja agobió pesada,
Grato frescor ofreces,
Y a la ovejuela vaga.
Yo haré tu nombre eterno,
Yo, la encina copada
Cantando, que en los huecos
Peñascos se levanta,
De donde tus parleros
Raudales se desatan.

JAVIER DE BURGOS.

[p. 102] ODA XIV

AL PUEBLO ROMANO

Herculis ritu, modo distus, o plebs.

Ese de quien antes
Decías, oh plebe,
Que iba, nuevo Alcides,
A coger laureles,
Que de sangre sólo
A precio se adquieren,
César, de Cantabria
Ya vencedor vuelve.
Cuando ante los dioses
Grata se prosterne
La esposa que a él sólo
Su gloria y paz debe,
A su encuentro corra
Con la hermana alegre;
Y corran, de rosas
Ceñidas las sienes,
Las madres que salvos
Sus hijos ostenten.
Honestas matronas,

Niños inocentes,
Palabras infaustas
No hoy aquí resuenen.
Este bello día
De fiesta y placeres,
De miedos y cuitas
Me libra por siempre.
Ya discordia, guerras
No temo ni muerte,
Pues del orbe César
El imperio tiene.
Trae aquí, muchacho,
Guirnaldas, pebetes,
Trae también vino,
Vino que se acuerde
De la guerra marsa,
Si algunos toneles
Al vago Espartaco
Burlaron por suerte;
Y di a la cantora
[p. 103] Neera, que vuele,
Y ungidos de mirra
Sus cabellos trence.
Si odioso portero
Te lo estorba, vente;
Que si pendenciero
Me ostenté otras veces,
Ya el cabello cano
Mis fuegos retiene.
No en mis mocedades
Sufriera yo ardiente,
Siendo cónsul Plauco,
Desaires cual ése.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XV

CONTRA CLORIS

Uxor pauperis Ibyci.

De Ibico el desventurado
Pon, arrugada consorte,
Término ya a tus infamias

Y a tus ruidosos amores.

No ya, con un pie en la tumba,
Con tiernas niñas te roces,
Ni el brillo de los luceros
Con niebla opaca sofoques.

No lo que a tu Fóloe asienta,
También te asienta a ti, Cloris;
Ciega ella de amor por Noto,
Como una cabra retoce;

O cual Bacante excitada
Por el son de los tambores,
De los jóvenes esquivos
Puertas fuerce, rompa goznes.

A ti la rueca y la lana,
No la lira corresponde,
Ni apurar el hondo vaso,
Ni orlar tus sienes de flores.

JAVIER DE BURGOS.

[p. 104] ODA XVI

A MECENAS

Inclusam Danaën turris aenea.

Asaz tenían guardada
A Danae de nocturnos amadores,
La torre fabricada
De metal, y de perros veladores
La centinela alerta,
Y más fuerte que acero la gran puerta;
Si del padre medroso,
Guardador de la virgen, no burlaran
Venus y el poderoso
Júpiter, y ambos juntos acordaran
Ser seguro camino
Para entrar, convertirse en oro fino.
El oro tiene tanta
Fuerza, que va por medio de la guerra,
Y las piedras quebranta,
Con más fuerza que el rayo viene a tierra;
Por oro destruída
Fué la casa de Argivo esclarecida.
El rey Filipo hendía

Las puertas y los muros torreados
Con dones, y vencía
A los reyes contrarios obstinados;
Pone el don extranjero
Al feroz capitán grillos de acero.

Cuanto más va creciendo
La riqueza, el cuidado de guardalla
Tanto más va subiendo,
Y la sed insaciable de aumentalla;
Por eso huyo medroso,
Mecenas, el ser rico y poderoso.

Al que menos cobdicia,
Le da Dios más, y se harta fácilmente;
Dejado de avaricia,
El bando sigo de la pobre gente,
Y huyo muy contento
Del real del que es rico y avariento.

Y soy más verdadero
Señor de la hacienda no estimada,
Que no si en mi granero
[p. 105] Cuanto ara y coge Apulia yo encerrara,
En medio de riqueza
Tanta, viviendo en mísera pobreza.

No entiende el poderoso
Señor que manda el África marina,
Que estado más dichoso
Que el suyo me da el agua cristalina
De mi limpio arroyuelo,
Mi fértil monte y campo pequeñuelo.

La calabresa abeja,
Aunque no me da miel blanca y sabrosa,
Ni mis vinos añeja
La cueva Listrigonia tan famosa,
Ni traigo mis ganados
En los pastos de Francia apacentados;

Ni vivo con pobreza,
Ni la vida tener suelo alterada;
Y si quiero riqueza
Mayor, no me será por ti negada.
Sin la cobdicia ardiente,
Los tributos daré más fácilmente,

Que no el que poseyere
Juntas Arcadia y Tracia poderosas.
A aquel que mucho quiere,
Le han de faltar por fuerza muchas cosas;
No es mal afortunado

A quien Dios poco, que le baste, ha dado.

FR. LUIS DE LEÓN.

ODA XVII

A ELIO LOMIA

Æli, vetusto nobilis ab Lamo.

Tú del antiguo Lamo
Descendiente (pues guardan
Los fastos la memoria
De que de él tu prosapia
El nombre tomó ilustre,
Que a sus nietos ensalza),
Progenie del caudillo
Que fué, según es fama,
[p. 106] De Formia el rey primero,
Y del suelo que baña
El Liris, que en las costas
De Marica desagua;
Una tempestad, Elio,
Del ábrego empujada,
Mañana de alga inútil
Debe cubrir la playa,
Y el bosque de hojas verdes,
Si ya no nos engaña
La caduca corneja,
Que la lluvia presagia.
Prevén los secos leños
Hoy que puedes; mañana
Mientras tus mozos huelguen,
Alegre el día pasa,
Y con un lechón tierno
Y vino te regala.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XVIII

A FAUNO

Faune Nympharum fugientum amator.

Tú, de fugaces Ninfas
Divino amador, Fauno,
Si en tu honor un cabrito
Inmolo cada año,
Si de Venus amigo,
Bulle el vino en los vasos,
Y suave incienso queman
En tus aras mis manos,
Propicio al retirarte
Pasa, ¡oh dios!, por mis campos,
Y benigno la prole
Mira de mis rebaños.
En la yerbosa vega
Retozan los ganados,
Cuando torna diciembre
Tu día aniversario;
Solázanse en tu fiesta
[p. 107] Ociosos los villanos,
Y con los sueltos bueyes
Espáncianse en los prados;
Pace entre hambrientos lobos
El corderillo manso;
Alfombran con sus hojas
Los árboles tu paso;
Y en campesina danza
El cavador ufano
La tierra que aborrece
Abruma con sus saltos.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XIX

A TELEFO

Quantum distet ab Inacho.

Desde Inaco hasta Codro,
Que el pecho denodado
Por salvar a su patria
Ofreció al mortal dardo,
Tú nos cuentas, Telefo,
Los siglos que pasaron,
Y de Eaco los nietos
Y los duelos troyanos.

Pero el precio nos callas
Del Chio delicado,
En qué casa, a qué hora
Iremos a juntarnos,
Dónde huiremos del frío,
Quién nos templará el baño.
Ven, a la luna nueva
Voy a brindar, muchacho;
En honor de la noche
Dame segundo trago,
Y del augur Murena
En honor otro vaso.
O tres o nueve copas
Todos aquí bebamos.
El que a las nueve hermanas
Adora del Parnaso,
[p. 108] Justo será que nueve
Demande en su entusiasmo.
Las Gracias inocentes
Que estremece el estrago
No más de tres permiten
Beber a sus amados.
De enloquecer es día,
Vamos, amigos, vamos.
¿Por qué de Berecinto
No está el clarín sonando,
Y con la muda lira
Yace el laúd colgado?
No gusto de miserias;
Rosas vierte a dos manos,
Y oigan Lico y su moza
El estrépito insano;
Su moza que del viejo
Desdeña los halagos.
A ti, caro Telefo,
De los cabellos largos,
A ti que resplandeces
Cual de la tarde el astro,
Cloe, al amor dispuesta,
Te aguarda entre sus brazos,
Mientras de mi Glicería
Yo en el amor me abraso.

JAVIER DE BURGOS.

A PIRRO

Non vides quanto moneas periclo.

¿No ves a qué peligros
Te expones cuando tocas,
O Pirro, a los cachorros
De africana leona?
Ya huirás de la lid luego,
Cuando por entre tropas
De jóvenes, en busca
De su Nearco corra
[p. 109] Y te dispute osada
La presa que le robas.
Pero mientras tú aprestas
Las flechas voladoras,
Y ella para el combate
Afila la uña corva,
Árbitra de la lucha
Precio de la victoria,
Nearco el pie desnudo
Sobre la palma posa;
Y del viento agitada
Y destilando aromas,
En torno al cuello ondea
La cabellera blonda;
Lindo como Nireo,
O el mancebo que un hora
Robó Jove del Ida,
Do mil raudales brotan.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXI

A SU CUBA

O nata mecum cansule Manlio.

Tonel que desde el tiempo
De Manlio vino enrancias,
Ven, ya chistes, ya quejas
O ya pependencias traigas,
Ora gustoso sueño,

Ora amorosa rabia;
En este feliz día
Digno es de que a luz salga
El Másico suave
Que para fiestas guardas;
Salga, pues vino añejo
Sacar Corvino manda.
Que, no aunque en las doctrinas
De Sócrates se empapa,
Te escupirá él tampoco;
Y aun de Catón es fama
[p. 110] Que la virtud con vino
Tal vez se calentaba.
Tú el duro ingenio aguijas,
Tú el fiero pecho ablandas,
Y de los sabios cuitas
Y secretos arrancas;
La esperanza y la fuerza
Tú al alma acongojada
Tornas, tú al pobre infundes
Valor y confianza;
Y al punto que ha bebido
Ni del guerrero espadas,
Ni de engreídos reyes
Los rigores le espantan.
Si place a la alma Venus
Y a las unidas Gracias
Asistir al banquete,
De antorchas mil la llama
Prolongará tus dulces
Placeres, cuba cara,
Mientras que las estrellas
Radiante Febo lanza.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXII

A DIANA

Montium custos nemorumque, virgo.

A ti, tutelar numen
De bosques y collados,
A ti, que a las matronas

Que en los trances del parto
Te invocan por tres veces,
Libertas con tu amparo;
A ti, triforme diosa,
A ti el pino consagro
Que mi granja sombrea.
Allí todos los años
Ufano iré y alegre
A inmolar un verraco,
Que en vano de venganza
Indicará conatos.

JAVIER DE BURGOS.

[p. 111] ODA XXIII

A MINARDO [\[1\]](#)

Cælo supinas si tuleris manus.

Al cielo si las manos levatares
Y los ojos, Minardo, vergonzosos;
Si con votos piadosos
Sus iras aplacares,
No sentirá los astros pestilentes
Tu vid, ni las langostas tu sembrado,
Ni los hielos tu prado,
Ni los soles ardientes.

El rico, a quien el oro ensoberbece,
Diez escogidas vacas, las más gruesas
Que pastan sus dehesas,
A Dios en voto ofrece.

A ti, de un hogar pobre humilde dueño,
No toca, no, tan ambiciosa ofrenda;
Darle has la mejor prenda
De tu redil pequeño;

Que si imploraren su deidad ajenas
Tus manos de venganza y de codicia,
Hallarla han más propicia
Que las del rico, llenas.

FRANCISCO DE MEDRANO.

ODA XXIV

Aunque más grande tu opulencia fuera
Que la intacta de Arabia o la del Indo,
Y cubrieran tus fábricas el seno
Del mar Pullo y Tirreno,
Siempre al fijar la eterna ley severa
Su clavo adamantino en lo más alto
[p. 112] De tu mansión, no lograrás por fuerte
Librar tu corazón de sobresalto,
Ni tu vida del lazo de la muerte.

El Geta fiero, el Escita campesino
Que su hogar vagabundo en carros lleva,
Viven mejor; fruto a placer les brindan
Campos que no deslindan;
Ara un año no más cada vecino,
Y otro reemplaza al que rindió su escote.
La inocente mujer en tanto cría
Dulce a su hijastro, y ni aun la rica en dote
Manda en su esposo, ni en galanes fía.

Que son allí el gran dote de la esposa
La virtud de sus padres, y la cierta
Jurada fe, que tiembla de hombre extraño.

No hay adúltero engaño,
O su precio es la muerte... ¡oh si alguien osa
Querer que Padre en bronces se le llame,
Por librarnos de escándalos y horrores,
Audaz reprima la licencia infame,
Y otra, si no su edad, le alzaré honores.

¡Oh mengua! Odiamos la virtud presente,
La odiamos por envidia; mas tan pronto
Como desapareció de nuestra vista,
Su ausencia nos contrista.

¿Qué vale el sandio querellar doliente,
Si hiriendo a los malvados no se corta
Con el castigo el árbol del delito?
¿El sabio texto de la ley qué importa,
Si vivo en las costumbres no anda escrito?
¿A qué la ley, si ni la térrea zona
Que férvidos calores siempre ciñen,
Ni la inmediata al Aquilón, ni el hielo
Que rígido arma el suelo,
Tuercen al mercadante? ¿No blasona
De vencedor del piélagos el marino?

La pobreza, tenida en grande afrenta,
Urge a osar y hacer todo, y del camino
Arduo de la virtud al hombre ahuyenta.

¡Mas no, no siempre así! Vamos al punto
Al Capitolio, do instador nos llama
El popular aplauso al sacrificio;
O esta fuente del vicio,
Este de todo mal perenne asunto,
Inútil oro, y mármoles radiantes,
Y piedras que preciosas hizo el necio,
[p. 113] De una vez a las olas no distantes
Del hondo mar, lancemos con desprecio.

Si hay por tanta maldad pesar sincero,
Probémoslo, arrancando de raíces
La codicia perversa y corruptora;
Y eduque desde ahora
Más viril ejercicio y más severo
Nuestros endebles ánimos.—¿Qué extraño
Que el noble niño a cabalgar no acierte
Y huya la caza, y sólo guste hogaño
Del troco y juego ilícito de suerte?

Su avaro genitor en tanto emplea
Deslealtad perjura en vil estafa
Contra el consocio, el huésped, el amigo,
Y cual triste mendigo
Viviendo, acaso una fortuna crea
Que aventará más tarde el hijo loco;
Cuéntala el padre en incesante aumento,
Pero por más que apila, «Esto es muy poco»,
Murmura sin cesar su gesto hambriento.

RAFAEL POMBO.

ODA XXV

A BACO

Quò me, Bacche, rapis tui.

¿A dó lleno me llevas,
O Baco, de tu espíritu divino?
¿A qué bosques, qué cuevas
Me arrastra el entusiasmo repentino?
¿Dó sonará el acento,
Con que hoy a César ensalzar presumo,

Al claro firmamento,
Y de los dioses al congreso sumo?
Grandes, nuevas hazañas
Dirá con tono insólito mi lira.
Cual desde sus montañas
Atónita Bacante el Hebro mira,
Y la Tracia nevada,
Y el Rodope habitado por salvajes,
[p. 114] En mi éxtasis me agrada
Ver altas rocas, plácidos, follajes.
Oh tú, de las Bacantes,
De las Náyades tú, numen divino,
Que con brazos pujantes,
A arrancar bastan el robusto pino;
Nada humilde o pequeño
Dirá mi Musa en su entusiasmo ardiente.
Seguir es noble empeño
Al dios que orla de pámpanos su frente.

JAVIER DE BURGOS

ODA XXVI

A VENUS

Vixi puellis nuper idoneus.

Agradable a las damas
Viví yo en otros días,
Y serví no sin gloria,
De amor en la milicia.
Mas al lado siniestro
De Venus la marina,
Hoy colgaré mis armas,
Y mi callada lira.
Aquí dejad, amigos,
Las hachas encendidas,
Y las palancas y arcos,
Que de mozas esquivas
A las cerradas puertas
Amenazar solían.
Diosa, a quien la abrasada
Menfis y Chipre admiran,
De Cloe una vez sola
Tú la altivez humilla.

A GALATEA

Impios Parræ recinentis omen

Agüero en la jornada
Al malo dé la voz del pico oída,
Y la perra preñada,
Y la zorra parida,
Y del monte la loba descendida
Y rompa el comenzado
Camino la culebra, que torciendo
Ligera por el lado,
Al quartago tremendo
Dejó; ¿qué yo temo agora, habiendo
Con santa voz movido
De donde nace el sol el cuervo abuelo,
Primero que al querido
Lago, rayendo el suelo,
Volase la sagaz del negro cielo?
Dichosa a do quisieres
Podrás ir, Galatea, y acordada
De mí vive do fueres;
No veda tu jornada
Ni pico ni corneja desastrada.
Mas mira cómo, lleno
El Orión de furia va al poniente;
Yo sé quién es el seno
Del Adria luengamente,
Y cuánto estrago hace el soplo oriente.
La tempestad que mueve
El resplandor Egeo que amanece,
Quien mal quiero, la pruebe,
Y el mar que brama y crece
Y las costas azota y estremece.
Que así del engañoso
Toro la blanca Europa confiada,
Con rostro temeroso
Miró la mar cuajada
De formas espantables, aunque osada.
La que poco antes era
Maestra de guirnaldas, robadora

De la verde ribera,
[p. 116] En breve espacio de hora
No vió más de agua y cielo, noche, y llora.
Y luego que se vido
En la poblada Creta, enajenada
De todo su sentido,
«¡Oh padre, oh voz amada!
Por un ciego furor tan mal trocada»;
Y dijo: «¡Ay enemiga
De mí! ¿dó y de dó vine? ¿Todo el bando
Del mal no me castiga?
¿Por dicha estoy llorando
Culpada, o inocente estoy soñando?
¿O velo, o sueño vano,
Del umbral de marfil aparecido,
Me burla? ¡Ay! ¡cuán más sano
Fuera el prado florido
Que las olas del mar enbravecido!
Si me entregase alguno
Aquel novillo malo en que venía,
Con fierro uno a uno
Quebrar me esforzaría
Los cuernos que poco ha tanto quería.
Desvergonzada, el techo
De mi padre dejé; desvergonzada,
¿Después de lo que he hecho
Respiro? ¡ay Dios! Cercada
Me vea yo, y de tigres ya tragada,
Antes que se desjugué
La presa, y que magrez aborrecida
El fresco rostro arrugue,
Que ansí bella y florida
Deseo de leones ser comida.
Europa vil, tu ausente
Padre te aprieta el ñudo; da, mezquina,
¿Qué dudas? prestamente
El cuello a aquesta encina
Con este cordón tuyo, que adevina
Ceñiste, o si te agrada
El risco agudo y el despeñadero,
¡Sus! muere despeñada,
Entrégate al ligero
Viento; si no es que, hija de rey, quiero
Obedecer esclava
A bárbara mujer en vil estado.»
Presente al lloro estaba

[p. 117] Riendo falsa, al lado
La Venus y su hijo desarmado.

Y de burlar contenta,
Le dijo: «Si aquel mal toro a deshora
Tornare, tened cuenta
No le hiráis, Señora,
Ni os le mostréis tan brava como agora.

Aprende a ser dichosa;
¿Del Júpiter (no llores), no vencido
No ves que eres esposa?
Del orbe dividido
El tercio gozará de tu apellido.»

FR. LUIS DE LEÓN.

ODA XXVIII

A LIDE

Festo quid potius die.

¿Qué haré yo, cara Lide,
De Neptuno en la fiesta?
El céculo guardado
Saca de la bodega,
Y hoy siquiera abandona
Tu sobriedad austera.
Viendo estás que al ocaso
El sol ya se despeña,
Y como si su vuelo
El día detuviera,
De la cuba retardas
Sacar el dulce néctar,
Que, desde el consulado
De Bibulo, se añeja.
Alternando cantemos,
Yo al que en los mares reina
Y los verdes cabellos
De las dulces Nereidas;
Mientras tu blanda lira
A Latona celebra,
Y la veloz Diana
Y sus agudas flechas;
Y entonemos un himno
[p. 118] A la alma Citerea,

Que a Pafos en su carro
Uncidos cisnes llevan,
Y que en la hermosa Gnido
Y las Cícladas reina.
También, Lide, a la Noche
Cantaremos endechas.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XXIX

A MECENAS

Tyrrhena regum progenies, tibi.

Tiempo ha, caro Mecenas, descendiente
De etruscos reyes, que te guardo en casa,
En barril no inclinado hasta la fecha,
Vino suave, y rosas, y exprimido
Mirobalán que tus cabellos unja.
Húrtate a empeños y embarazos: vente.
No has de estar contemplando año tras año
El acuoso Tívoli, de Esula
Las pendientes campiñas, y las cumbres
Del Parricida Telegón. Descansa
De la abundancia empalagosa, y de esa
Mole que hasta las nubes elevaste;
Ni admires más el oro, estruendo y humo
De la dichosa Roma. ¡Cuántas veces
Fué grato al rico el variar! ¡y cuántas
La limpia cena del hogar del pobre,
Sin dignidad de púrpura y tapices,
No dilató la preocupada frente!

Su oculto fuego el genitor de Andrómeda
Ya descubrió; y el astro del insano
León, y el Anti-Can rabioso, anuncian
Que el sol nos vuelve los quemantes días.
Pastor y grey, desfallecientes ambos,
Buscan la sombra, el agua, los retiros
Ásperos de Silvano; y la ribera
Los vagos vientos silenciosa extraña.
Tú en tanto el bien de la ciudad discurre,
Con inquietud por lo que el Sera y Bactra,
[p. 119] De Ciro un tiempo, y el discorde Tanais
Urdiendo estén.

Un dios prudente oculta
En negra noche lo futuro; y ríe
Si más de lo debido el hombre trata
De acelerarlo. Acuérdate, Mecenas,
De disponer, sereno y justo, aquello
Que hoy se presenta. Lo restante corre
Cual río que unas veces apacible
Al mar toscano por su cauce rueda;
Y otras—cuando irritó fiero diluvio
Las mansas ondas—, yérguese violento
Y zafas piedras, arrancados troncos,
Ganados, puentes, chozas arrebatada
Por entre alto clamor de monte y selva.

Es dueño de sí mismo, y satisfecho
Llámesse, aquel que al fin de cada día
Pueda decir «Viví». Que el sumo Padre
Vele mañana el cielo en negras nubes,
O ábralo al sol, no hará que no haya sido
Lo que ya fué, ni que, volviendo, quite
La hora fugaz lo que una vez nos trajo.
Regocijada en dar violentos golpes,
Y pertinaz en su arrogante juego,
Muda inciertos honores la Fortuna,
Y es ya conmigo, ya con otros blanda.
Mientras la tengo en casa la bendigo.
Así que bate sus ligeras plumas,
Retórnole sus dones, y abrigándome
Con mi propia virtud, a la pobreza
Honrada aunque sin dote, alegre vuelvo.

No es de mi genio, cuando el mástil cruje
De la borrasca al ímpetu, acogerme
A vanos ruegos y pactar con votos,
Que la carga venal de Chipre y Tiro
No haga más rico al piélagos insaciable.
Por mí, que todo se hunda, y venga un bote,
Que Pólux y su hermano, y viento amigo,
Por entre los tumultos del Egeo
Me pondrán en la orilla sano y salvo.

RAFAEL POMBO

[p. 120] ODA XXX

A MELPÓMENE

Exegi monumentum ære perennius.

Un monumento me alcé
Más duradero que el bronce,
Más alto que las pirámides
De regia, fúnebre mole.
Uno que ni el aquilón
Ni aguaceros roedores
Vencerán, ni cuantos siglos
Rápido el tiempo amontone.

Yo entero no moriré:
Gran parte de mí a los golpes
Vedada está de la Parca;
E irá creciendo mi nombre,
Fresco entre coros de aplausos
De nuevas generaciones,
Mientras haya ojos que miren
Al augusto sacerdote
Y muda vestal, subiendo
Al capitolio del orbe.

Yo, si bien de humilde cuna,
Seré proclamado noble,
En el yermo donde al cabo
Dauno reinó entre pastores,
Y donde el violento Aufido
Al mar estruendoso corre.
Lo seré, porque el primero
Fuí yo quien al duro albogue
Del latino, arrancar supe
Eolios líricos sonos.
Préciate, pues, de tus méritos,
Oh inflamadora Melpómene,
Y mis cabellos tu mano
Con lauro délfico adorne.

RAFAEL POMBO.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 111]. [1] . A *Fidile* , en el original latino.

[p. 123] LIBRO IV

ODA I

A VENUS

Intermissa, Venus, diu.

Después de tantos días,
Oh Venus, ¿otra vez soplas el fuego
De tus duras porfías?
No más por Dios, no más por Dios, te ruego,
Que no soy cual solía,
Cuando a la hermosa Cínara servía.

No trates más en vano,
¡Oh de amor dulce cruda engendradora!
Rendirme, que estoy cano
Y duro para amar; vete en buen hora,
Revuelve allá tu llama
Sobre la gente moza, que te llama.

Si un corazón procuras,
Cual debes, abrasar, y si emplearte
Debidamente curas,
Con Máximo podrás aposentarte;
Haz allí tu manida,
Que de nadie serás tan bien servida;

Porque es mozo hermoso,
Y en todo cuanto hace es agraciado;
Es noble y generoso,
De mil habilidades adornado,
Y defensa elocuente
Del acuitado reo diligente.

Él llevará animoso
De tu capitanía la bandera;
Y si, más poderoso
Que el rico contendor, le echare fuera,
[p. 124] Por este beneficio
Te servirá con templo y sacrificio.

De mármol tu figura
Pondrá, so rico techo colocada,
Acerca la agua pura
Del lago albano, a do serás honrada

Con incienso abundante,
Con cantos y con cítara sonante.
 Dos veces allí al día
Las vírgenes y mozos escogidos
Cantarán a porfía
Tu nombre en corro, de la mano asidos,
Y a son yendo cantando,
El suelo herirán de cuando en cuando.
 A mí ya no me agrada
Ni mozo ni mujer, ni aquel ligero
Esperar, que pagada
Me es la voluntad, ni menos quiero
Coronarme de rosa,
Ni la embriagada mesa me es gustosa.
 ¡Mas, ¡ay de mí mezquino!
¿Qué lágrimas son éstas que a deshora
Me caen? ¡Ay, Ligurino!
¡Ay! di, ¿qué novedad es ésta que hora
A mi lengua acontece,
Que en medio la palabra se enmudece?
 De ti en la noche obscura
Mil voces que te prendo estoy soñando,
Otras se me figura,
Traidor, que en pos de ti, que vas volando,
Ya por el verde prado,
Ya por las raudas aguas, sigo a nado.

FR. LUIS DE LEÓN.

ODA II

A JULIO ANTONIO

Pindarum quisquis studet æmulari.

De cera en alas se levanta Julio,
Quien igualarse a Píndaro ambicione,
Ícaro nuevo, para dar al claro
 Piélagos nombre.
[p. 125] Cual de alto monte despeñado río
Que hinchan las lluvias y sus diques rompe,
Hierva, e inmenso con raudal profundo
 Píndaro corre;
Digno del lauro del augur Apolo,
En metro libre y peregrinas voces,

Ora atrevidos, altos ditirambos

Músico entone;

Ora a los dioses, a los reyes ora,

Progenie excelsa de los dioses loe,

De ígnea Quimera y bárbaros Centauros

Los domadores;

O ya, ceñidos de la elea palma

Púgil ilustre y rápidos bridones,

Inmortalice en canto duradero

Más que los bronces;

O llore al joven al amor robado,

O áureas costumbres, ánimo y blasones

Suba a los astros, porque torpe olvido

Nunca los borre.

Sostiene el aura al cisne de Dircea,

Si de las nubes se alza a las regiones;

Mientras de Tíbur, Julio, en el sombrío

Húmedo bosque,

Con largo esfuerzo, cabe la onda pura,

Yo humilde ajusto al metro mis canciones,

Cual del tomillo la afanosa abeja

Liba las flores.

Con alto plectro cantarás tú a César,

Cuando a su carro atados los feroces

Sicambros muestre, y triunfador sus sienes

Lauro decore.

Nada más grande ni mejor al suelo

Que César, dieron los benignos Dioses:

Nunca daránlo, aunque la edad del oro

Plácida torne.

Del fuerte Augusto en la anhelada vuelta,

Dirás de Roma el júbilo conforme,

Dirás del foro libres de querellas

Los artesones.

Y si es que oída ser mi voz merece,

¡Día feliz! cantaré yo entonces:

Cargado César a nosotros vuelve

Hoy de blasones.

Y ¡triumfo, triunfo! todos entonemos,

Mientras la pompa al Capitolio corre,

[p. 126] Y arder hagamos en honor al cielo

Suaves olores;

Y tú diez vacas, Julio, con diez toros,

Y yo un ternero destetado inmole,

Que en pingües prados a cumplir mis votos

Ya se dispone.

El corvo disco de naciente luna
Su frente imita, que lunar adorna
Cual nieve blanco; de color el resto,
 Todo de bronce.

JAVIER DE BURGOS.

ODA III

A MELPÓMENE

Quem tu, Melpomene, semel.

El mortal, ¡oh Musa!
El mortal dichoso,
Que al nacer tú mires
Con benignos ojos,
No del pugilato,
Entre el Ístmico polvo,
Buscará la palma,
Ni irá victorioso
En carro tirado
Por lozanos potros;
Ni ornadas sus sienas
Del laurel de Apolo,
Alzaráله insigne
Triunfo al Capitolio,
Por haber postrado
Reyes orgullosos:
Mas del fresco Tíbur
Los limpios arroyos,
Y la cabellera
Del bosque frondoso
Harán inmortales
Sus cantos eolios.
De vates suaves
Contarme en los coros
Se digna ya Roma,
[p. 127] Señora del globo,
Y ya me respeta
El diente envidioso.
Oh tú, la que templas
Mi cítara de oro,
Oh tú, la que al mudo
Morador del ponto

Dar puedes del cisne
El pico sonoro,
Beneficio es tuyo
Si el lírico todos
Por doquier me aclaman
Del Parnaso ausonio.
Si vivo, si agrado,
Don es tuyo sólo.

JAVIER DE BURGOS.

ODA IV

ELOGIO A DRUSO

Qualem ministrum fulminis alitem.

Como el ave, del rayo devorante
Ministradora fiel, a quien benigno
El Dios mayor de las olimpicas sedes
Sobre los aires y la grey volante
Le concedió el imperio (premio digno
Al robo del purpúreo Ganimedes),
Joven ya, mas de empresas ignorante,
Huye el risco natío
A do la impele el heredado brío;
Y al ahuyentar las brumas heladoras
El vernal viento, que florece el año,
Del no usado volar la da enseñanza,
Meciéndola en las alas tembladoras;
Ora enemiga al tímido rebaño
Sobre el redil con ímpetu se lanza,
Ora contra serpientes luchadoras
Ardiente la espolea
El amor de la presa y la pelea;
O bien cual en los prados florecientes
Al sabroso pacer la cabra atenta,
Del pecho de la roja madre mira
[p. 128] Separado al león probar sus dientes,
Oye el rugido, y mísera se cuenta
Primera presa a su inexperta ira;
Así, Druso, del Alpe en las vertientes
Guerrear victorioso
Te vió el grisón y el bávaro selvoso.
El bávaro feroz, la diestra armada,

Cual amazona, de segur luciente:
Quién en sus selvas la esgrimió el primero,
Musa más docta lo dirá; ni es dado
Investigarlo todo a humana mente.
Vencedor largo tiempo el pueblo fiero
Las márgenes corrió del Rhin nevado;
Mas ya gime vencido
A los pies del mancebo esclarecido.

Y prueba cuánto en nobles corazones
Puede la ilustre condición, criada
Bajo faustos auspicios; cuánto inspira
Su valor en los jóvenes Nerones
De Augusto el alma paternal. Copiada
El fuerte su virtud gozoso mira
En hijo fuerte. Heredan los bridones
Y el novillo animoso
De sus padres el ímpetu fogoso.

Débil paloma el águila atrevida
Jamás engendrará; mas la enseñanza
Los generosos pechos robustece,
Y la innata virtud, que allí se anida,
Del futuro valor alta esperanza,
Brotó a su sabia voz. Doquier fallece
La santa norma de inculpable vida,
Maldad corrompedora
Las bien nacidas índoles desdora.

Cuánto debes, ¡oh Roma! a los Nerones,
Diga vencido Asdrúbal y el Metauro
Y aquel sereno y delicioso día,
Gloria de los latinos campeones,
Que primero brilló con noble lauro,
Desde que el hijo de Cartago impía
Voló por los ausonios torreones,
Cual llama por las teas
O el Euro por las ondas ciclópeas.

De entonces prosperaron vencedores
Los jóvenes romanos, y en las aras
Que la impía guerra devastó, se alzaron
Para siempre los dioses protectores.

[p. 129] Clamó Aníbal: «¡Oh nunca tú lidiaras,
Pueblo infeliz, cual ciervos, que insultaron
Para su mal los lobos agresores,
Cuando triunfo sería
Evitar con ardidés su osadía!»

Esa nación valiente, que agitada
Desde la teucra playa a la latina,

Robo a la hoguera de Ilión famosa
Hijos, padres y dioses, rodeada
De muerte y de peligros, cual la encina
En la cumbre del Álgido sombrosa
Por tenaces segures desmochada,
Fuerza y valor adquiere
Del enemigo acero que la hiere.

No más feroz contra el cansado Alcides
La hidra lerneá recreció cortada,
Ni mayor monstruo dió la infanda Tebas.
Arda, y madre de fuertes adalides
Nace más bella. Véncela, y osada
Aterra al vencedor: con fuerzas nuevas
Batallará gloriosa nuevas lides,
Que aplaudan las romanas
Y lloren las esposas mauritanas.

«No ya, Cartago, de la espada mía
Nuevos triunfos oirás: pueblo africano,
Tu esperanza y fortuna ya fenece
Y fué el de Asdrúbal tu funéreo día.»
A un Claudio ¿qué hay difícil? del romano
Júpiter protector, los favorece;
Y el consejo y la ingénita osadía
Sus empresas corona
En los sañudos trances de Belona.

ALBERTO LISTA

ODA V

A AUGUSTO

Divis orte bonis, optime Romulæ.

Conservador de la Romúlea gente,
Gran príncipe que al suelo
Dió favorable el cielo,
¡Ay! harto estás ya ausente;
[p. 130] Torna a tu pueblo triste,
Torna, cual al senado lo ofreciste.

Vuelve su luz a la afligida Roma;
Que apenas por doquiera,
Cual sol de primavera,
Tu faz radiante asoma,
Rebosa la ventura,

Y resplandece el sol con luz más pura.

Cual a hijo caro, que por largo invierno,
Del mar al otro lado
Retiene separado
Del dulce hogar paterno
El envidioso noto,
Su madre llama con ferviente voto,
Busca auspicios, y fija dolorida
Ojos que ardiente explaya,
En la sinuosa playa,
Tal la patria impelida
De su leal anhelo,
Busca en César su gloria y su consuelo.

Nutren Ventura y Ceres mieses blondas;
Seguro el buey pausado
Por ti pace en el prado;
Seguro entre las ondas
Por ti el mercader vuela,
Y de su buena fe nadie recela;
No ya el vicio el hogar casto inficiona;
Del hijo parecido
Al esposo querido,
Se engríe la matrona;
Ley y costumbre enfrena;
Compañera del crimen es la pena.

¿Quién los hijos de la hórrida Germania,
Ni al medo enfurecido,
Ni al escita aterido,
De la feroz Hispania,
Quién temerá la guerra,
Mientras que César rija la ancha tierra?

A los olmos las vides enlazando,
Pasa el labriego el día,
En su grata alquería;
Y a su casa tornando,
En la mesa postrera
Reconocido tu deidad venera;

Y con preces te acata y con cantares,
Y en tu honor libaciones

[p. 131] Hace en anchos tazones,
Y te agrega a sus Lares,
Bien cual la Grecia grata
Dioses a Cástor y Hércules acata.

Largo tiempo asegures tú de Roma,
Benéfico caudillo,
El reposo y el brillo:

Tal cuando el sol asoma,
Decimos, y a la noche,
Cuando al salobre mar hunde su coche.

JAVIER DE BURGOS.

ODA VI

A APOLO

Dive, quem proles Niobeae magnae.

Dios, que en su prole el vicio
Castigaste de Níobe insolente;
Temióte el raptor Ticio,
Y azote Aquiles de la frigia gente,
Formidable enemigo,
Pero incapaz de competir contigo.

Con pujantes arpones,
De Tetis el garzón asaltó en vano
Dardanos torreones,
Y a tierra vino, cual ciprés lozano
Que el ábrego descuaja,
Cual pino que segur cortante taja.

No en caballo doloso,
Mentida ofrenda a Palas, escondido,
Hubiera él cauteloso
De Príamo el alcázar sorprendido
En placeres nadando,
Ni a los troyanos por su mal holgando;

Mas en su diestra impía
Teas blandiendo, ¡oh misera fortuna!
Él a la luz del día

Abrasara los niños en la cuna
Y en el vientre materno;
Si ya apiadado Jove sempiterno,

No atajase los fuegos,
[p. 132] Y oyendo grato de la cipria diosa
Los votos y tus ruegos,
De una nueva ciudad más poderosa,
Bajo auspicios seguros,
No diera a Eneas levantar los muros.

Dios, a quien plugo el canto
A Talía enseñar viva y ligera,
Tú, que en el claro Xanto

Lavar amas tu rubia cabellera;
Blando Agieo divino,
Sostén la gloria del laúd latino.
El entusiasmo ardiente,
De vate el nombre y métrica destreza
Febo me dió clemente:
Niños y niñas, flor de la nobleza,
Amados de la diosa,
Que cervatos y linceos diestra acosa,
El cántico lesbiano
Al compás entonad de mi instrumento,
A Apolo soberano,
Y al nocturno fanal del firmamento,
Que madura las mieses
Y el raudo giro rige de los meses.
Más tarde niña apuesta,
Ya casada dirás con ufanía,
«Yo en la secular fiesta
Canté del vate Horacio el himno un día;
Y grato nuestro celo
Fué a las deidades del lumbroso cielo».

JAVIER DE BURGOS.

ODA VII

A TORCUATO

Diffugere nives, redeunt jam gramina campis.

Pasó el helado y perezoso invierno,
Y ya la primavera
Con su bordada alfombra el campo cubre,
Y en el pimpollo tierno
Vuelve a nacer la verde cabellera,
Que fué mesada del rigor de octubre;
[p. 133] La tierra muda oficio, y ya descubre
Las riberas el río,
Y de su madre en las antiguas faldas
Recostado murmura;
Y Aglaya hermosa con bizarro brío,
Del invierno segura
(Desnuda sobre prados de esmeraldas,
Coronada de lirios y de rosas,
A quien de aljófar el aurora esmalta,

Con las ninfas hermosas
Y con sus dos hermanas), danza y salta.

Así el año, que pasa tan aprisa,
La hora que arrebatada
Al día que amanece más hermoso,
Te da ejemplo, te avisa
De que todo se acaba y lo maltrata
El tiempo con su curso presuroso,
Porque el verano afable y amoroso
Templa el rigor del frío;
Luego de polvo y de sudor cubierto,
De espinas coronado,
Huella al verde verano el seco estío;
Y el otoño hinchado
Ligero tras él corre, porque el yerto
Invierno enfría sus desnudas plantas,
Y caballero sobre el cierzo vuela,
Hace temblar las plantas,
Y el agua, en verlo, de temor, se hiela.

Mas este mal es breve, no es eterno;
Que el reparo a su daño
El curso de las lunas lo asegura,
Pues muerto el viejo invierno,
Le da la vida con su muerte el año,
Al agua libertad, y dél murmura.
Sólo nosotros, si en la gruta oscura
Caemos de la muerte,
Que da al rico y al pobre igual asiento
(Aun la memoria asombra),
Nuestro hermoso cuerpo se convierte
En polvo, en vana sombra,
Que el sol deshace, que se lleva el viento;
Así, ¿quién cierto sabe o adivina
Que llegar a mañana le consienta
Dios, o si determina
Hoy pedir de su vida estrecha cuenta?

Del heredero, que tu muerte llama,
[p. 134] Cuanto pudieres quita;
Siembra en la vida, cogerás el fruto
En la muerte tristísima, y la fama,
Que a tantos del sepulcro resucita,
De lo que dieres te dará tributo;
Porque cuando una vez su horrendo luto
Te vistiere la muerte,
Y el que juzga el infierno, Radamanto,
Te diere la sentencia,

No te valdrán, Torcuato, ¡oh triste suerte!
La noble descendencia,
La riqueza, la ciencia, el tierno llanto;
Que el noble, el rico, el sabio no le mueven
Al negro Dios de las cavernas hondas,
Y el llanto se lo beben
Del tinto Flegetón las turbias ondas.
Que del oscuro y triste calabozo
Del infierno profundo,
Donde ¡fuego! dan voces, ¡fuego! suena,
Diana al casto mozo
Sacar no puede a ver la luz del mundo,
O reservarlo de la eterna pena,
Ni romper con sus fuerzas la cadena
Puede Teseo valiente,
Que a Piritoo, su amigo, loco amante,
Con fuerte nudo oprime,
Donde atado, y ardiendo en fuego ardiente,
En vano llora y gime,
Que fué su pensamiento de gigante;
Pues pretendió con temerario intento
Robar la que en el hondo centro reina,
Por quien su atrevimiento
Castiga Aleto, que culebras peina.

LUIS MARTÍN.

ODA VIII

A MARCIO CENSORINO

Donarem pateras grataque commodus.

Diera benévolo yo a mis amigos
Jarros y bronces: diérais Trípodes,
Premios en Grecia de sus valientes.
Ni de los ínfimos dones llevaras
[p. 135] Tú, Censorino, si de un Escopas,
O de un Parrasio yo poseyera
Las obras célebres en que animaron,
Diestros artífices, aquél los mármoles,
Éste las tintas, siquier un hombre
Fingir quisiesen, siquier un Numen.
Mas no teniéndolas, ni a ti faltándote
Ni a tu grandeza la de este género,

Y amas los versos, versos bien puedo
Yo regalártelos, y de la dádiva
Decir el precio. Que no mausóleos
Que admire el público, con inscripciones
En que reciben vida segunda
Y nuevo espíritu los que murieron
Ilustres héroes: que no la fuga
Del fiero Aníbal, precipitada,
Sus amenazas atrás volviendo:
No la incendiada impía Cartago,
Dieron más glorias a quien el África,
Por fin domada, prestó su nombre,
Que de Calabria las doctas Piérides;
Que si envidiosas callan sus páginas,
Merced no esperen tus altos méritos.
¿Qué fuera de Ilia, qué de la ínclita
Prole de Marte, si taciturna
La historia ingrata fuese con Rómulo,
Dando al olvido sus hechos célebres?
Al furor Eaco y a la potente
Voz de los vates, debió su tránsito
De las estigias lúgubres ondas
A los felices campos Elíseos.
Al varón digno las musas vedan
Morir del todo, y en el Olimpo
Le dan asiento. Así el indómito
Hércules goza, próximo a Júpiter,
La deseada celeste mesa.
Los de Tindárida, fúlgidos astros,
Son a las míseras naves custodia
Contra los ímpetus del hondo piélagos.
Baco, ceñido de verdes pámpanos,
Cede a las súplicas, dando a los sinceros
Votos del justo, suceso próspero.

JUAN GUALBERTO GONZÁLEZ.

[p. 136] ODA IX

A LOLIO

Ne forte credas interitura.

No creas, no, que un día
Sepultará los versos el olvido,

Que de la lira mía
Al compasado son con arte canto,
Hasta hoy desconocido,
Nacido yo cabe el ruidoso Ofanto.
 No, si descuella alzado
El grande Homero en la primera silla,
De Píndaro enterrado
El laúd yace o del tonante Alceo;
De Estesicoro brilla
También la Musa, y la del vate ceo.
 Respetó el tiempo insano,
Respetó los acentos juguetones
Del lírico teyano;
Y el amor vive, el fuego se divisa,
Que a sus tiernas canciones
Imprimió la lesbiana poetisa.
 No Helena la primera
Fué a quien de galán nítido sedujo
La blonda cabellera,
Ni la púrpura de oro recamada,
Ni el palaciego lujo.
No fué una sola vez Troya sitiada.
 No la veloz saeta
Teucro el de Telamón lanzó el primero
Con el arco de Creta,
Ni Idomeneo audaz sostuvo solo,
Ni Estenelo ligero,
Combates dignos del clarín de Apolo.
 No en luchas sanguinosas
Héctor solo y Deífobo la vida
Por sus castas esposas
Y sus queridos hijos expusieron.
Antes del grande Atrida
Mil valientes caudillos existieron.
 Mas por siempre ignorados
Hunde sus nombres el sepulcro frío,
Porque vates sagrados
[p. 137] Sus altos hechos resonar no hacen;
Que el escondido brío
Y el temor escondido a la par yacen.
 De tu nombre la gloria,
Oh insigne Lolio, pues, mi Musa cante;
Yo tu clara memoria
Libraré del olvido y de la muerte;
Loaréte constante
En la felice y en la adversa suerte;

Y azote del malvado,
E insensible del oro al atractivo,
Y de tu consulado
El lustre prorrogando y los poderes,
Mientras juez fiel y activo
Santa justicia al interés prefieres;
Y con desdén los dones
Rechazas viles de inmoral cuadrilla,
Y por entre escuadrones
De corruptores, tu virtud paseas
Triunfante y sin mancilla.
No al que es más rico, más dichoso creas.
Lo es quien pobreza grave
Sufrir contento, y del favor del cielo
Gozar prudente sabe,
Y el deshonor más teme que la muerte,
Que por el patrio suelo
Y sus amigos arrostrara fuerte.

JAVIER DE BURGOS.

ODA X

A LIGURINA [\[1\]](#)

O crudelis adhuc, et Veneris muneribus potens.

¡Oh soberbia y cruel en tu belleza!
Cuando la no esperada edad forzosa
Del oro que aura mueve deleitosa
Trueque en la blanca plata la fineza,
Y tiña al rojo lustre con flaqueza,
En la amarilla viola la rosa,
[p. 138] Y el dulce resplandor de luz hermosa
Pierda la viva llama y su pureza,
Dirás, mirando en el cristal luciente
Otra la imagen tuya: «Este deseo,
¿Por qué no fué en la flor primera mía?
¿Por qué, ya que conozco el mal presente,
Con esta voluntad en que me veo
No torna la belleza en que solía?»

FERNANDO DE HERRERA.

ODA XI

A FILIS

Guardo un barril, ¡oh Filis!
De vino de Alba lleno,
De nueve años cumplidos;
Y apio guardo en mi huerto,
Y yedra con que tences
Tu luciente cabello.
Con la limpia vajilla
Mi casa está riendo,
Y de casta verbena
El blanco altar cubierto,
Que le salpique aguarda
La sangre de un cordero.
Atareados corren
Doncellas y mancebos,
Y humo denso despide
El chispeante fuego.
Y por si acaso ignoras
La ocasión del festejo,
Te diré que hoy el día
Venturoso celebro,
Que el grato mes divide
De la marina Venus.
Desde igual día corren
Los de Mecenas tierno,
Y cual mi natal mismo
Solemnizarlo debo.
Olvida, cara Filis,
[p. 139] Olvida a ese Telefo,
No para ti nacido,
Ése a quien ora en hierros
Dama liviana y rica
Retiene lisonjeros.
De Faetón osado
Aterre el triste incendio
Las esperanzas locas.
Pegaso resistiendo
Llevar sobre sus alas
A un mortal caballero,
A limitar te enseñe
Arrogantes deseos,
Y a evitar como un crimen
Desiguales empeños.
Ven, pues, mi amada Filis,

Ven, oh mi amor postrero,
(Pues no amar a ninguna
Después de ti prometo),
Ven, a mis votos pronta,
Y tonadas y versos
Aprende que repitas
Con agradable acento.
Ahuyentemos cantando
Zozobras y recelos.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XII

A VIRGILIO

Jam veris comites, quæ mare temperant.

Ya los vientos que anuncia
La dulce primavera
Las blancas velas hinchan,
El rizo mar sosiegan.
Invernizas escarchas
No erizan las praderas,
Ni crecidos los ríos
Bramando se despeñan.
[p. 140] Ya el ave desgraciada,
Ya Progne, eterna mengua
Del ateniense trono,
Desde la atroz violencia
Vengó del torpe esposo
Con bárbara fiereza,
Hace su nido, a Itis
Llorando lastimera.
Entonan los pastores
En la naciente yerba,
Al son de sus zampoñas,
Suaves cantinelas,
Y al dios de los ganados
Con sus ecos deleitan,
A Pan, que en las colinas
De Arcadia se recrea.
La sed trae, Virgilio,
Del Favonio la vuelta;
Pero si tú, de grandes
Regalado en las mesas,
De mi vino de Cales

Beber conmigo piensas,
Que pagues en perfumes
Tu escote será fuerza.
Por un bote de olores,
Muchas copas del néctar,
Pródigo de esperanzas
Y ahuyentador de penas,
Tendrás, que de Sulpicio
Hoy guardan las bodegas.
Con tu bote ven luego,
Si has de ser de la fiesta,
Que no es mi ánimo, amigo,
El que de balde bebas,
Como hacerlo podrías
En casas opulentas.
El temor pues del gasto
Y la pereza aleja,
Y mientras que aun no arde
La sepulcral hoguera,
Con un poco de broma
Treguas da a tus tareas,
Que bien la broma a todos
En tiempo y sazón sienta.

JAVIER DE BURGOS.

[p. 141] ODA XIII

A LICE

Audivere, Lyce, Di mea vota.

Ya mis ruegos oyeron
Lidia, los cielos, y mis votos justos
Alegre fin tuvieron:
Pues truecas en disgustos
Tus verdes años y tus verdes gustos.
En fin, envejeciste,
En fin, llegó el estío de tus años:
La fama que tuviste
En propios y extraños
Creció nuestras venganzas y tus daños.
Amanecía en tu cara
Un sol, que el mundo en vivo fuego ardía:
Corrió la edad avara,
Pasó ligero el día,
Y vino en su lugar la noche fría.

Cerróse el lirio ufano
Con la tiniebla del obscuro cielo,
Y el almendro temprano
Marchito con el hielo
Sembró de flores el desierto suelo.

Esfuérzaste lozana
A parecer muchacha a los que miras;
Mas ya tu frente cana
Nos dice que suspiras
Cuando al espejo miras, y te admiras.

Ha hecho diferentes
La edad, que sólo el alma inmortaliza,
Tu bella boca y dientes,
Y el ver atemoriza
Carbón las perlas y el coral ceniza.

¿A dónde huyó la nieve
Que derretía el fuego de tus ojos?
Mas ¡ay! que el tiempo breve,
Sellando tus despojos,
Rasó la nieve a tus cabellos rojos.

La grana en Tiro sola
Vencieron tus mejillas: ya no vences
La inútil amapola,
Para que te avergüences
De tus engaños, y a llorar comiences.

[p. 142] La cándida azucena,
La tersa plata y el marfil bruñido,
La limpia y blanca arena,
Al cuerpo que has tenido
Comparadas, dejaron ofendido.

Mas ya todo lo pierdes
Y allí tus esperanzas se perdieron:
Porque, si de hojas verdes
Las plantas se vistieron,
Los hombres nunca son lo que antes fueron.

Podrás, hermosa Lidia,
Que de tus gustos es remedio en parte,
De Circe y de Canidia
Si quieres enseñarte,
Cobrar la fama y aprender el arte.

Y ya que la hermosura
No tiene aquí poder, cuya violencia
Volvió de piedra dura
Tanta mortal presencia,
Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.

Que ya los que penamos

Por los lazos, que ninguno crea,
Con risa nos vengamos
De la sierpe Lernea,
Que Hércules mató y el tiempo afea.

FR. FÉLIX LOPE DE VEGA.

ODA XIV

A AUGUSTO

Quia cura Patrum, quæve Quiritium.

Príncipe el más ilustre,
Que en cuanto dora el sol rigió un estado,
¿Con qué honores, cuál lustre,
Podrá el amor del pueblo y el senado
Consagrar en la historia
De tus virtudes la inmortal memoria?

Ya al vindelicio agreste
Más de una vez terror tu nombre impuso;
Que al brenno con tu hueste
Y al genauno feroz domeñó Druso,
[p. 143] En las cumbres alpinas
Sus fortalezas transformando en ruinas.

Domó a la Recia impía
Claudio después, con tus auspicios fuerte,
¿Quién no le admiraría
Sin fin estrago descargando y muerte
Sobre hombres denodados,
Libres, a perecer determinados?

Cual al romper el seno
De las nubes las Pléyadas, hostiga
El golfo antes sereno
El austro silbador, a la enemiga
Caterva el héroe espanta,
Que el bridón a sus reales adelanta.

Como el mugiente Aufido,
Que en las campiñas de la Pulla vaga,
Tal vez embravecido
Campos y mieses sumergir amaga,
Los férreos escuadrones
Rompen así de Claudio las legiones.

Y con brazo pujante
Por aquí y por allí jayanes siega,
Sin pérdida, triunfante,
De muertos cubre el campo en la refriega,

Tu fortuna y tus gentes
Protegiendo sus ímpetus valientes.
Tres lustros antes fuera,
Cuando palacio y puerto Alejandría
Solitarios te abriera;
A los tres lustros, en el mismo día
Fin puso la victoria
A nueva guerra, y coronó tu gloria.
A ti, de Roma grata
Numen visible y del potente estado,
Respetuoso, acata
El cántabro feroz no antes domado,
El vagaroso escita,
Y el que en la Media, y cabe el Indo habita;
Y el fecundo Nilo,
Ocultador de su primer venero,
Y el Danubio tranquilo,
Y el Tigris despeñado, y el mar fiero,
Que de monstruos hirviendo,
En torno muge del britano horrendo.
Con los galos veloces
Te acatan, que la muerte no amedrenta,
[p. 144] Los íberos feroces;
Y al oír tu nombre, su segur cruenta
Rinde el sicambro aciago,
Que en la sangre se goza y el estrago.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XV

A AUGUSTO

Phæbus volentem prælia me loqui.

Combates y victorias
Mi Musa, César, entonar quería;
Reprendió mi osadía
Al son Apolo de su lira grave,
Y no surcar mandóme
El Ponto inquieto sobre frágil nave.
Coronó tu reinado
De opimas mieses llanos y laderas;
Las romanas banderas
De Partos santuarios arrancadas,
Del alto Capitolio
Vió adornar las magníficas arcadas,

Y vió cerrar de Jano
El templo, siempre de contiendas lleno;
Con saludable freno
De la licencia contener abusos,
Desterrar demasías,
Y puros renovar y antiguos usos,
Que el latino renombre
Y la pujanza itálica ilustraron,
Y la gloria llevaron
Del alto imperio y el blasón potente,
Del reino de la Aurora
A las remotas playas de Occidente.
No ya nuestro reposo
Civil discordia ni extranjera guerra,
Rigiendo tú la tierra,
Bastarán a turbar, ni odios insanos
Que aguzan los aceros,
Y ensañan a los tristes ciudadanos.
Respetarán tus leyes
[p. 145] Del profundo Danubio las riberas,
Los industriosos seras,
El persiana falaz y el geta aleve,
Y el vagaroso escita
Que del Tanais las ondas frías bebe.
Nosotros por ti en tanto,
Del festivo Lieo en los placeres,
Con hijos y mujeres
Todos los días, en leal anhelo,
El ruego fervoroso
Elevaremos al radiante cielo;
Y a la paterna usanza
Loaremos en métricas canciones
A los claros varones,
Al blando son de flauta melodiosa,
Y a Dardania y Anquises,
Y a la alma stirpe de la cipria diosa.

JAVIER DE BURGOS.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 137]. [1] . En el original está dedicado a *Ligurino* .

[p. 149] EPODON

ODA I

A MECENAS

Ibis Liburnis inter alta navium.

¿En nave Iliria corres
A acometer bajeles coronados
De formidables torres,
De la tierra y los mares
Con César dividiendo los azares?
Y ¿qué haré yo en tu ida?
Grata viviendo tú, penosa y dura
Será sin ti mi vida.
Cruel será, Mecenas,
Quedarme, si sin ti quedarme ordenas.
¿Temes que la fatiga,
Cual varón fuerte, soportar no pueda?
No, deja que te siga,
Y verásme ir ardiente
Contigo hasta los mares de Occidente,
Y hasta el pico elevado
De los Alpes y el Cáucaso inseguro.
Imbele y quebrantado,
De nada servir puedo,
Mas junto a ti será menor mi miedo.
Que acosa él ausente,
Y ausente teme el ave que sus pollos
Devore la serpiente,
[p. 150] Aunque del duro trance
No a preservarlos su presencia alcance.
A ésta, pues, y otras guerras,
Por tu amor y amistad volaré ufano,
Y no porque mis tierras
Número más crecido
De bueyes surque a la coyunda uncido;
Ni truequen mis ganados
Los pastos de Calabria en el estío
Por los lucanos prados,
Ni mi pequeña hacienda

A los muros de Túsculo se extienda.

Harto, y a manos llenas
Me dió ya tu bondad; oro no anhelo
Que esconder, oh Mecenas,
Cual Cremes en un pozo,
O malgastar cual disipado mozo.

JAVIER DE BURGOS.

ODA II

Beatus ille qui procul negotiis.

Dichoso el que de pleitos alejado,
Cual los del tiempo antiguo,
Labra sus heredades, olvidado
Del logrero enemigo.
Ni el arma en los reales le despierta,
Ni tiembla en la mar brava:
Huye la plaza y la soberbia puerta
De la ambición esclava.
Su gusto es, o poner la vid crecida
Al álamo ayuntada,
O contemplar cuál pace, desparcida
Al valle, su vacada.
Ya poda el ramo inútil, ya enxiere
En su vez el extraño,
O castra sus colmenas, o si quiere,
Tresquila su rebaño.
Pues cuando el padre Otoño muestra fuera
La su frente galana,
¡Con cuánto gozo coge la alta pera,
Las uvas como grana,
[p. 151] Y a ti, sacro Silvano, las presenta,
Que guardas el exido!
Debajo un roble antiguo ya se asienta,
Ya en el prado florido:
El agua en las acequias corre, y cantan
Los pájaros sin dueño:
Las fuentes al murmullo que levantan
Despiertan dulce sueño.
Y ya que el año cubre campo y cerros
Con nieve y con heladas,
O lanza el jabalí con muchos perros
En las redes paradas,
O los golosos tordos, o con liga
O con red engañosa,

O la extranjera grulla en lazo obliga,
Que es presa deleitosa.
Con esto, ¿quién del pecho no desprende
Cuanto en amor se pasa?
¿Pues qué, si la mujer honesta atiende
Los hijos y la casa?
Cual hace la sabina o calabresa,
De andar al sol tostada;
Y ya que viene el amo, enciende apriesa
La leña no mojada,
Y ataja entre los zarzos los ganados,
Y los ordeña luego,
Y pone mil manjares no comprados,
Y el vino como fuego.
No me serán los rombos más sabrosos,
Ni las ostras, ni el mero,
Si algunos con levantes furiosos
Nos da el invierno fiero,
Ni el pavo caerá por mi garganta,
Ni el francolín greciano,
Más dulce que la oliva, que quebranta
La labradora mano,
La malva, o la romaza enamorada
Del vicioso prado;
La oveja en el disanto degollada,
El cordero quitado
Al lobo, y mientras como, ver corriendo
Cuál las ovejas vienen,
Ver del arar los bueyes, que volviendo
Apenas se sostienen;
Ver de esclavillos el hogar cercado,
Enjambre de riqueza.
[p. 152] Así dispuesto Alfio, ya al arado
Loaba la pobreza.
Ayer puso a sus ditas todas cobro,
Mas hoy ya torna al logro.

FR. LUIS DE LEÓN.

ODA III

A MECENAS

Parentis olim si quis impia manu.

Si monstruo desapiadado
De anciano padre atravesase el pecho,

Ajos en pena coma,
Cual cicuta dañinos.
¡Qué vientres ¡ah! los vientres campesinos!
¿Qué tósigo violento
Corre en mis venas, rompe mis entrañas?
¡De víboras con sangre
Fué esta yerba cocida,
O es que Canidia anduvo en la comida!
Medea enamorada
Al más galán de la Argonauta gente,
A su Jasón ungía
Del ajo con el jugo,
Porque los toros sujetara al yugo.
Con ajo los presentes
Envenenó, que a su rival hiciera,
Y, su pasión vengada,
En alados dragones
Levantóse del aire a las regiones.
Con fuego tan violento
No tuesta Febo la sedienta Pulla,
Ni abrasó al fuerte Alcides
Con llama más activa,
Funesto don de amante vengativa.
Si alguna vez comieres
Ajos, Mecenas, tu manchada boca,
Tu pestilente aliento
Huya esquiva tu dama,
Y en el filo se quede de la cama.

JAVIER DE BURGOS.

[p. 153] ODA IV

CONTRA MENO LIBERTO

Lupis et agnis quanta sortito obtigit.

Si entre cordero y lobo hay pugna eterna,
La misma el hado entre los dos fundó;
Que abrazaron tus piernas férreos grillos
Y tus lomos el látigo español,
Y aunque por tu dinero andas soberbio
Nunca Fortuna calidad cambió.

Cuando midiendo vas la Sacra vía
Con seis varas de toga, oye la voz
De cuantos al pasar, a un lado y otro,
Vuelven la faz con franca indignación:

«A ése , a fuerza de azotes lo sajaron
Hasta que el pregonero enronqueció;
Y hoy, ese mismo, en el Falerno campo
Tiene unas mil yugadas en labor.
Y se atreve a pisar con sus rocines
El Apia vía; y, despreciando a Otón,
Como un gran caballero usa sentarse
En primer banco, a par del Senador»...

¿A qué cargar tanta ferrada prora
Contra cualquier gavilla que se alzó
De ladrones y esclavos, cuando éste,
Éste es aquí tribuno de legión?

RAFAEL POMPO.

ODA V

CONTRA LA HECHICERA CANIDIA

At o Deorum quidquid in caelo regit.

«¡Ah! por los dioses, que del alto cielo
La tierra rigen y el linaje humano,
¿Qué ese estrépito insano
Significa, decid? ¿por qué de todas
Sobre mí solo fijos
Los torvos ojos veo?

[p. 154] Por tus queridos hijos,
Si madre alguna vez, Canidia, fuiste:
Por este traje triste,
Insignia noble de mi infancia tierna;
Por la justicia eterna,
Que desapueba crueldad tamaña,
¿Por qué, por qué con saña
Me miras de madrastra endurecida,
O de alimaña que irritó su herida?»

Mientras que en quejas tales,
Trémulo el labio, un niño prorrumpiera,
Veloces de las ropas infantiles
Despojan manos viles
Su blando cuerpo, que a piedad moviera
Del tracio más cruel el alma fiera.
Y el cabello tendido
Con víboras feroz Canidia anuda,
Y a las mágicas llamas
Lanzar manda sañuda

De fúnebre ciprés gruesas ramas
Y viejos cabrahigos, descuajados
De los sepulcros en las anchas grietas;
Pluma y huevos de buho, salpicados
De torpe sapo con la sangre inmunda,
Y las yerbas que Yolcos,
En ponzoñas fecunda,
Cría y la Ibera tierra,
Y huesos arrancados
De la boca cruel de hambrienta perra.
Arremangada la Sagana impía,
Regándola con agua del Averno,
Entretanto la casa recorría,
Encrespada la horrible cabellera,
Como marino erizo,
O jabalí lanzado a la carrera.
Mientras en afán penoso
Veya, al remordimiento siempre dura,
Abría el hondo foso,
Do hasta la boca el niño sumergido,
Cual suele el nadador sobre onda pura,
Mil sabrosos manjares,
Muchas veces mudados,
Y veces tantas a su ansiar negados,
Ardiente contemplase,
Hasta que los sus ojos anhelosos
Sempiterno desmayo al fin cerrase,
[p. 155] Y su hígado y sus sesos arrancando,
Prepararse pudiera el filtro infando.
Fama fué, y los ociosos
De Nápoles creyéronlo a porfía,
Y la comarca entera,
Que no faltó aquel día
De Rímini la célebre hechicera,
Aquella Folia de viril lujuria,
La que los astros todos, obedientes
A su mágico acento,
Hace bajar del ancho firmamento.
¿Qué dijo entonces, con manchado diente
Sus largas uñas mordiscando insana,
Allí Canidia? «Oh noche, y tú, Diana,
Que veláis en silencio tenebroso
Nuestros misterios, de que sois testigos,
Sedme, sedme propicias;
Contra mis enemigos
Convertid vuestra cólera severa.

Mientras en selva obscura
El sueño postra a la cansada fiera,
Los perros de Subura
Al viejo enamorado
Ladren, y befa de las gentes sea,
Al viejo perfumado
Con la suave esencia,
Que mejor nunca fabricó mi ciencia...
Mas, ¿qué es esto? ¿podrían mis hechizos
Menos que los encantos de Medea,
Cuando del gran Creón en la hija altiva
Sus celos, alejándose, vengaba,
Y con vestido de ponzoña activa
El día de sus bodas la abrasaba?
¿De alguna planta la virtud ignoro?
¿No conozco las yerbas más extrañas,
Que en sus quiebras esconden las montañas?
¿Cómo, de mi olvidado,
Los lechos recorrió de mil rameritas?...
Mas ¡ah! de mis encantos le han librado
Sin duda, sí, más sabias hechiceras.

Tú, tú lo llorarás, viejo inconstante;
A mi seno traeránte
Nuevas y desusadas confecciones;
Contra su fuerza no podrán bastante
De los muros las mágicas canciones.
Tu desdén, crudo Varo,
[p. 156] El filtro vencerá que te preparo;
Y antes el claro cielo
Sepultaráse bajo el punto frío,
Y sobre el sol elevaráse el suelo,
Que tú en el amor mío
Así dejes de arder, ingrato, luego,
Como el negro betún arde en el fuego.»

Al oír tales voces,
No ya de aquellas fieras
Pensó ablandar los ánimos atroces
Con voces lastimeras
El infante infelice,
Y en ecos dignos de Tiestes dice:
«Si de las estaciones
Mudar el orden pueden los encantos,
No del mortal así trocar la suerte.
Maldígoos, y a expiar las maldiciones
No alcanzan siempre sacrificios santos.
Daréisme, brujas, horrorosa muerte:

Mas de noche a deshora
Alzándose mi sombra vengadora,
Rasgará vuestros pechos inclementes
Con corvas uñas y afilados dientes,
Y el sueño os turbará con largo susto:
Tal de los Manes es el poder justo.
De calle en calle, viejas despiadadas,
Las gentes a pedradas
Acabarán vuestros infames días;
Vuestras entrañas frías
Serán de buitre hambriento
Y de voraces lobos alimento.
Calme aqueste destino que os revelo,
¡Ay! de mis padres el amargo duelo.»

JAVIER DE BURGOS.

ODA VI

CONTRA CASIO SEVERO

Quid immerentes hospites vexas canis.

¿Por qué has dado en morder, impertinente,
Con furor tan extraño,
A huéspedes indignos de tal daño,
Con tu canino y venenoso diente?
[p. 157] ¿Y acometiendo bravo a los corderos,
Huyes, cobarde, de los lobos fieros?
Deja aquestas empresas inhumanas,
Y si a mayores puedes atreverte,
Convierte contra mí tus fuerzas vanas,
Que yo sabré, mejor que tú, morderte,
Y cual mastín de Epiro generoso,
O bermejo Lacón embravecido,
Fíales defensores
De los mansos ganados y pastores,
Con el atento oído,
En prolija carrera,
Acosaré la que encontrare fiera,
Con pies de plumas leves,
Por montes coronados de altas nieves.
Tú, después de llenado el bosque umbroso,
Con ladrido a los flacos espantable,
Te muestras fácilmente más afable,
En habiendo alcanzado el afrentoso
Manjar que así pretendes

Sacar de aqueos míseros que ofendes.
Mira, mira por ti. Porque yo tengo
Contra los malos rígida aspereza,
Y suelo sacudir con gran braveza
Los cuernos que aguzados te prevengo,
Para tomar de ti duro castigo,
Cual de Lycambe infiel el despreciado
Yerno tomó, y de Búbulo el burlado
Y cruel enemigo.
¿Soy hombre yo que cuando a alguno viere
Con venenoso diente que me hiere,
Y que con roja sangre el suelo tiño
Me quede sollozando como un niño,
Sin tomar de mi ofensa
La merecida y justa recompensa?

JUAN DE ROBLES.

ODA VII

A LOS ROMANOS

Quo, quo scelesti ruitis? aut cur dexteris.

¿A dónde, a dónde os despeñáis, impíos?
¿Por qué asir otra vez las armas fieras?
¿Harta latina sangre, sangre a ríos,
No corrió ya por ondas y praderas?
[p. 158] ¡Ah! y no corrió para incendiar los muros
De la envidia soberbia de Cartago,
Ni para ver entre eslabones duros
Al intacto Bretón contar su estrago;
¿Sino para que Roma sucumbiera
Cual quiso el Parto, a propios empellones!...
Nunca, a no ser con brutos de otra esfera,
Hicieron tal ni lobos ni leones.
¿Qué os arrastra? ¡decid! ¿ciega locura?
¿Algo más fuerte? ¿nuestra culpa grave?
—Callan: tiñe su faz lívida albura,
Y estupefacta su razón, no sabe.
Así es, yo lo sé. Quiere el destino
Que pague Roma la fraterna muerte
La sangre que vertió golpe asesino
Dios sin cesar sobre nosotros vierte.

RAFAEL POMBO.

ODA VIII

IN ANUM LIBIDINOSAM

Rogare longo putidam te seculo.

(SUPRIMIDA)

ODA IX

A MECENAS

Quando repostum Cæcubum ad festas dapes.

¿De César cuándo el triunfo glorioso
En tu alto alcázar, di, celebraremos,
Mecenas venturoso,
Con vino regalado,
Para las grandes fiestas reservado?
Grata a Jove será nuestra alegría,
Y dórico laúd y tracia flauta
Sonarán cual el día,
Que en el mar siciliano
Roto fué de Neptuno el hijo insano;
Y huyó, quemados viendo sus bajeles,
El que a Roma cargar amenazaba
[p. 159] De los hierros crueles,
Que arrancó poco antes
De las manos de esclavos arrogantes,
A eunucos viles, a mujer liviana
Sirve (¡oh rubor! ¿creeréislo venideros?)
La juventud romana,
Y entre águilas que humilla,
De una egipciaca el mosquitero brilla.
Dos mil gálatas braman al mirallo,
Y a César celebrando, a sus reales
Se pasan a caballo,
Y la escuadra enemiga
Al puerto tuerce al fin, y en él se abriga.
¡Triunfo! ¿Dó el carro de marfil dorado
Está? ¿Dó están las cándidas terneras?
Salve, Triunfo sagrado:
No igual gloria dió a Mario
La rota de Yugurta su contrario;
Ni aquel que monumento esclarecido
Se alzó en las ruinas de la atroz Cartago.

Por tierra y mar vencido,
Ya el enemigo viste,
En vez de alegre grana, luto triste.
Y las aguas después de su derrota
Surca tal vez de la opulenta Creta,
O en las Sirtes que azota
Del noto la ira aciaga,
O por el ancho mar incierto vaga.
Paje, echa vino del mejor de Scío,
Echa de Lesbos, y en tazones hondos
Cécubo que da brío:
Triunfó César, y ledos
Quiero en buen vino sepultar mi miedo

JAVIER DE BURGOS.

ODA X

CONTRA MEVIO

Mala soluta navis exit alite.

Sale en mal hora la nao,
Que al hediondo Mevio lleva:
Austro, cuida que las ondas
por los dos lados la hiendan.
[p. 160] Ronco el euro el mar agite,
Y rompa remos y cuerdas,
Y sople el bóreas, que el roble
Descuaja en la añosa selva.
No por do Orión se esconde,
Asume propicia estrella,
Ni más que el triunfante griego
Tranquilo el piélagos vea,
Cuando Palas, reducida
La altiva Troya a pavesas,
De Ajax contra la impía nao
Volvió sus iras tremendas.
¡Cuánto sudor, Mevio, cuánto
A tu chusma se apareja,
Y a ti qué palidez triste,
Cuántas femeniles quejas,
Qué ruegos vanos al cielo,
Cuando de las olas crespas
Del mar que el ábrego rice,
Despojo tu nave sea!
¡Ah! si a la playa arrojado,

Las aves en ti se ceban,
Inmolaré a las borrascas
Un cabrón y una cordera.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XI

A PETIO

Pecti, nihil me, sicut antea, juvat.

No, Petio, cual un día
Canciones escribir me satisface.
Amor al alma mía,
Más que a otra alguna, en abrasar se place
Con la violenta llama
De tierno niño o de pulida dama.

Ya de su pompa amena
Al bosque veces tres privó el invierno,
Desde que la cadena
Rompí de Inaquia, que adorara tierno,
Fábula fuí de Roma,
Y aun a mi rostro la vergüenza asoma.

[p. 161] Aun ora con despecho,
Tanto y tanto festín recuerdo y miro,
Do del llagado pecho
Exhalando tal vez hondo suspiro,
Lánguido revelaba
Amor que en vano el labio recataba.

Si tal vez indiscreto
El vino me exhaltaba, y descubría
Mi guardado secreto,
Contigo lamentándome decía:
¿Y el interés liviano
Podrá más que el ingenio soberano?
Si a resolverme llego,
Y justa indignación mi amor entibia,
Y a los vientos entrego
La estéril queja que mi mal no alivia,
A más ricos rivales
Sin mengua encantos cederé fatales.»

Tú tornarme a mi casa
Mándasme, al verme con razón airado,
Mas la cólera pasa,
Y mi planta me guía, mal mi grado,
Vacilante a su puerta,

Jamás, jamás a mi rogar abierta;
A sus duros umbrales,
Que mi espalda rompieran sufridora,
Las gracias celestiales
De mi Licisco me encadenan ora,
Que en lujo y gallardía
A toda apuesta moza desafía.
Sus cadenas suaves
No la advertencia romperá amistosa,
Ni las injurias graves;
Si no otro amor, o de muchacha hermosa
O lindo rapazuelo,
En trenzas anudado el rubio pelo.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XII

Quid tibi vis mulier...

(SUPRIMIDA)

[p. 162] ODA XIII

A SUS AMIGOS

Horrida tempestas coelum contraxit, et imbres.

La tormenta se mueve,
Caros amigos, y encapota el cielo,
Jove en copos de nieve
Y en larga lluvia se desgaja al suelo,
Y las selvas azota
El aquilón, y el piélagos alborota.
La ocasión sin tardanza
Aprovechemos pues, y mientras dura
La juvenil pujanza,
A la vejez dejemos la tristura.
Venga el vino preciado,
Que guardar vió de Manlio el consulado.
No os cuidéis de otros bienes,
Que los que hoy niega un dios, dará algún día.
Bañemos nuestras sienes
Hoy en las gomas que la Persia cría,
Y de lira suave
Al son se ahuyente la cuíta grave.
A su alumno instruía
Así el sabio Chirón: «Hijo divino

De Tetis, le decía,
Las campiñas de Xanto cristalino,
Y el frío Simoente
Serán sepulcro a tu valor ardiente,
 Cerúlea madre en vano
Tu tornar demandara, que te niega
El destino tirano;
Allí en el vino la zozobra anega,
Y ahuyenten los pesares
Pláticas dulces, plácidos cantares.»

JAVIER DE BURGOS.

ODA XIV

A MECENAS

Mollis inertia cur tantam diffuderit imis.

Me matas, ¡oh Mecenas!
Preguntándome siempre
Cómo es que mis sentidos
Ocio blando entorpece,
[p. 163] Bien cual si devorado
De ardiente sed, hubiese
De la onda olvidadiza
Bebido yo del Lete.
Los yambos, que algún día
Me atreví a prometerte,
Un dios, un dios, amigo,
Que acabe no consiente.
No el teyano Anacreón
Se inflamó de otra suerte
Por el samio Batilo,
De quien mil y mil veces
En versos descuidados
Lamentó los desdenes.
Tú también a una hermosa
Adoras, que no cede
A la que hundió de Troya
Las murallas potentes.
Goza tú venturoso,
Las gracias que posees.
Liberta, y aun liviana,
A mí Friné me enciende.

JAVIER DE BURGOS.

ODA XV

A NEERA

Nox erat, et coelo fulgebat Luna sereno.

Era de noche, y Febe
Brillaba en el lumbroso firmamento
Entre estrellas sin cuento,
Cuando en tu seno aleve,
Cual la yedra que al álamo se enreda
Estrechándome leda,
El tierno juramento repetías,
Que te dictaba mi amoroso anhelo,
Y que ofendiendo al cielo,
A violar ya allí te disponías.
«En tanto que al cordero
Lobo cruel aterre, me dijiste;
Mientras Orión triste
De espanto al marinero
[p. 164] Llene, encrespando la inverniza onda;
La cabellera blonda
Mientras de Apolo agite aura ligera,
A tu fineza igualará la mía.»
¡Ah! ¡cómo tu falsía,
Y mi venganza lloraras, Neera!
Si en mi pecho fogoso
Algún valor aún, alguno alienta,
No esperes que consienta
Que a rival más dichoso
Todas las noches guardes tus favores.
Premio yo a mis amores
Buscaré airado en brazos de otra dama;
Ni verás doblegarse mi entereza
A tu fatal belleza,
Si una vez el despecho mi alma inflama.
Y tú, cualquier que seas,
Que hay ufano te gozas en mis daños;
Aunque largos rebaños
Y heredades poseas,
Y del Pactolo ricos los raudales;
Aunque en saber iguales
A Pitágoras, vuelto al reino frío,
Y a Nirea en beldad, a otro liviana,
Verás la amar mañana,
Y cómo, cual hoy tú, yo entonces río.

ODA XVI

AL PUEBLO ROMANO

Altera jam teritur bellis civilibus ætas.

I

Una edad más en fratricidas luchas
Ya se está consumiendo; y Roma—aquella
Que ni el vecino Marso, ni la Etrusca
Multitud de Porsena amenazante,
Ni Capua, nuestra émula, ni el fiero
Espártaco cruel, ni el sedicioso
Alóbroje falaz que al viento cambia,
Ni Germania ojazul, ni el mismo Aníbal,
[p. 165] Odio de nuestros padres, consiguieron
Destruir, ni aun domar: la invicta Roma,
Hoy a su propio esfuerzo se desploma.

II

Nosotros sí, generación impía,
Sangre al furor del Cielo consagrada,
La destruiremos. Su desierto sitio
Ocuparán las fieras nuevamente.
Las cenizas de Roma, el sacro polvo
De nuestros padres, hollarán, ¡oh infamia!
Bárbaros vencedores. Sus corceles
Irán con resonante casco hiriendo
La ciudad; y aun los huesos de Quirino,
Que aire ni luz hoy toca irreverente,
Esparcirá, ¡qué horror! su pie insolente.

III

¿Qué alivio cabe en tanto mal? diréisme
Todos, o los mejores.—Prevalezca
Mi opinión, y es la de los Focios, cuando
En masa huyeron su ciudad maldita
Y por morada al jabalí y al lobo,
Campos, casas y templos relegaron.
¡Irnos a cualquier parte, a donde quiera
Los pies nos lleven, o por agua el Noto,
O si no sopla el Noto, Abrego impío!
¿Os place? ¿Algo hay mejor?... Nadie lo sabe.
Buen agüero, y con él a henchir la nave.

IV

Pero antes de partir juremos todos
No regresar jamás, mientras no floten
Sobre la mar las rocas descuajadas
Del fondo del abismo... Sí, juremos
Dar sin rubor la vela hacia estas costas,
Cuando el Po anegue las Matinas cumbres,
Y, monte tras de monte, el Apenino
Se lance al mar; y amor pasmoso enlace
La paloma al milano, el ciervo al tigre;
Cuando grata al león la grey se entregue,
Y pez la cabra, por las ondas juegue.

[p. 166] V

Jurado ya, por todos, cuanto pueda
Cortar la dulce vuelta, y renegado
Cuanto se deje atrás, vámonos todos,
O los que al terco vulgo aventajemos.
Quédense, por su mal, los que no saben
Probar, ni aun esperar mejor fortuna,
Los de ánimo postrado, los medrosos
Hijos de la molicie: y que se aferren
A sus infaustos lechos. Vos en tanto,
Que habéis virtud, no así como a mujeres
Os apesaren pérfidos placeres.

VI

Allende la fatal toscana orilla,
Volemos pues, que nos aguarda inquieto,
Circundador del mundo, el Océano.
Vamos en pos de aquellas pingües islas,
De aquellos campos—venturosos campos—,
Do al año hay trigo sin arar; do abunda
La uva sin poda, y siempre fiel sus ramas
Brinda el olivo. Su árbol ennegrece
El higo tentador; la hueca encina
Destila miel, y de los montes altos
El sonoro raudal desciende a saltos.

VII

Allí las cabras, sin llamarlas, vienen
A la colodra, y la vacada amiga
Trae tirantes las ubres. No hincha el suelo
El nido de las víboras, ni brama

De tarde el oso en torno del aprisco.
¡Cuántas más cosas, gusto al par que asombro
No nos darán! si allí ni el Euro rae
Con sus turbiones los feraces campos,
Ni a la gorda simiente abrasa nunca
El árido terrón: que el Rey supremo
Templa benigno el uno y otro extremo.

VIII

Ni nautas de Sidón, ni el pino de Argos,
Ni la princesa impúdica de Colcos,
Ni el trabajado séquito de Ulises
Supieron de estas playas. Peste alguna
[p. 167] No cayó en sus ganados, ni astro hiriólos
Abrasador. Las segregó del mundo
Jove para morada de los buenos,
Cuando a la edad del oro manchó el bronce.
Vino tras éste el hierro, edad más dura;
Pero creed al vate: allí os predigo
Que aun se reserva al justo un dulce abrigo

RAFAEL POMBO.

ODA XVII

A CANIDIA

Jam jam efficaci do manus scientiæ.

HORACIO

En fin me rindo a tu saber potente;
No más imprecaciones
Contra mí lances en tu enojo ardiente.
De Pluto por las lóbregas regiones,
Por Febe, que irritar es peligroso,
Sabia Canidia, humilde te lo ruego,
Y por el libro santo y misterioso,
Que las estrellas puede
Hacer bajar del ancho firmamento.
A mis clamores cede,
Y vuelve atrás el mágico instrumento.
De Telefo las preces
Ablandaron al nieto de Nereo,
Aunque las huestes misias muchas veces
Contra él guió, y el dardo asestó agudo.
Apenas a los pies postrarse pudo

Príamo triste del soberbio Aquiles,
Embalsamaron manos femeniles
Al audaz Héctor, que tras mil desmanes
Pasto iba a ser de buitres y de canes.
Del claro Ulises a los socios fieles
Desnudar hizo las cerdudas pieles
Circe, aunque esquiva y dura,
Y la humana figura
Dióles cobrar y la razón perdida.
Y tú, de mercaderes
Y de marinos ¡ay! asaz querida,
[p. 168] ¿No te vengaste ya? Ya en mi mejilla
El color puro del carmín no brilla;
Cubre arrugada piel, cubre mi cuello,
Y encanecen tus drogas mi cabello.
Ni un momento de paz mi dolor calma;
A la tiniebla fría
El día empuja, y la tiniebla al día,
Y ni un suspiro al alma
Puede aliviar en su congoja impía.
¡Infeliz! ya vencido lo confieso,
Ya creo, ya, lo que en mi error negaba.
Ya sé que pueden mágicas canciones
Mover los corazones,
Y los encantos trastornar el seso.
¿Qué más, Canidia, pides?
¡Oh tierra! ¡oh mar! ¡ay me...! yo me consumo:
Jamás la sangre del Centauro Neso
Con fuego tan cruel abrasó a Alcides;
No, ni del Etna inflama
Los hondos senos tan ardiente llama.
Y ¡tú preparas tósigos violentos,
Hasta que en alas vuelen de los vientos
Mis cenizas livianas!
¿Hasta cuándo con penas tan tiranas
Castigarásme, con rigor tan duro?
Cruel, ¿qué precio por dejarme exiges?
Habla, y fiel a aplacarte me apresuro;
Ora de cien terneras
Un holocausto quieras;
Que con lira falaz tu elogio entone,
Que casta te pregone,
Virtuosa te aclame,
Y tu nombre a las nubes encaramé.
Movidos de su súplica y su pena,
Cástor y Pólux al osado vate,

Que el alto nombre mancilló de Helena,
La vista retornaron,
De que un tiempo ofendidos le privaron,
Pues tal tú puedes, mi demencia cura,
Tú, no nacida de progenie obscura.
Justa tú, de sepulcros de villanos
No desentierras huesos;
Pías son tus entrañas, y tus manos
Jamás, jamás mancharon los excesos.
De fecunda por fin tienes la fama,
Pares, y lista saltas de la cama,
[p. 169] Y a lavar la partera marcha aprisa
En púrpura mojada tu camisa.

CANIDIA

¿A qué fatigas mi cerrado oído?
De las rizadas olas combatido
El escollo gigante,
Es menos insensible a los lamentos
Del triste navegante.
¿De Cotito y Amor con labio impío
Habrás tú impunemente
Los mágicos misterios revelado,
Y de Esquilias pontífice impudente
Habrás del nombre mío,
Sin que te pese, la ciudad llenado?
¿Qué te valió las viejas de Peligno
Enriquecer? ¿qué el tósigo maligno
Que detuviese tu infelice suerte?
Más lenta, más cruel será tu muerte,
Y en tormento más largo
Consumiráse tu vivir amargo.
Entre mil suavísimos manjares
Hambriento siempre Tántalo impiadoso,
Ansía en vano el reposo;
Ansíalo Prometeo,
De un buitre condenado a la atroz saña.
En vano aguija a Sísifo el deseo
De subir y fijar en la montaña
El peñasco que Jove asentar veda.
Tú, de tedio también y angustia lleno,
De la alta torre con ligera planta
Querrás lanzarte en vano,
O con el hierro insano
Atravesar tu seno,

O el dogal aplicar a tu garganta.
Vivir debes empero, mal tu grado,
Y en tus hombros triunfante
Pasearé yo el mundo,
Que mi saber acatará profundo.
Y ¡qué! aquella que a imágenes de cera
(Tú mismo, tú lo has visto y lo conoces),
Puede dar movimiento con sus voces;
La que arrancar de la voluble esfera
Puede la luna, reanimar los muertos,
[p. 170] Y preparar los filtros poderosos,
¿De su arte la impotencia lloraría,
Que a humillar no bastase tu osadía?

JAVIER DE BURGOS.

CANTO SECULAR

Phoebe sylvarumque potens Diana.

¡Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oídnos!

Hoy que, al mandato sibilino, ensalzan
Vírgenes castas y selectos niños,
A las Deidades que los siete montes
Miran propicias.

¡Sol que conduces en fulgente carro,
Vario y el mismo, sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡A las matronas en el parto agudo,
Ilitia diestra, con amor protege,
El nombre ya de *Genital* prefieras,
Ya el de Lucina!

Su prole aumenta, y el decreto afirma,
Que a la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie.

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,

Juntad propicias a los ya adquiridos

Bienes mayores.

Rica la tierra de ganado y frutos

A Ceres orne de preñada espiga:

Nutran las crías transparentes aguas,

Auras suaves.

Piadoso atiende a los orantes niños;

Esconde, Apolo, en el carcaj la flecha:

De las doncellas el clamor escucha,

Reina bicorne.

[p. 171] Si es obra vuestra la potente Roma,

Si por vosotros se salvó el Troyano,

Para fundar en la ribera etrusca

Nuevas ciudades:

Si entre las ruinas del Ilión ardido,

Sobreviviendo a la asolada patria,

De nueva gloria señalara Eneas

Libre camino;

Al dócil joven conceded virtudes,

Dad al anciano plácido sosiego,

Gloria y honor a la Romúlea gente,

Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,

Caro de Anquises y de Venus nieto,

Clemente rija y poderoso el mundo,

Antes domado.

En mar y tierra su poder extiende;

El Medo tiembla a la segur Albana,

Y paz el Indio domeñado pide,

Paz el Escita.

Que fe y honor y castidad retornan,

Y la virtud que de la tierra huyera,

Y la abundancia que del cuerno opimo

Bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,

Gloria y amor de las Camenas nueve,

El que con arte saludable cura

Larga dolencia,

Mira propicio el palatino alcázar,

Dilate el linde del poder romano,

Y en nuevos lustros la inmortal acrezca

Gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince

La casta Diosa que en Algido mora,

Y de los niños a los cantos preste

Fácil oído.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue;
Esto confirmen los celestes Dioses:
Tornad a casa los que ya entonasteis
Himno sagrado.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 239] OTRAS TRADUCCIONES DE ODAS DE HORACIO FLACO [\[1\]](#) : LIBRO I

[p. 241] A LA NAVE EN QUE IBA VIRGILIO A ATENAS

Sic te diva potens Cypri.— Od. III, lib. I.

Así la amable diosa
Que reina en Chipre; así su luz serena
Te den, nave preciosa,
Los dos hermanos de la bella Helena;
Y desatando el aura deliciosa,
El padre de los vientos soberano
Enfrene a los demás el vuelo insano:
¡Ay! mi Virgilio, prenda a ti cedida,
Y que debes volver, entrega sano
A la cecropia arena,
Y en él la mitad guarda de mi vida.

De diamante formado
El pecho tuvo y de robusto acero,
Quien al piélagó airado
Un leño frágil entregó primero;
Ni temió el austro altivo, desatado
Contra el fiero Aquilón, ni las lluviosas
Hiadas, ni las furias procelosas
Del Noto que en el Adria siempre manda;
Bien encrespe sus olas espumosas,
O bien manso y ligero,
Restituya a la mar su quietud blanda.

Al mortal atrevido
¿Qué riesgo espantará, cuando sereno
Vió el golfo embravecido,
De escollos y nadantes fieras lleno?
[p. 242] En vano Jove el mundo dividido
Ciñó con Océano dilatado,
Que apartase los hombres, y alterado
Enfrenase su intrépida osadía,
Si a su pesar del piélagó negado
El más remoto seno
Atraviesa veloz la nave impía.

De sosiego impaciente
Y ansiosa de su mal, feroz y osada
La sacrílega gente
Se precipita a la maldad vedada.

El hijo de Japeto el rayo ardiente
Robó del sol; su fraude pernicioso
Siguió de males escuadrón sañoso,
Que la tierra oprimió con rabia fiera,
Y la muerte, que en paso perezoso
La ley nunca evitada
Cumplió primero, abrevia la carrera.

 Surcó Dédalo el viento
Con alas al mortal no concedidas:
Al Orco macilento,
Mansiones por las furias defendidas,
Hércules penetró con firme aliento.
Nada es difícil al orgullo humano:
Ya desde el Osa con furor insano
Al mismo cielo se atrevió primero:
Ni permite que Jove soberano
Las iras merecidas
Deponga, ni su rayo justiciero

ALBERTO LISTA.

A SEXTIO

*Solvitur acris hiems grata vice veris e
Favoni...*— Od. IV, lib. I.

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso.
Que nuevo ser da al campo y nueva vida;
Y viendo el mercadante bullicioso
Que a navegar el tiempo le convida,
[p. 243] Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de sí desecha.

Ya no quiere el ganado en los cercados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estar al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano;
Ya Venus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, mientras su Vulcano
Con sus ciclopes en la fragua ardiente
Está, al trabajo atento y diligente.

Ya de verde arrayán y varias flores,
Que a producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnaldas que nos ciñan la cabeza;
Ya conviene que al dios de los pastores

Demos en sacrificio una cabeza
De nuestro hato, o sea corderillo,
O si él lo quiere más, un cabritillo.

Que bien tienes ¡oh Sexto! ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente.
La vida es tan incierta, y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Enfrenar el deseo y la esperanza
De cosas cuyo fin tarde se alcanza.

¿Qué sabes si hoy te llevará la muerte
Al reino de Plutón, donde ni al dado
Jugarás, si te cabe a ti la suerte
De ser el del banquete o convidado?
Ni te consentirán entretenerte
Con el hermoso Lícida, tu amado,
De cuyo rostro saltarán centellas
Que enciendan presto el rostro a mil doncellas.

DIEGO DE MENDOZA.

A PIRRA

Quis multa gracilis te puer in rosa, etc.— Od. V, lib. I.

¿Que lascivo mozuelo,
Blando y con mil olores rociado,
¡Oh Pirra! sin recelo
[p. 244] Te tiene con sus brazos anudado
El cuello estrechamente
En tu agradable gruta y lecho ardiente?
Y tú, con tez sencilla,
Sin engañosa falsedad de afeite,
Una y otra mejilla
Le muestras, con que enciendes su deleite,
Y tus rubios cabellos
Destrenzas, y le tiendes red con ellos.
¡Cuantas veces el necio
Mozo imprudente llorará su daño,
Tu falsa fe y desprecio,
Los contrarios amores y el engaño,
Y temerá los vientos
En el áspero mal de sus contentos!
Y él, fácil y creíble
Que de tu hermosura goza agora,
Seguro y apacible,

Piensa que nunca le has de ser traidora;
Y no ve el miserable
Que tu querer es viento deleznable.
¡Ay de los desdichados
Aquellos a quien tu lustrada cara
Aplace, no enseñados
A conocer tu fe mudable y cara,
Que en tus serenas calmas
Anegan los contentos de sus almas!
Yo sufrí con afrenta
Naufragios en el mar de tus engaños,
Mas ya de la tormenta
Colgué los rotos y mojados paños,
Y al Dios del mar amigo
Pinté una tabla, de mi mal testigo.

BARTOLOMÉ MARTÍNEZ.

A LIDIA

Lidia, dic, per omnes... — Od. VIII, lib. I.

Por los dioses te ruego
Me digas, Lidia, como afliges tanto
Y quitas el sosiego
[p. 245] A Síbaris el mozo, que con tanto
Amor te quiere y ama,
Y tú lo abrasas en su ardiente llama.
¿Por qué aborrece, dime,
Sufriendo el polvo y sol sin pesadumbre,
Al campo Marcio, y gime?
¿Por qué, enseñado a militar costumbre.
No juega y arremete
Entre tanto y gallardo igual jinete?
¿Por qué ya no corrige
La feroz boca del frisón brioso,
Ni con freno la rige
De brida, que es más duro y riguroso,
Ni su cabeza enhiesta
Con yelmo cubre y penachada cresta?
¿Por qué tanto rehuye
Tocar del Tíber las bermejas ondas?
¿Por qué más teme y huye
Que la sangre de víboras hediondas,
Al lucio aceite y grueso,
Que hace al luchador más fuerte y tieso;
Y de la dura malla

No viste al jaco, ni arma mano y dedos,
Y ya de la batalla
En los brazos nervosos y molledos,
No muestra cardenales
Ni de gloriosos golpes las señales?
 Mil veces con gallardo
Semblante hizo en la contienda raya,
Tirando el fuerte dardo,
Y arrojando un gran peso y azagaya;
Con tiro muy derecho
Abrazó más del señalado trecho.
 Agora está escondido
Y se hurta a los ojos de la gente,
Como el joven nacido
De Tetis, antes de la guerra ardiente
De Troya, a quien engaños
Y amor vistieron mujeriles paños.

BARTOLOMÉ MARTÍNEZ.

[p. 246] A AUGUSTO

Quem virum, aut heroa lyra vel acri...— Od. XII, lib. I.

¿De cuál varón o semidios el canto
 Previenes, alma Clío,
En corva lira o flauta resonante?
¿De cuál deidad, a cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío
Helicon, o el Pindo, o en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura
 Que el curso detenía
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los árboles movía
Y el ímpetu veloz paró del viento?
 ¿A quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran Padre, que la estirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
 Y al variar contino
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
Él es primero y solo, igual no tiene
 Su esencia soberana;
Si bien segunda en el amor divino

Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni a ti, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni a la virgen cazadora;
 Ni a Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.
 También los triunfos cantaré de Alcides,
Y a los hijos de Leda, celebrado
Jinete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado
 La espuma resonante,
 El raudo viento para,
La negra tempestad desaparece,
Y a su influjo, del mar en breve instante
 Calma el furor terrible.
 Dudo si aplauda al fundador Quirino
Después de aquellos, del prudente Numa
 El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,
O de Catón la muerte generosa,
[p. 247] Los Escauros, y Régulo constante,
 O si de Emilio cante,
 Pródigo de la vida,
La palma por Aníbal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid, a quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto;
Así la fama crece de Marcelo;
 Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella,
 Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, a quien cedió el destino
 La protección de Augusto,
Tú reina, y él a ti segundo sea;
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
 Adquiera triunfo justo;
O en las últimas playas del Oriente
Indos y Seres humillados vea:
Él, inferior a ti, dé soberano

Leyes al mundo; tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas,
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

D. LEANDRO F. DE MORATÍN.

A LIDIA

Quum tu, Lydia, Telephi...— Od. XIII, lib. I.

Cuando tú me encareces
¡Oh Amarili! de Julio el talle hermoso,
Y mirando enmudeces
A Julio con descuido mal curioso,
¡Ay cómo arde en mi pecho
Infernal rabia, y con dolor esquivo
Revienta a mi despecho
Por los ojos el llanto fugitivo!
[p. 248] Y cambiando colores
Indicación da el rostro fatigado
De cuán fieros ardores
En mi alma lentamente se han lanzado.

Quémame ver señales
De burlas en tus brazos de alabastro;
Quémame en los colores
De tus labios ver de otro fuego el rastro.

No, si tú bien me escuchas,
Con mozos libres so color de juego,
Osada emprendas luchas;
Que allí oculto de Venus yace el fuego.
¡Oh tres veces dichosos
Los que anuda con lazo Amor tan fuerte,
Que celos rigurosos
Primero no lo rompan que la muerte

FRANCISCO DE MEDRANO.

A LA REPÚBLICA

O navis, referent in mare te novi...— Od. XIV, lib. I.

No más, no más al agua;
Si tú me crees, navío, en ti escarmienta
A no probar de hoy nueva tormenta.
Las áncoras asienta

Y afierra, pues que ves seguro puerto,
Y el lado de remero ya desierto.

El mástil casi abierto
Al ábrego animoso está crujiendo,
Y las maltrechas gúmenas gimiendo.
La furia va creciendo
Del revoltoso mar; navío guarte,
Que mal podrás sin jarcias sustentarte.

No pienses que eres parte
Para amansar los dioses ofendidos.
Cansados en tu mal y endurecidos;

Ni en pinos bien nacidos
De la Póntica selva en la espesura,
Ni de la gruesa popa en la pintura,

Pusieron su ventura
Medrosos marineros, que con tiento
No dieron que reír al loco viento,

[p. 249] Ni tú, que el pensamiento
Me tienes tanto agora entretenido,
Cuando de ti poco antes ofendido,

Serás tan atrevido,
Que pruebas ya las ondas espumosas
Vertidas en las Cícladas medrosas.

JUAN DE ALMEIDA.

PROFECÍA DE NEREO

Pastor cum traheret per freta navibus... —Od. XV, lib. I.

El pérfido Pastor en ídeas naves
Por los estrechos de la mar llevaba
A su huésped Helena seducida.
Nereo entonces reprimió los vientos,
Y así les anunció su infausta suerte:
«Con mal agüero hacia tu hogar conduces
A esa mujer, a quien la Grecia toda
Vendrá con el acero a reclamarte,
Para romper tus bodas conjurada,
Y de tu padre derrocar el trono.
¡Ay, qué horrenda fatiga está aguardando
A caballos y hombres! ¡Cuántos lutos
Y cuántos funerales tú preparas
A la troyana gente! Vengativa
Ya abraza Palas fulgurante escudo,
Ya ciñe el yelmo y a su carro sube.

En vano tú insolente y orgulloso
Del amparo de Venus, entre hembras
Danzas disfrutarás y muelles cantos;
Tu cabellera peinarás en balde;
Que evitar no podrás el dardo agudo
Del certero cretense, ni las lanzas
Funestas a tu tálamo, ni el ronco
Estruendo del combate, ni la furia
De Ajax, ligero en perseguirte. Al cabo
Será arrastrada por el sucio polvo
Tu adúltera cabeza. ¡Qué! ¿No miras
A Néstor el de Pilos, ni al astuto
Ulises, ruina de tu triste gente?
Ya impávido te acosa el salaminio
[p. 250] Teucro, y el luchador Esteneleo,
Diestro en regir el carro de combate.
Al duro Merion también conoces.
He aquí en tu busca a Diómedes terrible,
Superior a su padre en valentía,
Que arde por encontrarte. ¿A dónde, a dónde,
Cobarde, huirás con fatigoso aliento,
Como olvidado de la verde grama
Huye el ciervo del lobo que improviso
Halló en el valle? No a tu Helena hermosa
Tal prometiste. La iracunda hueste
De Aquiles cercará por largos días
A tu gente y a Troya, cuyos muros
Al cabo tornará la llama griega
En cenizas y míseros escombros.»

NARCISO CAMPILLO.

A GLICERA

Mater sæva Cupidinum... —Od. XIX, lib. I.

El ardoroso Baco,
Y la madre cruel de los amores,
Y la licencia audaz y juguetona,
En mi tranquilo pecho
Hoy de nuevo el amor nacer han hecho.
De Glicera lucente
Más que el mármol de Paros celebrado
El resplandor me abrasa, su maligna
Grata desenvoltura,
Y su lúbrica faz y su hermosura.
A Chipre abandonando

Potente Venus sobre mí se lanza;
Y al Escita cantar me veda, al Persa
Que lucha y se retira:
Sólo quiere que amor suene en mi lira.
Dadme, niños, la copa
Llena de añejo vino: verde grama,
Verbena y grato incienso: un sacrificio
Quiero hacer a la diosa
Porque se arda en mi amor, Glicera hermosa.

ABENAMAR.

[p. 251] A ARISTIO FUSCO

Integer vitæ scelerisque purus...— Od. XXII, lib. I,

El que es entero y en el alma puro,
Fusco, los pasos si mover quisiere,
Ya sin azcona, ya sin arco corvo
Libre camina.
O pise en Libia la arenosa sirte,
O pise en Citia la fragosa sierra,
O bien al Sera o al Hidaspe vaya
Muy celebrada.
Yo así del lobo ni la saña obligo,
Antes ahuyento su voraz denuedo
Cuando en el monte a Lálage le canto
Dulces amores.
Bien sé que Daunia militar no tiene
Entre sus robres semejante monstruo,
Ni la Getulia que leones hace,
Madre de fieras.
Ponme do nunca las amadas auras
Soplan, y siempre de rigor se viste,
A cuyo clima le promete Bóreas
Nieblas y nieve.
Ponme do el carro de la luz febea
Niega a los hombres la vivienda: siempre
Dulce que hablas, Lálage, he de amarte,
Dulce que ríes.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

A SU LIRA

Poscimur, si quid vacui sub umbra. —Od. XXXII, lib. I

Si alguna vez de afanes olvidado,
Las selvas, oh mi lira encantadora,
Halagué dulce con tu voz sonora,
Al importuno vulgo retirado,
Yo te ruego que ahora
Versos entones, que a la edad presente
Vivan, y aplauda la futura gente.
[p. 252] Oh tú, del alto cielo concedida
Por vez primera al lesbio ciudadano;
Y bien entre el furor de Marte insano
La hostil falange en vergonzosa huída
Sintió su fuerte mano,
O bien libre del piélago sañoso,
Logró cansado el puerto venturoso.
Siempre en himnos gozosos ensalzaba
A Baco y a las Musas y a Cupido,
Y a Venus, cuyo nombre repetido
Con el del niño ciego celebraba;
Y a su joven querido,
Hermoso por lo negro del cabello,
Y por sus negros ojos dulce y bello
Salve, alegre consuelo de mis males,
Del abatido corazón reposo,
De Febo honor, de Jove poderoso.
Hechizo en los banquetes celestiales
Salve, mi labio ansioso
Con solemne oración doquier te invoca,
Y pide el fuego que a cantar provoca

ALBERTO LISTA.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 239]. [1] . *Nota del Colector* . Las versiones horacianas que siguen, todas ellas de letra del Sr. Quirós de los Ríos las conservaba Menéndez Pelayo en un paquete, tal vez para renovar y dar nuevas muestras de traductores en sucesivas ediciones de este *Florilegio* por él formado.

[p. 175] IMITACIONES DE HORACIO

I

¡Benditos aquellos que con el azada
Sustentan sus vidas e viven contentos,
E de cuando en cuando conocen morada,
E sufren pacientes las lluvias e vientos!
Ca estos non temen los sus movimientos,
Nin saben las cosas del tiempo pasado,
Nin de las presentes se facen cuidado,
Nin las venideras do han nascimientos.

¡Benditos aquellos que siguen las fieras
Con las gruesas redes y canes ardidos,
E saben las trochas e las delanteras,
E fieren del arco en tiempos debidos!
Ca estos por saña non son conmovidos,
Non vana cobdicia los tiene sujetos,
Non quieren thesoros nin sienten affetos,
Nin turban temores sus libres sentidos.

¡Benditos aquellos que, cuando las flores
Se muestran al mundo, describen las aves,
E fuyen las pompas e vanos honores,
E ledos escuchan sus cantos süaves!

¡Benditos aquellos que en pequeñas naves
Siguen los pescados en pobres traynas,
Ca estos non temen las lides marinas,
Nin cierra sobre ellos fortuna sus llaves!

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

[p. 176] II

LA FLOR DE GNIDO

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterreciese
Las fieras alimañas,

Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trajese;
 No pienses que cantado
De mí sería, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;
 Ni aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes
El fiero cuello atados,
Y los franceses van domesticados.
 Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
También sería notada
El aspereza de que estás armada;
 Y cómo por ti sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertido en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
 Hablo de aquel cativo,
De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.
 Por ti, como solía,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige,
 Por ti, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
[p. 177] Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
 Por ti, su blanda musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
 Por ti, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso;
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso

Naufragio fuí su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera

Vence el dolor a la razón perdida,

Que ponzoñosa fiera

Nunca fué aborrecida

Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendada

Ni producida de la dura tierra;

No debe ser notada

Que ingratamente yerra

Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa

El caso de Anajáerte, y cobarde,

Que de ser desdeñosa

Se arrepintió muy tarde;

Y así, su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando

Del mal ajeno el pecho empedernido,

Cuando abajo mirando,

El cuerpo muerto vido

Del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado,

Con que desenlazó de la cadena

El corazón cuitado,

Que con su breve pena

Compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse

En piedad amorosa el aspereza,

¡Oh tarde arrepentirse!

¡Oh última terneza!

¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron

En el tendido cuerpo que allí vieron,

Los huesos se tornaron

[p. 178] Más duros y crecieron,

Y en sí toda la carne convirtieron;

Las entrañas heladas

Tornaron poco a poco en piedra dura;

Por las venas cuitadas

La sangre su figura

Iba desconociendo y su natura;

Hasta que finalmente,

En duro mármol vuelta y transformada,

Hizo de sí la gente

No tan maravillada,

Cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, Señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura a los poetas
Den inmortal materia,
Sin que también en verso lamentable
Celebren la miseria
De algún caso notable
Que por ti pase triste y miserable.

GARCILASO DE LA VEGA.

III

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta a mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
[p. 179] Si en busca de este viento
Ando desalentado,
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte, oh fuente, oh río,
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navio,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqúeste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza o el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,

No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atendido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su fermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían;
No es mío ver el lloro
[p. 180] De los que desconfían,
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable

Del no durable mando,
Tendido yo a la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce, acordado,
Del plectro sabiamente meneado.

FR. LUIS DE LEÓN.

IV

PROFECÍA DEL TAJO

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El río sacó fuera
El pecho, y le habló de esta manera:
«En mal punto te goces,
Injusto forzador; que ya el sonido
Oigo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa,
Que vió el sol en mal día,
A España ¡ay! cuán llorosa,
Y al cetro de los godos cuán costosa.
[p. 181] Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A ti y a tus vasallos naturales;
A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, a los que baña
El Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado conde, a la venganza
Atento, y no a la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera;
Que en África convoca

El moro a la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando a la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el día y le escurece.

¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡ay que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!

El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho,
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da a la armada.

¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado,
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto de Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
[p. 182] Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz a la mano,
Menea fulminante el hierro insano.

¡Ay cuánto de fatiga!
¡Ay cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y a caballos juntamente!

Y tú, Betis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado
¡Darás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual a cada parte;
La sexta ¡ay! te condena

¡Oh cara patria, a bárbara cadena!»

FR. LUIS DE LEÓN.

V

A D. PEDRO PORTOCARRERO

Virtud, hija del cielo,
La más ilustre empresa de la vida,
En el obscuro suelo,
Luz tarde conocida,
Senda que guía al bien, poco seguida:
Tú dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides,
Tú en la más alta esfera
Con las estrellas mides
Al Cid, clara victoria de mil lides;
 Por ti el paso desvía
De la profunda noche, y resplandece
Muy más que el claro día
De Leda el parto, y crece
El Córdoba a las nubes, y florece;
 Y por su senda agora
Traspasa luengo espacio con ligero
Pie y ala voladora
[p. 183] El gran Portocarrero,
Osado de ocupar el bien primero.
 Del vulgo se descuesta,
Hollando sobre el oro; firme aspira
A lo alto de la cuesta;
Ni violencia de ira
Ni blando y dulce engaño le retira.
 Ni mueve más ligera,
Ni más igual divide por derecha
El aire y fiel carrera,
O la traciana flecha,
O la bola tudesca, un fuego hecha.
 El pueblo inculto y duro
Induce poderoso igual costumbre,
Y do se muestra escuro
El cielo, enciende lumbre,
Valiente a ilustrar más alta cumbre.
 Dichosos los que baña
El Miño, los que el mar monstruoso cierra,
Dende la fiel montaña
Hasta el fin de la tierra,

Los que desprecia de Ume la alta sierra.

FR. LUIS DE LEÓN.

VI

A FELIPE RUIZ

DE LA AVARICIA

En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un ánimo sereno.

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara
Esmeralda provecho,
Que más tuerce la cara
Cuanto posee más el alma avara.

Al capitán romano
La vida, y no la sed, quitó el bebido,
Tesoro persiano,

[p. 184] Y Tántalo metido
En medio de las aguas afligido

De sed está; y más dura,
La suerte es del mezquino que sin tasa
Se cansa así, y endura
El oro, y la mar pasa
Osado, y no osa abrir la mano escasa.

¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,
Si estrecha el ñudo dado,
Si más enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre al dueño?

FR. LUIS DE LEÓN.

VII

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

Recoge ya en el seno
El campo su hermosura, el cielo aoja
Con luz triste el ameno
Verdor, y hoja a hoja
Las cima de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
Al resplandor egea, ya del día
Las horas corta escaso,
Ya Eolo, al mediodía
Soplando, espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
Del Ibico navega los nublados,
Y con voz ronca llora;
Y al yugo el cuello atados
Los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida
A los estudios nobles, y la fama,
Grial, a la subida
Del sacro monte llama,
Do no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado
Paso y la cuesta vence, y sólo gana
La cumbre del collado,
Y do más para mana
La fuente, satisfaz tu ardiente gana.

[p. 185] No cures si al perdido
Error admira el oro, y va sediento
En pos de un bien fingido;
Que no ansí vuela el viento
Cuando es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo
Te dicta favorable, que lo antiguo
Iguala, y pasa el nuevo
Estilo; y, caro amigo,
No esperes que podré atener contigo.

Que yo de un torbellino
Traidor acometido, y derrocado
Del medio del camino
Al hondo, el plectro amado
Y del vuelo las alas he quebrado.

FR. LUIS DE LEÓN.

VIII

LAS SIRENAS, A CHERINTO

No te engañe el dorado
Vaso, ni de la puesta al bebedero
Sabrosa miel cebado,
Dentro al pecho ligero,
Cherinto, no traspases el postrero

Asensio: ten dudosa
La mano liberal; que esa azucena,
Esa purpúrea rosa,
Que el sentido enajena,
Tocada, pasa al alma y la envenena.
Retira el pie, que esconde
Sierpe mortal el prado, aunque florido,
Los ojos roba, adonde
Aplace más, metido
El peligroso lazo está y tendido.
Pasó tu primavera,
Ya la madura edad te pide el fruto
De gloria verdadera.
¡Ay! pon, del cieno bruto,
Los pasos en lugar firme y enjuto.
Antes que la engañosa
Circe, del corazón apoderada,
[p. 186] Con copa ponzoñosa
El alma transformada,
Te junte nueva fiera a su manada.
No es dado al que allí asienta,
Si ya el cielo dichoso no le mira,
Huir la torpe afrenta:
O arde oso en ira,
O hecho jabalí, gime y suspira.
No fíes en braveza
Atiende al sabio rey Solimitano;
No vale fortaleza,
Que al vencedor gazano
Condujo a triste fin femenil mano.
Imita al alto griego,
Que sabio no aplicó la noble entena
Al enemigo ruego
De la blanda Sirena,
Por do por siglos mil su fama suena.
Decía, conmoviendo
El aire en dulce son: «La vela inclina
Que del viento huyendo,
Por los mares camina,
Ulises, de los griegos luz divina.
Allega y da reposo
Al inmortal cuidado, y entre tanto
Conocerás curioso
Mil historias que canto,
Que todo navegante hace otro tanto;
Que todo lo sabemos

Cuanto contiene el suelo, y la reñida
Guerra te cantaremos
De Troya y su caída,
Por Grecia y por los dioses destruída.»
 Así falsa cantaba,
Ardiendo en crueldad; mas él prudente
A la voz atajaba
El camino en su gente,
Con la aplicada cera suavemente.
 Si a ti se presentare,
Los ojos, sabio cierra, firme tapa
La oreja si llamare;
Si prendiere la capa,
Huye, que sólo aquel que huye escapa.

FR. LUIS DE LEÓN.

[p. 187] IX

¡Tirsis! ¡ah Tirsis! vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada y frágil
A la seguridad del puerto; mira
 Que se te cierra el cielo.
El frío Bóreas y el ardiente Noto
Apoderados de la mar insana,
Anegaron ahora en este piélago
 Una dichosa nave.
Clamó la gente mísera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos
Entre los rayos y espantosos truenos
 De su turbada cara.
¡Ay que me dice tu animoso pecho,
Que tus atrevimientos mal regidos
Te ordenan algún caso desastrado
 Al romper de oriente!
¿No ves cuitado que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
 De un atrevido mozo?
¿No ves que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde
Yace muriendo vivo el temerario
 Éncelado y Tifeo?
Conoce, desdichado, tu fortuna,
Y prevén a tu mal: que la desdicha

Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.
¡Ay que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prisión y cueva sonora
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa: que el airado cielo
Menos se encruelece de continuo
Con quien se anima menos.

FRANCISCO DE LA TORRE.

[p. 188] X

Rompe del seno del dorado Atlante,
La vestidura negra
De la noche, la aurora rutilante,
Que el Cielo y Mundo alegra;
Y atravesando la región sabea
De aquel dorado Toro,
De néctar y ambrosía le rodea
Los bellos cuernos de oro.
De la piadosa lágrima, que vierte
Por la memoria triste
De un descubierto amante, y de una muerte,
El verde prado viste.
A las plantas y flores, del rocío
De la noche inclinadas,
Restituye su fuerza, y al sombrío
Bosque sus alboradas.
Hácense conocer las avecillas
El campo ensordeciendo:
Festegan su venida, maravilla
Con la garganta haciendo.
Las casi ya marchitas bellas flores
Del plateado hielo,
Heridas de sus vivos resplandores,
Miran derecho al cielo.
La cárdena violeta, reclinada
La corona de hojas,

Levanta la cabeza violada

Con las blancas y rojas.

El pobre ganadero que velando
Estuvo al raso cielo,
Las estrellas y cielo contemplando,
Dice humillado al suelo:

Salve, divina y soberana aurora,
Gloria del ser humano,
De la color del día, a quien adora
El coro soberano.

Salve, la mensajera del bermejo
Pastor bello de Anfriso,
Envuelta y adornada del pellejo
Rojo de Helle y de Friso.

Tres y más veces salve la rosada
Madre de Menón fuerte:
Salve la soberana, y transformada
Menonia por la muerte.

[p. 189] Levántase el pastor, y de la extraña
Copia de flor preciosa,
Corona y enguinalda la cabaña
De su pastora hermosa.

Y mientras lo permites, sol dorado,
Regala la ribera
Con la zampona dulce, y emboscado
Huye tu furia fiera.

Allí mira una planta, allí una bella
Fuente ligera salta:
Apolo mira su belleza en ella,
De oro su plata esmalta.

Y de cuidados enojosos libre,
No sólo no apetece
Cuanto riega Pactolo, y baña Tibre,
Mas antes lo aborrece.

FRANCISCO DE LA TORRE.

XI

Sale de la sagrada
Cipro la soberana ninfa Flora,
Vestida y adornada
Del color de la aurora,
Con que baña la tierra, el cielo dora.

De la nevada y llana
Cumbre del levantado monte arroja
La cabellera cana

Del viejo invierno, y moja

El nuevo fruto en esperanza y hoja.

Deslízase corriendo

Por los hermosos mármoles de Paro,

Las alturas huyendo

Un arroyuelo claro,

De la cuesta beldad, del valle amparo.

Corre bramando y salta;

Y codiciosamente procurando

Adelantarse, esmalta

De plata el cristal blando

Con la espuma que cuaja golpeando.

Viste y ensoberbece

Con diferentes hojas la corona

De plantas, y florece

[p. 190] La que apenas perdona

Furioso rayo de la ardiente zona.

El regalado aliento

Del bullicioso Céfiro encerrado

En las hojas, el viento

Enriquece y el prado,

Éste de flor, y aquél de olor sagrado.

Y reducido cuanto

Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cría,

A más bien con el llanto,

Que al asomar del día

Viene haciendo la Aurora húmeda y fría:

Todo brota y extiende

Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;

La vid enlaza y prende

Al olmo, y la hermosa

Hiedra sube tras ella presurosa.

Yo triste el cielo quiere

Que yerto invierno ocupe el alma mía:

Y que si rayo viere

De aquella luz del día,

Furioso sea, y no como solía.

Renueva, Filis, esta

Esperanza marchita que la helada

Aura de tu respuesta

Tiene desalentada:

Ven, Primavera, ven, mi flor amada.

Ven, Filis, y del grato

Invidiado contento del aldea

Goza: que el pecho ingrato,

Que tu beldad afea,

Aquí tendrá el descanso que desea.

FRANCISCO DE LA TORRE.

XII

DE LA «NISE LASTIMOSA»

ACTO II

Coro primero

¡Cuánto más libre, cuánto más seguro
Es el estado, que de sí contento,
No se levanta más de lo que huye
Grande miseria!

[p. 191] Tristes pobreza nadie las desee:
Ciegas riquezas nadie las procure.
La bienaventuranza de esta vida
Es medianía.

Príncipes, Reyes y Monarcas sumos,
Sobre nosotros vuestros pies tenéis,
Sobre vosotros la cruel fortuna
Tiene los suyos.

Sopla en los altos montes más el viento,
Los más crecidos árboles derriba,
Rompe también las más hinchadas velas
La tramontana.

Pompas, y vientos, títulos hinchados
No dan descanso más, ni más dulzura.
Antes más cansan, y más sueño quitan
Al que los ama.

Como sosiegan en el mar las ondas,
Así sosiegan estos pechos llenos,
Nunca quietos, nunca satisfechos,
Nunca seguros.

Si la fortuna yo cortar pudiese
A medida del deseo, nunca
Quisiera más que asegurar la vida
De menesteres.

Quien más desea, las más voces se halla
Triste y burlado, pocas veces duerme:
Al fuego teme, vientos, aires, sombra:
Teme los hombres.

¿Rey Don Alfonso, por qué no te gozas
De ese tu cetro? ¿por qué esa corona
Pesada llamas? ¿el peso del alma
Tanto te aflige?

XIII

DE LA «NISE LASTIMOSA»

ACTO III

Coro primero

Teme tus yerros, juventud lozana:
Abre los ojos: tus postrimerías
Piensa: del tiempo siempre te aprovecha,
 Que va volando
[p. 192] ¡Oh cuán en vano del pasado tiempo
Breve momento querrás alguna hora!
El que presente tienes atesora,
 No se te pierda.
Oro, ni plata, ni las margaritas
Más preciosas que los hombres aman,
Y por habellas de las hondas venas,
 Muerte no temen,
Nunca pudieron, ni jamás podrían
Comprar un punto de este tiempo libre;
Príncipes, Reyes y Monarcas sumos
 No se descuiden.
Corre más que ellos el ligero tiempo,
Ni valen fuerzas, ni belleza vale:
Todo deshace, todo huella y pisa:
 Nadie le fuerza.
Como tirano fiero va cortando
Vidas a mozos, lástimas a viejos:
Sólo la fuerza de virtudes clara
 Puede vencelle.
Ésta le vence, su valor es mucho:
Ésta al eterno espíritu siguiendo,
Vive riéndose de la fortuna
 Y de la muerte.
Vive, pues, vive, juventud lozana,
Ama virtudes, con el tiempo vive,
Porque te valgas de él en aquel día
 Del gran aprieto.

AL CONDE DE GELBES

Si alguna vez mi pena
Cantaste tiernamente, lira mía,
Y en la desierta arena
De ese campo extendido
Desde la obscura noche al claro día
Rompiste mi gemido,
Ahora olvida el llanto
Y vuelve al desusado y alto canto.

No celebro los hechos
Del duro Marte, y sin temor osados
[p. 193] Los valerosos pechos,
La siempre insigne gloria
De aquellos españoles no domados;
Que para la memoria
Que canto me da aliento
Febo a la voz y vida al pensamiento.

Escriba otro la guerra,
Y en turca sangre el ancho mar cuajado,
Y en la abrasada tierra
El conflicto terrible,
Y el lusitano orgullo quebrantado
Con estrago increíble;
Que no menor corona
Teje a mi frente el coro de Helicon.

A la grandeza vuestra
No ofenda el duro son de osada lira;
Que en lo poco que muestra,
Glorioso Fernando,
Aunque desnuda y sin destreza expira,
El curso refrenando
El sacro hesperio río,
Mil veces se detuvo al canto mío.

El linaje y grandeza,
Y ser de tantos reyes descendiente;
La pura gentileza
Y el ingenio dichoso,
Que entre todos vos hacen excelente,
Y el pecho generoso
En esa edad florida
De vos prometen una heroica vida.

No basta, no, el imperio,
Ni traer las cervices humilladas
Presas en cautiverio
Con vencedora mano,

Ni que de las banderas ensalzadas
El cita y africano
Con medroso semblante,
Y el indo y persa sin valor se espante;
 Que quien al miedo obliga
Y rinde el corazón y desfallece
De la virtud amiga,
Y va por el camino
Do la profana multitud perece,
 Sujeto al yugo indino,
Pierde la gloria y nombre,
Pues siendo más, se hace menos hombre.

[p. 194] Los héroes famosos
Los niervos al deleite derribaron;
Que ni en los engañosos
Gustos ni en lisonjeras
Voces de las sirenas peligraron,
Antes las ondas fieras
Atravesando fueron,
Por do ningunos escapar pudieron.

 Seguid, Señor, la llama
De la virtud, que en vos sus fuerzas prueba;
Que si bien vos inflama
De su amor en el fuego,
Viendo su bella luz con fuerza nueva,
Sin admitir sosiego,
Buscaréis en el suelo
La que consigo os alzaré en el cielo.

 No os desvanezca el pecho
La soberbia ignorante y engañada,
Ni lo mostréis estrecho;
Que para aventajaros
Entre las sombras desta edad culpada
Debéis siempre esforzaros;
Que solo aquello es vuestro
Que a vos debéis y a vuestro brazo diestro.

 Aquel que libre tiene
De engaño el corazón, y sólo estima
Lo que a virtud conviene,
Y sobre cuanto precia,
El vulgo incierto su intención sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
 Sólo señor merece y rey llamarse;
 Que no son diferentes
En la terrena masa los mortales;

Pero en ser excelentes
En valor y hazañas
Se hacen unos de otros desiguales.
Estas glorias extrañas,
En los que resplandecen,
Si ellos no las esfuerzan, se entorpecen.

Por el camino cierto
De las divinas musas vais seguro,
Do el cielo os muestra abierto
El bien, a otros secreto,
Con guía tal que en el peligro obscuro
De perturbado afeto

[p. 195] Venciendo el duro asalto,
Subiréis de la gloria en lo más alto.

Y porque las tinieblas,
Fatal estorbo a la grandeza humana,
No escondan en sus nieblas
El valor admirable,
Haré que en vuestra gloria soberana
Siempre Talía hable;
Y que la bella Flora
Y los reinos la canten de la aurora.

FERNANDO DE HERRERA.

XV

A BACO

A ti, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar; a ti que blandamente
Templas la fuerza del mayor cuidado;
Ora castigues a Licurgo airado,
O a Penteo en tus aras insolente,
Ora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado;
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona,
Ven fácil, ven humano al canto mío;
Que si no desmerece el sacro aliento,
Mi voz penetrará la opuesta zona,
Y al Tibre envidiará el Hispalio río.

JUAN DE ARGUIJO.

XVI

DEL TIEMPO

A FERNANDO DE SAAVEDRA

Mira con cuánta prisa se desvía
De nosotros el sol, al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve día,
[p. 196] Antes que en tenebrosa noche fría
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del destino
Vagues errando por incierta vía.
Hágante ajenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte ejemplo percibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda
Sólo el dolor de haberlo mal perdido.

JUAN DE ARGUIJO.

XVII

Aunque pisaras, Laida, la sedienta
Arena que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el aquilón me ofende,
Y del hielo y rigor la lluvia lenta.
Oye con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardín se extiende,
Y que apena aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.
Pon la soberbia, ¡oh Laida! y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa;
Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
Ni de Bóreas la saña impetuosa.

FRANCISCO DE RIOJA.

XVIII

AL VERANO

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde, se fueron,
Y su vez agradable permitieron

Al céfiro florido.
Ya el verano risueño
[p. 197] Nos descubre su frente,
De rosas y de púrpura ceñido.
Remite el aire el desabrido ceño,
Y el sol libra sus rayos
De las nubes oscuras.
Y con luces más vivas y más puras
Regalando la nieve
Al blando pie de los parados ríos,
Las prisiones de hielo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.
Viste de yerba el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudara el cierzo cano;
En la copia de flores que aparece
Por los troncos desnudos,
Que rara y breve hoja cubre apenas,
Esperanzas ofrece
Del rústico al sudor, premio mal cierto,
Bien que sabroso engaño
De los frutos que espera
En el copioso ramo y en la era.
La pesadumbre líquida no crece
Con el sudor de los oscuros vientos,
Que ásperos la levantan y remueven
De sus hondos asientos;
Mas antes ya serena y clara gime
Con el peso de máquinas aladas,
Que su tranquila y lisa frente oprime.
Filomena con voces acordadas
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas
Y en los prados amenos.
¡Oh, cómo es el verano
Tiempo el más genial y más humano
Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡Oh cuál número y cuánto trae de flores!
¡Oh cuál admiración en sus colores!
De la imagen de Amor, ardiente rosa,
Las encendidas alas,
Que fueron ya de sus espinas galas,
Con el color, con el olor divino
Son lustre y ornamento al blanco lino,
Do al gusto se ministra coronando
La mesa regalada

Y fruta sazónada
Con el puro rocío blanqueando.
[p. 198] Pues ¡cuál parece el búcaro sangriento
De flores esparcido,
Y el cristal veneciano,
A quien la agua, de helada,
La tersa frente le dejó empañada!
¿A cuál vaga lazada de oro crespo,
A cuál púrpura y nieve
Por do las gracias y el Amor se mueve.
No aumentó hermosura peregrina
Alguna flor divina?
¡Oh florido verano!
Si a mi afecto se debe,
Camina a lento paso,
Deja el volar, deja el volar ligero
Para tiempo más triste y más severo.
Tú, cándido y suave y blando expira,
Y tardo te retira;
Pero sordo y difícil a mi ruego,
Veloz pasas volando,
Al humano linaje amonestando,
Viendo las rosas que su aliento cría
Cómo nacen y mueren en un día;
Que las humanas cosas,
Cuanto con más belleza resplandecen,
Más presto desvanecen.
¿Y tú la edad no miras de las rosas?
Arde, Fonseca, en el divino fuego
Que dulcemente engaña tu cuidado;
Toma ejemplo del tiempo, que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dejes pasar en ocio un punto;
Que tan excelsa llama
A nueva gloria y resplandor te llama.
¿Y sabes si a este día claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro,
O si del bello incendio que te apura
Ha de lucir eterna la hermosura?

FRANCISCO DE RIOJA.

XIX

A LA TRANQUILIDAD

Ocio a los dioses pide

Pálido, con helada voz e incierta,
El que en mal firme nave
Áspero mira el campo del Egeo,
[p. 199] Y aquel que apenas con el peso grave
De las armas respira
Cuando el metal horrendo, envuelto en humo,
Hierro o plomo despide,
Y el que entre el fuego y el furor no acierta
A hacer en el ocio de sí empleo,
Lo huelga frecuentar con el deseo.
Yo pues ¡cuánto me engaño si presumo
Entre el polvo que vuelto en llama expira
El hueco bronce, o entre turbias olas,
Ocio hallar en frágil leño! ¡Oh Mario,
No venal por la púrpura ni el oro!
En vano me aconsejas que surquemos
Mares que en breve airados temeremos.
Mas doy que vuelen nuestras naves solas,
No con alas de lino, el ponto vario,
Y que lleguen al puerto, y las arenas
Ya pisemos de playas peregrinas;
Y doy que luego las profundas minas,
No como siempre avaras, el tesoro
Nos ofrezcan que esconden en sus venas
Por los montes de oro levantados;
¡Ay! que no libra el oro y la grandeza
De alborotos la mente,
Ni la región con otro sol caliente.
Daste al agua atrevido y su aspereza,
Y huyes esta patria, este elemento
Que primero expiraste
Y en quien primeras lágrimas vertiste.
No huyas; que aunque huyas al abismo,
No podrás de ti mismo,
Y todos los pesares
Que en la tierra tuviste
También te han de seguir por altos mares.
No dejes por un pino el firme asiento,
Donde más de una vez el ocio hallaste.
¿Sabes que los cuidados voladores
Suben ligeros más que airado viento
A las naves mayores?
Sábeslo, y la codicia
Tu alta razón pervierte.
Mira que la avaricia
A nadie quita la debida muerte

O le aumenta al vivir un solo día.
Yo, aunque más obstinado me aconsejes,
No he de huir de mi nativo suelo,
[p. 200] Y aunque de mí te alejes,
Como dices, a más benigno cielo;
Que es lo que más de ti sentir podría;
Que va en segura paz y en descuidado
Ocio alegre, desprecio
El diverso sentir de vulgo necio,
Sin esperanza alguna
De más blanda fortuna;
Y aguardo sosegado el día postrero,
Que verá poco alegre mi heredero.

FRANCISCO DE RIOJA.

XX

A LA CONSTANCIA

A FRANCISCO PACHECO

¿Ves cómo las riberas permanecen
Firmes, Pacheco, al Ponto embravecido,
Que aunque al horrendo golpe se estremecen
Con el temor quizá del gran ruido,
Después de roto un mar con igual frente,
Animosas aguardan el siguiente?
Tal juzga mi firmeza,
Aunque cambio semblante
A los golpes del vulgo enfurecido;
Que el ánimo constante
No ostenta su grandeza
En negar a los males sentimiento,
Mas sólo en no abatirse a su aspereza.
Ármense ciento a ciento
Los que muerden con rabia envidiosa,
Y furiosos en mí su fuerza prueben;
Que en lo adverso constancia se acredita
¡Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes ánimos más deben
A la acerba ocasión que a la dichosa,
Porque en el daño su valor se aumenta,
Como el estéril campo, que acrecienta
Su virtud abrasado
En incendio sonante y dilatado;

Su vicio se destierra,
[p. 201] Y la copia de frutos producida
Debe más a la llama que a la tierra.
¡Oh, cuánto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!
¡Siempre igual, cuando nace y cuando muere,
Yace en alto silencio sepultado!
¡Y cuánto aquel dichoso
Que la común envidia mereciere,
Pues que vive envidiado, no envidioso,
De cuanto bien reparte la fortuna
Debajo el arco de la blanca luna!
Presente la virtud no resplandece
Como debe, con honra no manchada,
Antes es perseguida y denostada;
Mas descúbrese ausente, y aparece
El puro lustre suyo,
Y entonces aun del contrario es deseada.
Con este fundamento nunca huyo
Mientras vivo, Pacheco, peregrino,
Del enemigo el diente más agudo,
Ni formo queja alguna
Del más amigo en mi alabanza mudo;
Que en el último día
Comenzará a vivir la gloria mía.
Tú pues que en la pintura con destreza
A la naturaleza
Ya vences y ya igualas,
No temas de enemiga
Pluma o de acerba lengua lo que diga;
Que tu nombre divino
El tiempo llevará sobre sus alas,
Y por tu ingenio y arte
Dirá del orbe en la escondida parte,
Nunca en tus alabanzas importuno,
Que antes te envidia que te imita alguno.

FRANCISCO DE RIOJA.

XXI

A LA RIQUEZA

¡Oh mal seguro bien, oh cuidadosa
Riqueza, y cómo a sombra de alegría
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance y se desvía

[p. 202] Del pobre estado y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano,
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
Cuando el metal precioso coja a mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el día.
No sin causa los dioses te escondieron
En las entrañas de la tierra dura;
Mas ¿qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbo la paz segura
Con que en la antigua selva florecieron
El abeto y el pino,
Y trájolos al puerto,
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al aire claro
Hija de la avaricia,
A hacer a los hombres cruda guerra,
Saliste tú, y perdióse
La piedad, que no habita en pecho avaro
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo a los mortales,
Que aun cuando nos pagamos a la muerte,
No cesan nuestros males,
Pues el cadáver que acompaña el oro
O el costoso vestido,
Sólo por opulento es perseguido;
Y el último descanso y el reposo
Que tuviera en pobreza le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡A cuántos armó el oro de crueza,
Y a cuántos ha dejado
En el último trance o dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por ti, y vese manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al menos animoso,
Para que te posea
Das, riqueza, ardimiento licencioso
Ninguno hay que se vea
Por ti tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,

[p. 203] Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cánsome en vano, decir puedo;
Que si sombras de bien en ti se vieran,
Los inmortales dioses te tuvieran.

FRANCISCO DE RIOJA.

XXII

A LA CONSTANCIA

Caro Constancio, a cuya sacra frente
Las hojas del Peneo
Promete en galardón el dios Timbreo,
Por ser la clara espuma de su fuente,
Préstale oído atento
Al son confuso de mi sordo acento;
Que aunque suene mi voz baja y confusa,
No es de tan poca estima
Que no humillare la soberbia cima
Del sacro Pindo, al conocer mi musa
Con sus tiernas querellas
Del aire y cielo las regiones bellas.
Y ya se vió colgar de un verde lauro
Su bien templada lira
Quien por Dafne cruel gime y suspira;
Mientras que a orillas del sagrado Dauro
Sonaba mi instrumento,
Y darle grato oído estando atento.
Y ya se vió también vibrar la lanza
El brazo sacudiendo
Y el escudo fogoso Marte horrendo,
Vestido de diamante y de venganza;
Mas mi canto, aunque rudo,
Le hizo suspender lanza y escudo.
Y entre las sombras que la muerte viste
De amarillez y espanto,
Hubo atención a mi acordado canto;
Y porque el cancerbero horrendo y triste
Su dulzura no dome,
Plutón se enterneció y el canto oyóme.
Que el verso fácil, terso y numeroso,
Los dioses celestiales
Aplaca, y a los dioses infernales;
Porque la concordancia es son glorioso,
[p. 204] Tanto que su enemigo
De sí mismo no puede ser amigo.

Mucho puede, señor y mucho vale
Cualquiera estilo terso
De un sabio, sonoro y alto verso
Que de un sabio y divino pecho sale,
Tal cual es ése vuestro,
A Febo espanto, gloria al siglo nuestro.

Vese este tal entre salobres ondas
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan
En muerte envueltas las arenas hondas;
Mas sacando su aliento,
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.

Vese este tal donde el furioso escita
Entre escarchada nieve
Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ante él, aunque más su furia incita,
Más seguro y constante
Que ante el ladrón desnudo caminante.

Y si por caso de su patrio muro
El contrario avasalla
La libertad a fuerza de batalla,
Entre el despojo como está seguro,
Burla del enemigo
Porque sus bienes llevará consigo.

Dichoso el tal, dichoso, pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de cualquier roble o cualquier pino,
Sin que fuerza o envidia se lo vede:
Pues nunca a su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.

Sale hermosa del rosado Oriente
La aljofarada aurora
Que el cielo de oro y bermellón colora;
Y sale al caer el sol en occidente
La noche de su gruta,
Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enluta.

Viene el verano y de pintadas flores
Y verdes esmeraldas
Borda del campo las tendidas faldas,
Y tras él de humedad, frío y temblores
Luego el invierno marcha,
Que hojas bate, flor quema, campo escarcha.

Arenas de oro entre cristal luciente
Mezclando el claro río,

[p. 205] Va a descansar al mar su fuerza y brío:
Pero no siempre lleva una corriente

Por una misma tierra,
Que ya lo impide un valle, ya una sierra.

No siempre el justo cielo favorece
Los intentos humanos,
Porque penetra bien que son livianos,
Y que cualquier favor los desvanece;
Y por ello fortuna
Imita en sus mudanzas a la luna.

¡Qué de veces se vió en noche serena
Lleno el rostro hermoso
De blanca plata y resplandor lustroso,
Llenos los cuernos de la luna llena
Y despedir centellas
Claros y rutilantes las estrellas!

Y ¡qué de veces en un punto luego
Se vió triste y nublada,
Botos los cuernos, y la luz menguada,
Amarilla su plata, muerto el fuego,
Y las centellas muertas,
Y las estrellas de humedad cubiertas!

Sécase el río, el manso mar se altera,
Eclípsase la luna,
Trúecase el tiempo, múdase fortuna,
Pasa el día, y la noche se aligera,
Y todo nos molesta:

¡Oh santo cielo! ¿qué mudanza es ésta?

Sólo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras columnas de diamante:
Mas, ¿quién será este sabio?
Que en su alabanza moveré mi labio.

¡Oh! ¡Salve! le diré, tú que seguro
De las injurias largas
Del tiempo, tan mudables como amargas,
Burlas dellas y dél, firme cual muro:
Tus pies humilde beso,
Pues para tanto te ha bastado el seso.

Tú sólo ves el cauteloso pecho
Del hombre fermentado,
Que el cuerno agudo en heno trae escondido,
Y que sólo procura su provecho,
Y en apariencia humana
Cubre el intento cruel de tigre hircana.

[p. 206] Tú sólo ves con gloria de tu nombre,
Aunque fortuna rueda,

Que el mayor mal que al hombre le sucede
No es de las fieras, no, sino de otro hombre,
Que la fiera se amansa,
Y el hombre en daño de otro no descansa.

Arman al fiero león las garras gruesas,
Cuerno al toro furioso,
Ligereza a la onza, fuerza al oso,
Uñas y pico al grifo, al lebrel presas,
Y al mortífero seno
De la sierpe cruel mortal veneno.

Mas al hombre, por ser más cruel y fiero
Que onza y león furioso,
Que sierpe, toro, grifo, lebrel, oso,
Naturaleza le arma en ser ligero,
Veneno, cuerno, presas,
Fuerzas, uñas y pico, y garras gruesas.

Mas, ¿qué divino espíritu me inflama
Que a mi llano lenguaje
De trágico le adorna y alto traje,
Y de la humilde tierra lo encarama
A la cumbre sagrada,
De virginales plantas paseada?

Mejor será, señor, que nos burlemos
De ver las pretensiones
Que encierran los humanos corazones
Siguiendo sus mortíferos extremos:
Y en amistad constante
Enlazados pasar de aquí adelante.

Y en vos como laurel verde y sagrado,
Después que he dado al viento
La ronca voz, suspendo mi instrumento
Que ha sido tan oído y celebrado
Y por vos ha podido
De la muerte triunfar, tiempo y olvido.

Y oiréis al descolgarlo mil hazañas
Que gentes españolas,
Del mar surcando las bramantes olas,
Hicieron en regiones tan extrañas,
Que si Febo no miente,
Darán espanto al Sur, miedo al Oriente.

AGUSTÍN DE TEJADA PÁEZ

A LA ESPERANZA

Alivia sus fatigas
El labrador cansado
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del agosto abrasado
Y en los lagares ricos del octubre;
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El joven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro,
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía,
Y a dos tablas delgadas,
El otro, que del oro está sediento.
Escóndesele el día,
Y las olas hinchadas
Suben a combatir el firmamento;
Él quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto;
Sufre el cierzo inclemente
La nieve endurecida,
Y tiene de su afán por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza,
El invierno entretiene
La opinión del verano,

[p. 208] Y un tiempo sirve al otro de templanza:
El bien de la esperanza
Sólo quedó en el suelo,

Cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y, ¿del fin natural, Flérida, huyes?
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar a los cuidados?
Amor, en diferentes
Géneros dividido,
Él publica su fin, y quien le admite.
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Niéguelo o disimúlelo), permite.
Limite pues, limite
La vana resistencia;
Que, dada la ocasión, todo es licencia.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

XXIV

Antes que llegues con tus años, Lida,
A la vejez cansada,
¡Ay! no le ofrezcas al desdén posada,
Que es basilisco del que más le anida;
Sino mucho amorosa
Labra en mi celo, cogerás tu rosa.
La purpurada Venus, y el hijuelo,
Que siempre la acompaña
O salen en Abril a la campaña,
O de el Mayo en la flor pisan el suelo,
Ya con alegres danzas
Brindando a tu verdor con mil mudanzas.
No pienses que al Otoño, cuando apenas
El campo se asegura,
Visitan de los bosques la espesura,
Ni las montañas otro tiempo amenas:
Que entonces, dulce Lida,
La más lozana más está encogida.
[p. 209] Tú esperas de la Cínara el empleo,
Que se arrugó doncella:
Cínara digo, la que un tiempo bella
Veneno al alma fué, taza al deseo.
Mas ¡ay! que ya su queja

Llora el pasado error, al verse vieja.
Yo la vi un tiempo coronar la frente
De resplandor dorado,
Y entre las brasas del carmín rosado
Vibrar la juventud su llama ardiente,
Que pudiera en los bronce
Cuajar cenizas su viveza entoces.
¡Cuán bella estaba al extender el paso!
¡Con cuánto señorío
Del tierno joven cautivaba el brío!
Mas adornóse de desdén escaso,
Que imitaba sin arte
De Amor el plomo, el mármol de Anajarte.
Pero ya arrepentida, y más corrida
De lo que su edad pide,
Mis verdes años con sus canas mide,
Y al no torcellos llora arrepentida:
Que la que vieja adora
Con más ventajas se enternece y llora.
Por cuanto no querrás verte a deshora
Cautiva de estos daños,
Después que a un tiempo los purpúreos años
Hayan volado con la blanca aurora,
Y entre fuego, y ceniza
Haga el amor en tu vejez la riza,
Deja por dios, y por tus ojos deja
De ser menos esquivada:
Y en tanto que la edad briosa priva,
Halle cabida en tu elección mi queja:
Que la Venus temprana
Ni el alma afrenta, ni el honor profana.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

XXV

Aunque enseñada al bárbaro ruido
Del Tanais extranjero,
Y aunque tuvieras un crüel marido
Como el áspid severo,
Cuyo semblante duro
Te amenazara con rigor futuro:
[p. 210] ¡Oh Lida hermosa! ¡oh dulce mi enemiga!
Con más piedad debiera
Ser amparada mi mortal fatiga:
Con más piedad; pues era
Primicia en mis enojos,

Y la ocasión primera de tus ojos.

Al respetado mármol de tu puerta
Me ve la blanca aurora,
Cuando temprana por mi mal despierta,
Y enternecida llora
De ver que en un rendido
Corte la espada de tu triste olvido.

Madruga el sol, y llega al mediodía,
Y yo siempre al helado
Umbral estoy, parado en mi agonía,
Tan firme en mi cuidado,
Que si me asalta el sueño,
Lo han de saber las puertas de mi dueño.

No pienses ya que el ábrego que suena,
Ni el agua que murmura,
Me podrán redimir de tanta pena;
Si ya la muerte dura,
Piadosa a mis querellas,
No me arrebatara de tus luces bellas.

Ni que tampoco el perezoso frío
De la noche encogida,
Débil al viento, cándido al rocío,
Me traiga a nueva vida,
O con libre escarmiento
Se atreva a reducir mi pensamiento.

Que primero los duros escuadrones
De César no vencido
Adorarán los bárbaros pendones,
Y al Persa inadvertido
Rendirán su denuedo,
O al engañoso retirar del Medo.

Primero entre los ásperos bajíos
Del piélago africano
Enjutos se verán los ojos míos,
Cuando de espuma cano,
A gúmenas y entenas
Guerras pregone con cristal y arenas.

Amo, venero, estimo tus enojos,
Porque es fuerza que sea
Tanto desdén pariente de tus ojos,
Y también porque vea

[p. 211] Amor, que hay corazones
Que estiman con razón sus sinrazones.

Muévate pues, ¡oh dulce mi señora!
Ver que en mis dos mejillas
La triste palidez de gualda mora,

Debiendo reducillas
A colorada rosa
Con los rubíes de tu boca hermosa.
 Muévate ver un miserable amante,
Sujeto a la aspereza
Del Aquilón, y Céfiro sonante:
Muévate mi firmeza,
Pues será sostenida
Mientras durare la firmeza en Lida.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

XXVI

SÁFICOS

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
 Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y a mi ninfa dile,
 Dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba;
Quísome un tiempo, más agora temo,
 Temo sus iras.
Así los dioses, con amor paterno,
Así los cielos, con amor benigno,
Nieguen al tiempo que feliz volares,
 Nieve a la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amanece la elevada cumbre, [\[1\]](#)
Toque tus hombros, ni su mal granizo
 Hiera tus alas.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

[p. 212] XXVII

QUIETUD DEL ÁNIMO

Doy que dejes las Indias saqueadas,
Y empobrecido a ocaso, y al oriente
Desentrañado con avara mano,

Y con duro cerrojo inobediente
En tu sótano encierres apiladas
Las arcas con el oro mejicano:
Procurarás hallar descanso en vano;
Descanso, el bien más grande de esta vida,
Que no basta a comprarle el gran tesoro,
Que al persa, al turco y moro
Rinden el Asia y África oprimida:
Ni el reluciente mármol granadino,
Ni de cedro las vigas olorosas,
Que estriban en cornisas estucadas,
Ni el jaspe de Liguria en animadas
Estatuas, de la vida no dudosas,
Ni las ricas molduras de oro fino,
Ni el pincel del Protógenes de Urbino,
Ni poseído el mundo todo entero
Bastan a dar descanso verdadero.

Mas solamente la conciencia pura,
Ilustre Gamoneda, al varón justo
Le da invencibles fuerzas, inocentes:
Ni teme al enemigo más robusto,
Ni le amedrenta la fiereza dura
De los tigres, leones y serpientes:
En vano los carcajes insolentes,
Pesados con los dardos africanos,
Se aprestan contra él, ni la encendida
Pelota despedida
De los cañones turcos, o britanos.

Esta es seguridad, y este apacible
Descanso verdadero, poco hallado,
Esta es vida feliz, y ésta es gustosa
Fortuna abundantísima y dichosa,
Mejor que la de aquel siglo dorado:
En nuestra mano está, y es conseguible
Arribar de la dicha a lo posible,
No con desvelo hidrópico avariento;
Mas con desinterés y entendimiento.

Canción, si quien te viere se espantare
De la estoica doctrina en ti cantada,
[p. 213] Impropia de mis años juveniles;
Responde que tierra hay que en los abriles
Da también flor y fruta sazónada,
Sin que por no ser tiempo se repare;
Antes merece quien adelantare
Los frutos a la flor, cuerdo y astuto;
Y en especialidad, si es bueno el fruto.

XXVIII

DE MIS DESEOS

¿Qué te pide el poeta?
Di, Apolo, ¿qué te pide,
Cuando derrama el vaso,
Cuando el himno repite?
No que le des riquezas,
Que necios le codicien,
Ni puestos encumbrados,
Que mil cuidados siguen.
No grandes posesiones,
Que abracen con sus lindes
Las fértiles dehesas
Que el Guadiana ciñe;
Ni menos de la India
La concha y los marfiles,
Preciadas esmeraldas,
Lumbrosos amatistes.
Goce, goce en buen hora,
Sin que yo se lo envidie,
El rico sus tesoros,
Sus glorias el felice,
Y el mercader avaro,
Que entre escollos y sirtes
De oro vaga sediento,
Cuando la playa pise,
Con perfumados vinos
A sus amigos brinde
En la esmaltada copa
Que su opulencia indique;
Que yo, en mi pobre estado,
Y en mi llaneza humilde,
[p. 214] Con poco estoy contento,
Pues con poco se vive.
Y así te ruego sólo
Que en quietud apacible
Inocentes y ledos
Mis años se deslicen;
Sin que a ninguno tema,
Ni ajeno bien suspire,
Ni la vejez cansada

De mi lira me prive.

JUAN MENÉNDEZ VALDÉS

XXIX

A NÍSIDA

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren a su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando joven reías,
Ves que no vuelven, y en amar porfías?
Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada
Melena de oro undoso:
Todo la edad se lo llevó envidiosa.
¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver a tus pies un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras o desprecias arrogante?
En vano es el adorno
Artificial, y la oriental riqueza
Que repartida en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.
No digas indignada
Que es indomable corazón el mío
Do amor no hizo morada,
Si a tus halagos frío
Del ruego que me cansa me desvío.
Que Cupidillo ciego,
Hijo de Venus, fiero me encadena:
[p. 215] Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.
Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magón abierto a España.
Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante en ellas
A la que firme adoro
Dulcísimas querellas,

Su espíritu gentil, sus formas bellas.
¡Qué amable, si el oído
Presta suspensa a mi pasión doliente!
¡O el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!
¡Ay! si benigna un día
(Tú lo puedes hacer, madre de amores),
Cede la ninfa mía
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

XXX

A LOS COLEGIALES DE SAN CLEMENTE DE BOLONIA

¿Por qué con falsa risa
Me preguntáis, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿Y en la duda indecisa,
Citáis para testigos
Los que huyeron aprisa,
Crespos cabellos, que en mi frente vi?
Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afán cedieron
Que el estadio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo amor,
[p. 216] ¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, o debilite el pie?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?
Pues si el ardiente brío,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz, existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y río,
Soy joven fuerte, como joven fuí.

Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso a la virtud mi corazón;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templá la razón.
Tal vez Febo me envía
Entusiasmo divino,
Que a la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades, que cría
El Reno humilde, salen a escuchar.
Seguidme, y al umbroso
Bosque mansión de Flora,
Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.
Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?
Yo con éstos unido
presentaré mis dones,
Cuando postradas ante el ara estén,
[p. 217] Del certero Cupido
Sintieron los arpones...
¡Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió también.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

XXXI

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA

Eu nunca consenti que minha lyra
Fose lyra de côrtes:
A verdade, a so única verdade
Soube inspirarme o canto.

Como una casta ruborosa virgen
 Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
 Pulsando de su harpa solitaria,
 Suelta la voz del canto.

Lejos (profanas gentes) No su acento
 Del placer muelle corruptor del alma
 En ritmo cadencioso hará suave
 La funesta ponzoña.

Lejos ¡esclavos! lejos: no sus gracias
 Cual vuestro honor tráfico y se venden;
 No sangri-salpicados techos de oro
 Resonarán sus versos.

En pobre independencia, ni las iras
 De los verdugos del pensar la espantan
 De sierva a fuer; ni, meretriz impura,
 Vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,
 Galas desecha que maldad cobijan:
 Las cumbres vaga en desnudez honesta;
 Mas ¡guay de quien la ultraje!

Sobre sus cantos la expresión del alma
 Vuela sin arte: números sonoros
 Desdeña y rima acorde; son sus versos
 Cual su espíritu libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
 Cual la espada del bueno: y nunca, nunca
 Tu noble faz con el rubor de oprobio
 Cubrirán, madre España,

[p. 218] Cual del cisne de Ofanto los cantares
 A la Reina del mundo avergonzaron,
 De su opresor con el infame elogio
 Sus cuitas acreciendo.

¡Hijo cruel! ¡cantor ingrato! El Cielo
 Le dió una lira mágica y el arte
 De arrebatarse a su placer las almas
 Y arder los corazones;

Le dió a los héroes celebrar mortales
 Y a las deidades del Olimpo... El eco
 Del Capitolio altivo aun los nombres
 Que él despertó, tornaba

Del rompedor de pactos inhonestos
 Régulo, de Camilo, del gran Paulo
 De su alma heroica pródigo, y la muerte
 De Catón generosa.

Mas cuando en el silencio de la noche
Sobre lesbianas cuerdas ensayaba,
En nuevo son, del triumviro inhumano
 La envilecida loa;
Se oyó, se oyó (me lo revela el Genio),
Tremenda voz de sombra invindicada
Que «Maldito, gritó, maldito seas,
 ¡Desertor de Filipos!
Tan blando acento y a la par tan torpe
Tuyo había de ser, que el noble hierro
De la patria, en sus últimos instantes,
 Lanzando feamente,
¡Deshonor! a tus pies, hijo de esclavo,
Confiaste la salud: ¡maldito seas!»
Y la terrible maldición las ondas
 Del Tíber murmuraban.

MANUEL DE CABANYES.

XXXII

A MARCIO

Aetas parentum, peior avis tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosorem.

HORAT.

Por la angosta senda de Garraf riscoso
Corcel desbocado dirigir sin riendas,
O por las furentes olas del Egeo
 Barquilla regir,
[p. 219] Más fácil te fuera que por rectas vías
Conducir, ¡oh Marcio! la mísera patria
A la bienandanza que tu mente sueña
 En noble ilusión.
¿Qué prestan tus leyes? ¿qué prestan, si al crimen,
Rompido el precepto que inspira Natura
Y consagra el Numen, el hijo de Iberia
 Despéñase audaz?
Y befa y ultrajes prodigando al justo,
Enhiesta la frente va el Vicio asqueroso,
La pálida frente que el velo desdeña
 Del muerto Pudor:
Doquiera rencores, molície doquiera,
Y sed de rapiña descarada y torpe,

Y un tráfico horrible de cuanto más sacro

El mundo adoró...

¡Oh tiempos felices aquellos antiguos

Que bárbaros llaman noveles doctores!

Hipócritas hace, corazones duros

La hodierna luz.

Al menos entonces del honor la palma

De un Barón idiota cercaba el almete,

Y un hidalgo acero sostener podía

Un franco mentís.

No itálicas solfas, no gálicas danzas

Supieron, mas libre de afectos villanos,

So la férrea cota, corazón sin tacha

Sintieron latir.

¡Costumbres sin arte; ¡severas costumbres

De nuestros abuelos! ¿dó estáis? ¡que a la cima

De la gloria alzasteis poderoso y bello

De España el blasón!

Finieron los héroes: de madres impuras

El impuro seno progenie bastarda

Tan sólo concibe, bastarda progenie

Cobarde y falaz.

¡Eh! mienten aquestos: son prole de vicios,

No prole de aquellos preclaros varones

Que en lucha continua blandiendo la lanza,

Cansando el trotón,

Lanzaron al Árabe al desierto antiguo,

Y la Cruz bermeja con mano robusta

Sobre el eclipsado menguante erigieron

Del vencido Islam.

Y en las patrias Cortes el bien de los pueblos

Trataban sesudos, o a las demasías

[p. 220] De reyes aviesos oponían firmes

Prudencia y valor.

Bien fuiste tú entonces, ¡oh Burgos! testigo

De noble constancia, cuando de Castilla

En santa Gadea juntados los Grandes

Ante el nuevo Rey,

Se alzó un Caballero: varonil talante,

Majestad y gracias dicen que es Rodrigo,

Aquel que en buen hora naciera, al que llaman

El Cid Campeador.

«Ni fe ni homenaje, señor rey Alfonso,

Prestaros no quiere quien de leal blasona,

Si a lo que os pregunte, con solemne jura

Vos no respondéis.

¿En la muerte aleve del buen rey Don Sancho,
Que en gloria se goce, vos, Rey, no tuvisteis
Nada que culparos?—No.—¿Della no os plugo?

¿La esperasteis?—No.

—Hayáis mala muerte, si a la verdad santa
Faltareis, Alfonso: vuestro cuerpo engorde
Carnívoras aves, y sea vuestra alma

Presa de Luzbel.

—Amen», el Monarca tres veces repite,
Mas la saña esconde que pronto, ¡oh Jimena!
Por el caro ausente lágrimas cual viuda

Te hará derramar

MANUEL DE CABANYES.

XXXIII

EL ESTIO

Cuncta terrarum subacta.

Praeter atrocem animum Catonis.

HORAT.

Gala y beldad y juventud y copia
De frutos varios ufanosa ostenta
Natura; y hombres, brutos,
Inanimados troncos,
Rudos peñascos y ligeras auras
De la gran madre la fecundia sienten.
Desde el alto cenit, el que en su seno
Derramara calor vivificante,
[p. 221] Monarca de los días
Se huelga en contemplarla;
Y los bridones férvidos reprime,
Que el carro arrastran en tardío curso.
¡Astro mayor del firmamento, salve,
Desparcidor de tempestades, fuente
De luz, amor del mundo!
Sobre los cerros patrios
Hijo yo del ardiente mediodía
Vengo a adorarte ¡oh Sol! y en ti me gozo.
¡Divinidad! ¿De esos ardientes rayos
Inspiradores de entusiasmo y vida,
Por qué al poder inmenso
Las testas de los héroes
Lozanas otra vez no resucitan,
Como el fresco botón de la azucena?

Y las que yacen en silencio antiguo
Ciudades de alto nombre entre rüinas,
 ¿Por qué otra vez sus torres
 Y gigantes murallas,
Cual de hojas nuevas pirenaico abeto,
De activa muchedumbre no coronan?
¡Ay! ¡qué es el sueño de la muerte el suyo!
Y lo duermen los hijos de la Fama,
 Y Babel y Palmira,
 Y contigo ¡oh Cartago!
Que el Beduino galopando insulta,
Tu funesta rival también lo duerme.
A esclavitud, asolación y muerte,
¡Oh Roma! condenada desde el punto
 Que la virtud antigua
 Y severas costumbres
Mofando, el oro y fútiles arreos
Cual sierva persiana apeteceste.
Hacia ti con deseos criminales
La su vista de águila volviera
 Entonces de las Galias
 El domador, cual mira
Hambriento azor de la región del éter
La que va a devorar tímida garza.
¡Astro del Orión! hermoso brillas
En las noches de otoño; mas tu lumbre,
 Nuncia de tempestades,
 Llena de luto el alma
Del labrador, que en torno el duro lecho
Enjambre ve de nudos parvulillos
[p. 222] Mensajera de mal la estrella Julia
Así de Italia apareció en el cielo,
 Cuando el falaz caudillo,
 Su corazón de piedra
Cerrando de la patria al triste ruego,
El prohibido Rubicón salvaba.
¡¡¡Consternación!!! Desatentada inunda
La itala gente la ciudad eterna;
 Los padres la abandonan,
 Y el héroe en quien su amparo
Creyó encontrar. «—¡Huyamos!... Do los libres,
Allí Roma estará y allí la patria.»
Mas ¡ay de mí! ¡¡Los libres han caído!!
Cual rápido huracán impetuoso,
 Desde tu amena margen,
 Oh Segre, a las comarcas

Tésalas vuela el dictador impío
Y victoria fatal sigue sus huellas.
Entonces fué que la indomada frente
Con la corona universal ceñida
 Roma humillara al yugo:
 Lo vió vengada Grecia,
Y un grito alzó de júbilo, que el eco
Repitió de Numancia en las rüinas.
Fué entonces que gloriosa muerte huyendo,
Muerte halló infame el adalid vencido;
 Y ¡oh baldón! imploraron
 Un perdón de ignominia
Los viles campeones de la patria;
Y esclavo prosternóse el orbe todo:
Mas no Catón; que de la infausta lucha
Un noble hierro conservara el héroe,
 Y pensó «aun soy libre»;
 Y contempló sin grima
A las úticas torres avanzarse
Del parricida Capitán la hueste.
Ni un solo acento pronunció: brumaban
Ideas de dolor su alma sublime.
 La raza de Quirino
 Vió envilecida; vióla
De romper incapaz el nuevo yugo
Y el alto espíritu recobrar antiguo:
Y a su destino obedeció... Y en balde
Pensó el Liberticida entre la turba
 Verle de sus esclavos.
 En balde; que al impío,
[p. 223] Soberano poder da acaso el Numen,
Pero el imperio de las almas nunca.

MANUEL DE CABANYES.

XXXIV

A LA MEMORIA

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda,
Diste la vida a Clío en la colina
Que eterna fuente inunda:
 Si ya algún día te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apeles te elevara
En el jardín Albano,

Báñame, ¡oh diosa! en tu esplendor risueño,
Que abrasa y no devora,
Y rico de tu don, mire con ceño
Cuanto Crespo atesora.

Tú, diosa, de purísimos placeres,
Aurora eres divina,
Tú en las desgracias y tristezas eres
Celeste medicina.

Por ti se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Ve durar su victoria.

Por ti el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.

Por ti a los campos vuelo de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y a par de la quadriga voladora
Por cielo y tierra giro.

Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendradas las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.

Tú, a los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.

[p. 224] Allá tu gloria, Salamina, veo;
Tu campo allá se ufana
¡Oh Maratón! con el feliz trofeo
De la fuerza persiana.

Ya escucho al vencedor de Trasimena
Y a ti por quien Cartago
Vió trasladar a la africana arena
De Canas el estrago.

Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aun habláis, y al oídos,
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.

Haz que mi nombre, al número glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Burle el innoble olvido,

Y brille ¡oh diosa! en tu marmóreo templo,
Donde mi Elisio brilla;

Elisio, a todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.
¡Ah! Si por dicha en la ribera ardiente
Yo del Níger me viera,
Sonar tu nombre, Elisio, eternamente
Sobre mi lira hiciera.

Y allí fuera feliz; que si temores
Siempre al inicuo oprimen,
Sabes, diosa, colmar con tus favores
A un corazón sin crimen.

MANUEL MARÍA DE ARJONA.

XXXV

LA DIOSA DEL BOSQUE

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algún día de inmortal dulzura
Este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza;
[p. 225] Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.
Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento
Que ¡oh Piritöo! condenó tu intento,
Y tu intento Ixïon.
Lejos de mí sacrílega osadía;
Bástame que con plácido semblante
Aceptes, diosa, en tus altares, pía,
Mi ardiente adoración.
Mi adoración, y el cántico de gloria
Que de mí el Pindo atónito ya espera;
Baja tú a oírme de la sacra esfera,
¡Oh radiante deidad!
Y tu mirar más nítido y suave
He de cantar que fúlgido lucero,
Y el limpio encanto que infundirnos sabe
Tu dulce majestad.
De pureza jactándose natura,
Te ha formado el cándido rocío
Que sobre el nardo al apuntar de estío
La aurora derramó;
Y excelsamente lánguida retrata

El rosicler pacífico de Mayo
Tu alma; Favonio su frescura grata
 A tu hablar trasladó.
 ¡Oh imagen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo!
Sólo en los brazos de la paz fecundo,
 ¡Sólo amable en la paz!
En vano con espléndido aparato
Finge el arte solícito grandezas;
Natura vence con sencillo ornato
 Tan altivo disfraz.
Monarcas, que los pérsicos tesoros
Ostentáis con magnífica porfía,
Copiad el brillo de un sereno día
 Sobre el azul del mar;
O copie estudio de émula hermosura
De mi deidad el mágico descuido;
Antes veremos la estrellada altura
 Los hombres escalar.
Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
Ya las alas del céfiro recibe,
Y al pecho ilustre en que tu numen vive,
 Vuela, vuela veloz.
[p. 226] Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya a sus ecos hermosura humana
 No ha de ensalzar mi voz.

MANUEL MARÍA DE ARJONA

XXXVI

A FILENO

Ya mi Fileno, desde el rubio toro
Vierte el sol joven sus calientes rayos,
Y las prisiones que forjó el invierno
 Rompe de nieve.
Sobre guijuelas resbalando corre,
Gloria del valle, ondisonante el río;
Y el nuevo césped de su humilde orilla
 Muerde suave.
Rie natura. Con sus flores ríe
Alegre el prado y el verjel lozano.
Ya la enramada su naciente sombra
 Da a los amores.

¡Cómo en las rosas jugueteón se mece,
Hijo de Mayo el cefirillo loco!
¡Cómo repite enamorada el ave
Vuelos y trinos!

Todo es contento; todo al pecho humano
Brinda delicias. El raudal sonoro,
Fragante el aire y el color estivo,
Vida del mundo,

Un dios anuncian, que benigno, amante,
Dando a los hombres el capaz sentido,
Para su dicha cuanto el sol colora
Próvido cría.

Una sonrisa de su augusta frente
Vertió en sus obras la inmortal belleza,
Y otra, fecunda del placer, los gozos
Alma produjo,
Cuando en la aurora del primero día,
Que brilló pura sobre el caos antiguo,
Su gloria excelsa alborozado el ángel
Dijo a los orbes.

¡Ah! ¿por qué el hombre, del orgullo esclavo,
Sigue una sombra de virtud fingida,
[p. 227] Rebelde al cielo, y sus hermosos dones
Fiero rehusa?

Gozar no es un crimen; que a gozar convida
Quien dió tan fácil el placer divino,
Y del deseo el aguijón sabroso
Puso en las almas.

La docta frente te ciñó Minerva
De eterna oliva, y de su lauro Clío;
¡Guirnalda estéril! del amor la anude
Mirto fecundo;
Que un solo instante de delicias vale,
Cuando halagüeña te acaricie Venus,
Más que los bronces do tu nombre helado
Guarde la fama.

Y si los cantos que en sublime lira
Al aura diste del Vandalio río;
Si Edén perdido, si el saber que doma
Bárbaros odios;
Serán eternos en la edad futura,
Y a par de Herrera y Pufendorf, te ensalzan
La musa ibera y la imparcial justicia,
Libre de olvido;

¿Por qué la vida que tendrán tus obras,
Tú mismo pierdes? ¿Disfrutarla esperas

Cuando, en la tumba, inútil gloria halague
Yerta ceniza?
Goza, Fileno; si el error austero
Templó en su nieve tus fogosos años,
Las raras canas que en tus sienes brillan,
Cubran de rosas.
Harto ya hiciste por los hombres; vive
Algún momento para ti. Dispensa
También Apolo al perezoso Octubre
Plácida llama.

ALBERTO LISTA.

XXXVII

A DALMIRO

Tú, querido Dalmiro, tú conmigo
Del Alpe fiero la nevada cumbre
Y los carpacios riscos vencerías;
Tú de la Hercinia al intrincado abrigo,
[p. 228] Que jamás conoció del sol la lumbre,
Y al golfo del lapón me seguirías;
O al piélago inclemente,
Que ciñe al libio ardiente,
O a do el Indo del alba los corales
Recibe en sus raudales.

Mas ¡ojalá que el término sereno
De mi vejez consiga en el florido
Campo que baña el Betis sosegado!
Mi triste pecho, de amargura lleno,
Olvidará las penas que ha sufrido,
Y logrará el reposo suspirado.
No sed del oro insana,
No la ambición tirana,
No del amor el venenoso fuego
Turbará mi sosiego.

Allí de un infeliz el fértil suelo
Dulce mansión será, donde el aliso
Compite al del frondoso Guadiana,
Ni es envidiado el refulgente cielo
Que retrata en sus ondas el Anfriso;
Donde se eleva de Híspalis ufana
El muro generoso,
Y el cerro do lloroso
De Itálica lamenta el peregrino

El mísero destino.

De la pálida Parca el hierro fiero
Allí termine mi enojosa vida,
Blandamente mis miembros desatando:
Tú, amigo, a mi suspiro postrimero
En tu seno daras dulce acogida,
Y el no elevado túmulo regando
De hehecho y mustias flores,
Te verán los pastores
Mis cenizas honrar, bañado en llanto,
Con el funéreo canto.

ALBERTO LISTA.

XXXVIII

A ARISTO: LA TRANQUILIDAD DE LOS ALUMNOS DE LAS MUSAS

Las Musas, caro Aristo, dulcemente
Al nacer me halagaron,
Y de mirto y de lauro refulgente
Mi cuna entrelazaron.

[p. 229] Y cuando en la apacible primavera
De mi edad vagué solo,
Junto al Betis su lira placentera
Me dió templada Apolo.

Halló mi juventud abandonada
En su clemencia asilo,
Y exento de pesares, mi morada
Fué el Helicón tranquilo.

Cuando entre mil cuidados enojosos
Se afligen los mortales,
Doy al mar y a los vientos tempestuosos
La tristeza y los males.

Seguro vivo si tu antorcha brilla,
Alma paz, a la tierra,
Y seguro si esgrime su cuchilla
La enfurecida guerra.

¿Qué a mí, si sobre el Istro caudaloso
Napoleón fulmina,
O el anglo con mil naves orgulloso
Los piélagos domina?

Tú, que en las puras aguas te complaces
Y en abundosas fuentes,
Dulce Clío, te pido que me enlaces

Las flores refulgentes;
Flores cogidas en el fresco abrigo
De tus selvas umbrosas;
Y teje de ellas a mi caro amigo
Guirnaldas olorosas.
Que sin ti nada pueden mis canciones;
Y el nombre de mi Aristo
Llevar quisiera en mis mortales sonos
De la aurora a Calisto.
Cántalo, musa, tú. La amistad tierna
Es digna de tu lira,
Y un alma dulce, que el amor gobierna
Y la virtud inspira.

ALBERTO LISTA.

XXXIX

A ALBINO

Descanso pide al cielo el navegante,
Cuando entre nieve obscura
Se oculta Febo, ni su luz brillante
Da cierta Cinosura.
[p. 230] Descanso pide el galo belicoso,
Domador de naciones:
Descanso el anglo, cuando el mar undoso
Discurren sus pendones.
Mas ¡oh! no el triunfo de la guerra impía,
Dulce Albino, lo adquiere,
Ni cuantas perlas ni oro Febo cría
Adonde nace y muere;
Sino el parco vivir, la sobria mesa,
El pecho descuidado;
Que la ambición no aguija, ni embelesa
El interés malvado.
Y el dócil corazón, que blando cede
A la fortuna ciega,
Y entre el placer, que grata le concede,
Olvida el que le niega.
¿Por qué en deseos el mortal destruye
La breve edad que alcanza,
Y en pos del bien mentido, que nos huye,
Anhela la esperanza?
¿Por qué otro sol buscando y otras tierras

Inquieto, di, te agitas?
Si de la amada patria te destierras,
A ti jamás te evitas.
Goza el placer, que pródiga natura
Te ofrezca sin desvelo;
Templa con blanda risa la amargura,
Que te destine el cielo.
¿Quién es feliz en todo? Si al contento
Va la desgracia unida,
Halaga con el bien tu pensamiento,
Y el mal futuro olvida.
Febo te dió su lira numerosa;
La virtud un amigo.
Rompe la venda a la ilusión dañosa
Y vive ya contigo.

ALBERTO LISTA

XL

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche,
Ronco huracán y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra.
[p. 231] Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.
En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta a tus pies, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto.
Tú, con lengua de fuego, aquí *está* , dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como a numen bienhechor te adora
Y en ti los ojos clava.
Tiende apacible noche el manto rico
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros:
Por él rueda la luna;
Y entonces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema

Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, péfido esconde
Rocas alevés, áridos escollos:
Falso señuelo son, lejanas cumbres
Engañan a las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú cuya inmóvil posición indica
El trono de un monarca, eres su norte
Les adviertes su engaño.

Así de la razón arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
O de alevés halagos de fortuna,
A los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio;

Ni una vez sólo a mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... tras larga ausencia
Unos, que vuelven a su patria amada,
A sus hijos y esposa.

Otros prófugos, pobres, perseguidos;
Que asilo buscan, cual busqué lejano,
[p. 232] Y a quienes que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte a los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitable, contrastado
Del viento y mar, entre ásperos bajíos,
Vi tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
¡Malta! ¡Malta! gritaron;
Y fuiste a nuestros ojos la aureola,

Que orna la frente de la santa imagen,
En quien busca afanoso peregrino
 La salud y el consuelo.
Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
 La benéfica llama,
Por la llama y los fúlgidos destellos,
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado, que corona
 De Córdoba la torre.

ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

XLI

A LUPERCO

Sacro ministro del potente Jove,
Fuente de vida, animador del mundo:
Numen fecundo, tutelar de Roma,
 ¡Divo Luperco!
¡Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano que su seno encierra
Brote la tierra, a tu amoroso aliento,
 Frutos opimos!
[p. 233] Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares a colmar de ofrendas
 Casta matrona.
Vele tus formas vaporosa nube:
Deja el Olimpo, los espacios hiende:
Numen, desciende: su mayor tesoro
 Roma te fía.
¡Numen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo:
Cubra tu escudo al Dictador de Roma,
 ¡Divo Luperco!

VENTURA DE LA VEGA.

XLII

LEYENDO A HORACIO

Aquí del sauce a la movible sombra,

Nido del ruiseñor cuyos amores
El céfiro acompaña con su lira;
Sobre el lecho silvestre y blanda alfombra
De hojas y arbustos y odorantes flores,
Que el ojo vago y errabundo admira;
Aquí donde respira,
Mientras la cumbre aun con sus rayos arde
El sol postrero a transmontar cercano,
Los puros vientos de la fresca tarde,
Naturaleza en brazos del verano;

Ven, dulce libro, ven. Mi blando acento
La antigua voz de la latina musa
Haga sonar en estas soledades.
Siempre la amé yo en ti. Fije un momento
El tono amigo que en tus cantos usa,
De un ciego corazón las veleidades.

Encantos y deidades
Torne el mundo a brotar; pueblen la tierra
A la voz de la fábula movidos;
Y admire yo cuanta hermosura encierra
La religión que hicieron los sentidos.

Cruza la inmensidad mi mente inmensa;
Vuela y vuela sin fin, y en su osadía
Nunca el secreto de los mundos halla.
Late mi corazón, mi frente piensa:

[p. 234] A las tinieblas y a la luz del día
Les hablo, les pregunto y todo calla.

¿Dónde encontrar la valla
De esta infinita soledad? Acaso
La mente vaga en la ilusión recreo;
La tierra brota genios a mi paso,
Y una familia de deidades creo.

¿Cuál mundo empero que a tu Olimpo exceda,
De una y otra ficción capricho humano,
Vate inmortal, a producir bastara?
¿Dónde el bello ideal que darle pueda
Al hombre, ya de la deidad cercano,
Objetos tantos de beldad más rara?

La tierra templo y ara.
Volved, abridme el penetrable cielo,
¡Profanos dioses que el mortal fingía!
Muy grande es Dios para habitar el suelo,
Pero vosotros sois la fantasía.

Céfiro sus palacios abandona,
Mensajero de Amor. Amor suspira,
Y a amar le enseña y modular su canto:

Él de mirto y de flor la sien corona,
Y en torno, en torno de las ninfas gira,
Y derrama en su seno el dulce encanto:

Suena la lira en tanto;

Corre el Fauno veloz tras la adorada
Ninfa gentil que la belleza engríe,
Y sobre el bosque, en nubes reclinada,
Venus, alma del mundo, se sonríe.

Así estos campos animarse veo,
Y el mudo espacio de las selvas triste
Poblarse ya de genios protectores:

Tal, si mis ocios delirando empleo,
Ante mis ojos admirados viste

Una y otra ilusión forma y colores.

El trono de las flores

Ocupa una deidad; otra domina

La mar o el viento o el cenit o el polo;
Me habla en la noche de su amor Lucina,
Y contemplo en el sol la faz de Apolo.

¡Oh, cómo las imágenes serenas,

Los gustos breves de mi tierna infancia

Recuerdas hoy a la memoria mía!

Entonces del obscuro verso apenas

En mi dulce y pacífica ignorancia

La verdad y el sentido comprendía.

[p. 235] La tierna fantasía,

Vate feliz, te adivinaba empero

Con temprana ansiedad del estro santo;

Y al poder de tu ritmo placentero

El oído y la voz formaste al canto.

Tal la risueña fábula fingía

Abierto el seno de la casta Flora

De Favonio gentil al beso leve:

Tal la copa en que Júpiter bebía,

De manos de la bella escanciadora

Recibe el néctar que a raudales llueve.

Así la tierra embebe

Fecundo rayo y manantial rocío

Que el germen productor hincha en su seno:

Abril lo ve brotar y en el estío

Es ya pompa y dosel del bosque ameno.

Yo amo volver a las pasadas horas

En que el estro insonoro y balbuciente

Se ensayaba en dulcísimas canciones.

¿La luz de aquellas rápidas auroras

Fué más pura quizás, que el alma siente

Perdidas ¡ay! sus caras ilusiones?

Tú, que el alma dispones,
Templando el ceño a la razón austera,
Dulce poeta al meditar suave;
¿Es la edad más feliz la edad primera,
Que siente el bien y el mal y no lo sabe?

¡Oh infancia, infancia, esclavitud del hombre!
Clamé yo veces mil, Mas por ventura
¿Qué es sino eterna esclavitud la vida?
Yo aprendo en ti para quien más de un nombre
La dicha fué, y al gozo y la blandura
Tu amable canto el ánimo convida.

Lleva en veloz huída,
Con envidia y piedad, contento y pena,
El tiempo robador a su Leteo;
Y hacer más leve la fatal cadena
Sólo alcanzó quien rige su deseo.

Tú cantas, y el amor y alegre vino
Suena tu voz; campestre apartamiento,
Y del vulgo falaz la lejanía.
Vivir, gozar. Empero yo adivino,
Cuando el halago de tu ritmo siento,
Más que el placer, su amable hipocresía.

¿Siempre te sonreía
Felicidad, donde secreto espanto
[p. 236] Turbaba a Roma con dolientes sonos?
¿No hay en tu corazón, no hay en tu canto
Del romano dolor palpitaciones?

Ve, poeta feliz, ve murmurando
Sentencias de gentil filosofía,
Los gustos a buscar que en Roma imperan:
Te va el dedo de Roma señalando;
Tus palabras más dulces que ambrosía
Las Tais y Aspasia de tu edad esperan.

Alégrate y no mueran
El aplauso, la gloria y los placeres,
En tanto duren voluntad y espacio;
Oye clamar a Roma y sus mujeres
«¡Horacio, el gran poeta, el dulce Horacio!»

¡Amor, belleza, de placer tesoro!
¿No responde su voz? Rugas asoma
Su frente que la edad orló de canas.
Horacio está en el Foro. El sacro Foro
Se tornó en lupanar y allí ante Roma
Prostituye el romano a las romanas;
Imágenes lejanas

De la antigua virtud ardiendo en ira,
Secreta indignación doquier renueva:
La que a sus plantas arrastrarse mira,
Es otra Roma que a morir se lleva.

Víctima y héroe del orgullo humano,
Muere y triunfa Catón. Ya no retumba
Aquella voz funesta a Catilina.
Despojo criminal de heroica mano,
Sangrienta veste en la cesárea tumba
Al pueblo incauto a la venganza inclina.

Triunfante en la ruina,
La sombra de los Gracos se levanta
Sobre el altar de las violadas leyes,
Y en temor de sí mismos la garganta
Al yugo dan los ciudadanos reyes.

Tú lo sientes, ¡ah! sí, noble poeta,
Cuando ese imperio ves, con raudo paso
Volar el tiempo a sus grandezas breve.
¿No te dice una voz honda y secreta
Que el sol latino al entreabierto ocaso
Turbado el disco en tempestades mueve?

Sí; que tu voz se lleve
A esas deidades cuyo Olimpo expira,
Cuyo altar sin ofrenda se desploma:
[p. 237] Yo oigo clamar los sonos de tu lira:
«¿Quién sois ¡oh Dioses! que os hundís con Roma?»

¡Oh! Dado a Roma contemplar te fuera,
Ya de una cruz fatídica pendiente,
Eternizada en el Calvario eterno.
Correr la raza indomeñable y fiera,
Volcar los pueblos con la maza ingente
Su falso Olimpo, su turbado Averno.

Embriágate en Falerno,
¡Horacio! ¡Horacio! Tu cantar liviano
Pienso yo que presagia los Nerones,
Como al son de los versos de Lucano
Se oyen trotar los góticos bridones.

Amo yo empero figurarte acaso
No en Roma, no en el Foro; en las cascadas
Y alamedas de Tívoli sombrías.
Allí a la clara aurora, al tibio ocaso
Extiendes tus patéticas miradas,
Y el ave y flor te alegran y ondas frías.

«Gocemo», repetías,
«Huye la edad. ¡Feliz el que se aleja
Del grave cargo y vulgo removido,

Y a la ambición con el insomnio deja
Y mañana y ayer pone en olvido!»
¡Dichoso tú cuanto dichoso el hombre,
Que al sueño o a la lira tus afanes
Das reposando en plácida enramada!
El tiempo vividor dirá tu nombre
Cuando en torno al ciprés vaguen tus manes
Y otro dueño suceda en tu morada.

Ora, si la indignada
Sombra de aquella Roma se te ofrece
Que asesinó la libertad de Graco,
El néctar milagroso la adormece
Y ensalzas a Catón brindando a Baco.

¡Estoico Anacreón! ¡Dulce maestro!
¡Alentador de mi afición natía
Que en el canto armonioso persevera!
¡Ah! Siga yo con el poder del estro
El vuelo igual de tu alma poesía
Donde bebí la inspiración primera.

Audaz, docta o ligera,
Risueño joven que al placer se mueve,
Como un licor sus cánticos apura,
Y a ella en la pena y en los ocios debe
Documento y solaz la edad madura.

[p. 238] ¿Cuál de tus versos cantaré? ¿La gloria
Del constante varón de ánimo entero,
Despreciador del vulgo y del tirano?
Aquel guarda entre todos mi memoria,
Y a Augusto, a Baco y al Amor prefiero
Tu apoteosis del orgullo humano.

Poeta cortesano,
Tú lo dijiste: Entre el fragor y el lloro
El hombre alcanza a contrastar la suerte.
¿Dirélo yo que en el orgullo adoro
La última religión del alma fuerte?

GABRIEL GARCÍA DE TASSARA.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 211]. [1]. «Cuando amanece la elevada cumbre o en la elevada cumbre», dicen todas las ediciones. Sigo el texto de Böhl.

A LICINIO

Rectius vives, Licini, neque altum...— Od. X, lib. II.

Vivirás más seguro
Si en alto mar, Licinio, no navegas,
Y si al peñasco duro
De peligrosa playa no te llegas,
Huyendo cautamente
La indinación del ábrego inclemente.

Quien ama con pureza
La santa medianía, no padece
La mísera pobreza,
De que la humilde casa no carece
Ni dél es envidiada
La de colunas y oro fabricada.

Más a menudo el viento
Contrasta el grande pino mal seguro,
Y viene a su cimiento
[p. 253] Con más grave ruina el alto muro,
Y a la más alta sierra
Hacen los rayos más continua guerra.

En las adversidades
Espera el prevenido la ventura,
Y en las prosperidades
Teme, como sagaz, la desventura;
Que Júpiter envía
Las grandes lluvias y serena el día.

No porque falte ahora
El bien, ha de durar siempre la pena;
Porque Apolo tal hora
Despierta la dormida musa, y suena
Al son de dulce lira;
Tal duras flechas con el arco tira.

Tú, pues, con pecho fuerte
Haz rostro a la fortuna miserable,
Y en la dichosa suerte,
Cuando soplare el viento favorable,
Recoge con buen tiento
Las velas llenas de favor, que es viento.

JUAN DE MORALES.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

EL VARÓN JUSTO

Justum, et tenacem propositi virum...— Od. III,

lib. III.

Al constante varón de ánimo justo
De su pensar no apartan invariable
El furor de la plebe amotinada,
Y en ordenar maldades obstinada;
Ni el aspecto implacable
Del amenazador fiero tirano,
Ni del supremo Jove
La fulminante mano,
Ni el austro inquieto, que a su arbitrio altera
El Adriático mar con saña fiera.
Si el orbe en piezas mil se desplomara,
Herido de sus ruinas,
Impertérrito empero moriría.

Por esta senda rara
El grande Pólux y Hércules errantes
[p. 254] Pisaron las mansiones refulgentes;
Y el néctar y ambrosía
Con labio sonrosado
Augusto bebe entre ellos recostado.
Así tú, padre Baco, mereciste
Que, al yugo el fiero cuello sujetado,
Te llevaran los tigres que venciste:
Así desde el gran monte,
Por caballos de Marte arrebatado,
Rómulo huyó las furias de Aqueronte;
Y al congreso inmortal regocijada
Entonces dijo Juno: «¡Troya!... ¡Troya!
Por mí y la casta Palas condenada,
Con tu rey y tu pueblo engañadores,
Mucho antes fuiste: pero desde el día,
En que el pactado precio a dos deidades
Laomedón negó, ceniza fría
Con sus infaustos lúbricos amores,
Un juez y una extranjera te tornaron
No ya a Elena violada

El infamado huésped hoy ostenta,
Ni de Héctor en las fuerzas escudada,
Rechaza ya a los griegos belicosos
De Príamo la pérfida progenie;
Y por nuestras intrigas no cebada
Cual antes, ya la guerra
Desamparó la tierra...
Yo en Marte depondré los perniciosos
Odios; y al nieto odiado,
Progenie de la Teucra adivina,
A su custodia dejaré entregado.
Ocupará las sillas luminosas
De la mansión divina
Sin oponerme yo, entre las gloriosas
Deidades adscribiendo
Su nombre, y las sabrosas
Copas de néctar plácido bebiendo.
Con tal que un mar inmenso se embravezca
Entre Ilion y Roma,
Felices vivan, sí, mas desterrados
Donde a ellos les parezca;
Con tal que los ganados
De Príamo y de Paris insolente
Huellen la sepultura;
Y en ella hallen las fieras
Guarida a sus cachorros bien segura;
[p. 255] Firme esté el Capitolio refulgente,
Y Roma triunfadora
Dé leyes a los Medos en buen hora.
A la playa que está más apartada,
Hasta donde interpuesto Ponto tiene
Del África a la Europa separada;
Hasta los campos mismos que mantiene
Fecundos Nilo con corriente hinchada,
Su nombre extienda Roma... ¡formidable
Roma!... mientras que sabe
El oro despreciar, que, no extraído
De la entrañas de la tierra, yace
Mejor entre sus senos escondido;
Y mientras no le fuerce a que le sirva
A sus usos con manos,
Con manos avezadas
A saquear las cosas más sagradas.
A los polos del mundo sus banderas
Penetren, anhelosas
De ver donde de Febo las hogueras

Ostentan sus rigores,
Do el rocío y las lluvias nebulosas.
Pero ya a questa suerte
A Roma pronostico belicosa,
Con tal de que piadosa
En extremo segunda vez no quiera,
En sus prosperidades confiada,
De Troya por sus padres habitada
Los techos reparar: si renaciera
Segunda vez con ominoso agüero
De Troya la opulencia,
Otra vez incendiada
Ofreciera un aspecto lastimero;
Y yo... la esposa amada...
Yo la hermana de Júpiter tonante,
Guiaría el ejército triunfante.
Y si la vez tercera
Levantaran el muro de diamante,
Y Febo su autor fuera,
Tercera vez cayera,
Por mis amados griegos devastado;
Tercera vez Andrómaca en prisiones
A su esposo adorado
Y a sus hijos llorara dolorida.
Basta ya, Musa; porque no convienen
A la festiva lira estas canciones,
[p. 256] No más, no, los discursos atrevida
Repitas de los Dioses;
Ni con bajos acentos
Los misterios del cielo atenuar oses.»

MANUEL CORTÉS.

A LAIDA

Estremum Tanaim. III, 1º

Aunque pisaras, Laida, la sedienta
Arena que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el aquilon me ofende,
Y del hielo y rigor la pluvia lenta.

Oye con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardín se extiende
Y que appena aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.

Pon la soberbia, oh Laida, y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado

El umbral que adorné de blanda rosa;
Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
Ni de Bóreas la saña impetuosa.

FRANCISCO DE RIOJA

CONTRA LOS AVAROS

Intactis opulentior...— Od. XXIV, lib. III.

Si de renta más cuentos
Que los ingas y chinos alcanzares,
Y tus anchos cimientos
Las tierras ocuparen y las mares,
Ni la certera flecha
De la muerte huirás, ni de su miedo
La importuna sospecha
Tenerte dejará el ánimo ledo.
[p. 257] ¡Oh! mejor el gitano,
Sin patria conocida ni solares,
Vive, y el africano
En movedizas casas y aduares,
A quien fruto crecido,
No con lindes tasado ni mojones,
El campo agradecido
Rinde, y de trigo fértiles montones;
Y con labor de un año
Llenos, holgar permiten a la tierra,
Y al que administra hogaño
Igual otro sucede, paz y guerra.
Allí al varón no rige,
Soberbia con la dote, su casada,
Ni el vicio mal corrige,
Del poderoso adúltero fiada.
Gran dote es la nobleza
Y honestidad allí de los mayores;
El pecar gran vileza,
Y su precio morir, con los favores.
¡Oh tú, quien quier que seas,
De los siglos prudentes inmortales
Si escrito ser deseas
Padre del pueblo en públicos anales,
Osa enfrenar severo
Cuerdamente la vida licenciosa,
Y al siglo venidero

Virtud que imite ofrece generosa.

Pues tal es, que invidiosos
En los presentes la virtud odiamos,
Y de ella condiciosos,
Si a los ojos fallece, la buscamos.

¿Qué sirven las querellas,
Si el castigo las culpas no descrece?
¿Qué las leyes, cual ellas
Vanas, si exento el pueblo, no obedece?

Ni ya el estéril suelo
De la tórrida ardiente siempre y solo,
Ni ya el eterno hielo
De los siete triones y del polo,

Al mercader desvía
De sus torpes ganancias. Vence artero
Con pertinaz porfía

Tamaño golfo un breve marinero,

Y presta la pobreza
¡Grande oprobio! hoy paciencia y ardimiento

[p. 258] Para cualquier vileza,
Y pone en torpe olvido el santo intento;

O al común, do la fama
Y aplauso popular con gloriosos
Apellidos nos llama,

O al mar vecino los rubíes preciosos

Y el oro inútil demos:
¡De todo mal cuán ciertas ocasiones!

Y si nos más queremos,
Las maldades; si bien somos varones.

De la torpe avaricia
Las letras no se aprendan, no, primeras;
Mas beba en la puericia
Disciplinas el ánimo severas.

No cual hoy, que no gusta
Ni andar sabe a caballo el ahembrado
Mozuelo, y la robusta
Caza teme, o ¿el naípe así y el dado?

Y tú, oh padre perjuro
Y trefe a tus amigos y usurero,
¿Con recambios el juro
Apresuras y el censo a ese heredero?

Está bien, y sin tasa
Crezca la hacienda, crezca; mas ¿qué importa,
Si la codicia escasa
Siempre en un no sé qué la llora corta?

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

ELOGIO DE LA VIDA DEL CAMPO

Beatus ille, qui procul negotiis...— Od. II, lib. V.

«¡Feliz quien alejado
Cual los primeros hombres, de la impura
Sociedad, con su arado
Rompe la tierra dura
Libre de los cuidados de la usura!

Ese nunca despierta
De la trompa al sonido belicoso,
Ni a la orgullosa puerta
Llama del poderoso,
Ni airado teme al mar tempestuoso.

[p. 259] Que ora la vid nacida
Con frágil tallo al álamo gigante
Enlaza y enmarida;
Ora con la cortante
Hacha su tronco limpia en breve instante.

O bien desde la cumbre
De siempre triste y árido collado
Mira la muchedumbre
De saltador ganado
Triscar alegre por el verde prado.

O en ánfora de arcilla
Deposita la miel que da la abeja,
O bien de la sencilla
Y baladora oveja
Hace esquilmar la cándida guedeja.

Y cuando coronada
Por los frutos del árbol abundoso
Levanta la sagrada
Frente el otoño acuoso
Desde el húmedo valle o bosque umbroso,

¡Con qué placer destina
De los dorados frutos del manzano,
Y la uva purpurina
Un tributo su mano
Al dios del campo, al rústico Silvano!

Entonces en la alfombra
Yace tranquilo de mullida grama,
O bien la grata sombra
Del viejo roble ama
Que vela, ¡oh sol! tu enardecida llama.

El río susurrando
Por el torcido cauce; en la espesura
Los pájaros cantando;
La fuente que murmura;
Todo le brinda sueños de ventura.

Si Júpiter la fría
Tormentosa estación de lluvia y nieve
Llama, con la jauría
Acosa en tiempo breve
Al jabalí que hirió con dardo aleve.

[p. 260] Entonces del erguido
Palo cuelga las redes de ancha malla,
Y el tordo allí prendido
Doquier busca y no halla
Paso a su vuelo, y con afín batalla.

Con el armado brazo
Al ágil ciervo arráncale la vida,
O en el artero lazo
Coge la liebre herida,
Y tus penas ¡oh amor! tristes olvida.

Su esposa en el sagrado
Hogar enciende el aromoso pino,
Con manjar no comprado,
Con el añejo vino
Que rebosa en el vaso cristalino,

De la exprimida ubre
Con tibia leche, y miel que da el collado
La pobre mesa cubre,
Donde el esposo amado
Disfrute alegre al arribar cansado.

Las ostras de Lucrina,
Ni el pez que nace en la escondida gruta
De la alta mar vecina,
Ama, mientras disfruta
Del árbol de la paz la amarga fruta;

O la verde acedera
Y refrescante malva que florece
En la húmeda pradera;
O el cordero que ofrece
El pueblo a un dios y en el altar perece.

Mientras ve en el apero
Buscar tranquilo abrigo a su ganado
Libre del lobo artero,
Y cual torna cansado
El buey que arrastra lento el corvo arado.

Y alegre mira unidos,
En torno de la llama brilladora
Los esclavos, nacidos
En el hogar que ahora
Las riquezas les debe que atesora.»

[p. 261] Así Alfio, el usurero,
Futuro campesino, me decía:
Y el prestado dinero
Con afán recogía
Para... darlo en usura al otro día.

AURELIO QUEROL.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 265] POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
ADVERTENCIA PRELIMINAR

ADVERTENCIA PRELIMINAR [\[1\]](#)

En el año de 1890 comenzó a publicar Menéndez y Pelayo, en la *Biblioteca Clásica*, una *Antología de Poetas líricos castellanos* desde la formación del idioma hasta nuestros días. En trece tomos insertó lo más selecto de la poesía castellana desde los orígenes hasta Boscán, y, sobre todo, y éste es el valor principal de la *Antología*, escribió para ella prólogos extensos, con los cuales se ha formado la preciosa *Historia de la poesía castellana* en la Edad Media en la edición de sus *Obras completas*. Después del estudio sobre Boscán, que forma el volumen XIII de la *Antología*, pensaba publicar don Marcelino el siguiente, dedicado a Garcilaso, y ocupado andaba en el acopio de los materiales y en las consultas previas cuando le sorprendió la muerte.

[p. 266] El tomo XV hubiera correspondido seguramente a fray Luis de León. Sabemos que era éste, para Menéndez y Pelayo, el poeta castellano por excelencia; pensemos qué prólogo, qué libro nos arrebató la Implacable con impedir que llegase la hora, tan deseada sin duda por don Marcelino, de comenzar a redactarlo. Porque el libro ya estaba pensado y compuesto *in mente*, recogidos y presentes en la memoria, o en libros a la mano, todos los elementos necesarios; en tres de sus libros: en el *Horacio en España*, en el *Discurso de entrada en la Real Academia Española* y en la *Historia de las ideas estéticas en España*, había tratado ya con alguna extensión del altísimo poeta; los versos los sabía de coro; había leído y releído los documentos exhumados en los últimos años; faltaba sólo que llegase el momento de dejar correr libre la pluma por los amplios folios del papel.

Amigos y discípulos, que veían desmoronarse poco a poco aquella robusta naturaleza, agotada por el trabajo, y que le veían tan lleno de ocupaciones y preocupaciones literarias, no esperaban ya que llegase ni a comenzar esta tarea. Nos lo contaba no hace mucho, en un artículo publicado en *La Ciencia Tomista*, uno de los escritores que más se han ocupado de fray Luis de León, el padre Getino: «Allá por los años de 1910 nos encargó don Ramón Menéndez Pidal la edición crítica de las poesías de fray Luis de León en una forma secreta y oficiosa: «Hay que llevar ese trabajo en silencio —nos dijo—, porque el encargado oficialmente de él es el señor Menéndez y Pelayo; pero todos sabemos que él no lo hará, porque sus actividades (las que le queden en su vida, ya amenazada seriamente) no le llevan por ahí. Pero el trabajo urge, y si bien es de delicadeza natural ocultar al señor Menéndez y Pelayo lo poco que esperamos de su quebrantada salud, es también un deber no descuidar la edición crítica de obras tan importantes.»

Y, sin embargo, la preparación del tomo de fray Luis era para Menéndez y Pelayo un trabajo continuo desde hacía mucho tiempo: mejor sería decir un ocio gratisísimo, un regalado descanso de otros trabajos. Junto a la mesa del despacho de su Biblioteca de Santander, en un estante pequeño, estaba, y está, un tomo bastante deteriorado de las poesías de fray Luis de León, en la edición del padre Merino. Unas veces, antes de comenzar la tarea de seis largas horas de trabajo, para vencer los

primeros [p. 267] momentos de indecisión y de pereza fisiológica; otras, en intervalos de descanso, para recrear el ánimo fatigado y orearle con brisas frescas que le traían olor de juventud, alargaría la mano al volumen del *Horacio cristiano*. En su deleite no olvidaba nunca el trabajo que sobre fray Luis tenía que escribir, y en cada nueva lectura de una oda o en el paralelo de una traducción de Virgilio u Horacio, con su original, al revolver en su prodigiosa memoria las lecturas de los clásicos latinos, no interrumpidas desde los años de la niñez, los márgenes del ejemplar de las poesías de fray Luis iban llenándose de versos latinos; tal vez corregía una errata evidente; otro día aventuraba, en pocas palabras, un juicio sobre la autenticidad de ciertas composiciones que el padre Merino atribuía al poeta. Poco a poco el libro se fué convirtiendo en archivo de fuentes, de notas críticas, de comparaciones de fidelidad y acierto en el traductor; varios capítulos del volumen no escrito de fray Luis, están condensados en aquella profusión de anotaciones, difíciles de leer y más difíciles, a veces, de referir con exactitud a los pasajes del texto impreso.

De joya inapreciable, por su valor real literario, y por su valor sugerente, calificó este volumen don Antonio Maura la primera vez que lo tuvo en sus manos. La segunda lo cogió para ponerlo en las de Su Majestad Don Alfonso XIII, encareciéndole, como él sabía hacerlo, la significación de tan peregrino ejemplar.

Se acercaba la fecha del centenario de fray Luis de León, se esperaban grandes novedades de estudios, de ediciones, de comentarios; ha ido pasando el tiempo y forzoso es confesar que a las esperanzas no han correspondido los sucesos; se han publicado muchos artículos, se han pronunciado muchísimos discursos; pero no hemos visto ni la edición crítica esperada, ni estudios fundamentales y básicos sobre la vida y la obra del maestro León.

Claro es que los trabajos lentos y fatigantes de la erudición no se pueden improvisar, y es difícil hacerlos marchar de acuerdo con el cuadrante de una fecha y de unos festejos. Vendrán, sin duda, las ediciones y los estudios de fuentes y los comentarios críticos; pero cuando estén maduros, a su tiempo.

Mientras tanto, la joya de Menéndez y Pelayo ¿había de quedar siempre en el estuche de su despacho, para ponerla de [p. 268] cuando en cuando delante de los ojos de algunos visitantes distinguidos?

Don Emilio Cotarelo, cuya autoridad y competencia en materias literarias no hay para qué encarecer, ha creído llegada la hora de que el libro de fray Luis, con las notas de Menéndez y Pelayo, con todas las notas de Menéndez y Pelayo, se publique. A propuesta de su Secretario perpetuo, la Real Academia Española decidió, complacida, tomar a su cargo esta empresa. Cree el señor Cotarelo que con esta publicación han de conseguirse varios fines, todos muy importantes. Se pondrá en manos del público, al reproducirla, la edición más completa de las obras del poeta, edición que muy raras veces sale al mercado.

Verán la luz las fuentes e imitaciones que Menéndez y Pelayo había ido anotando en su ejemplar, con más las observaciones críticas de todo género que abundan en estas apostillas manuscritas. La difusión, el conocimiento de estos materiales podrán servir de ayuda y estímulo a cuantos se ocupan del poeta y de sus versos, para activar sus trabajos, para completar lo que falta y dar cima a la edición crítica que tanto se desea.

La Real Academia tributa con esto su homenaje a fray Luis, homenaje muy en armonía con la tradición de la Casa, y Menéndez y Pelayo sigue así, colaborando, aun después de muerto, en las tareas de la Academia, la cual, al honrarse con esta aportación póstuma, da una prueba más de la veneración que siente por el autor de la *Antología de poetas líricos*, recogiendo, con respeto sagrado, hasta sus breves anotaciones marginales, escritas al correr de la pluma y al vuelo de los recuerdos.

Queda indicado que la presente, es la edición del padre Merino reproducida fielmente, enmendados los yerros que el editor anotó en la fe de erratas y corregidas otras que advirtió y enmendó, en su ejemplar, Menéndez y Pelayo.

Se podrán discutir, se discuten con aguda crítica los desaciertos del padre Merino, cuando prefiere, en algunos versos, la lectura de los manuscritos y no sigue la versión de Quevedo. Pero es injusto a todas luces querer rebajar el mérito de esta edición, el esfuerzo grande que representa para llegar al conocimiento del verdadero texto de las poesías de fray Luis. Quevedo vió un manuscrito y lo publicó con todo el primor crítico que se quiera reconocer en algunas de sus enmiendas; llamemos erratas a los [p. 269] yerros que se leen en su edición; censuremos las equivocaciones que tuvo el padre Merino al aceptar ciertas variantes; no reconozcamos en él erratas sino equivocaciones, y a pesar de todo, aun colocándonos frente a su labor como fiscales implacables, ahí está el texto que, con las notas puestas al pie, nos da además de la edición de Quevedo corregido en evidentes yerros, gran número de variantes sacadas de diez manuscritos de las poesías de fray Luis; sin contar con que esta edición del padre agustino enriqueció el caudal poético del autor de la *Noche serena* con gran número de composiciones desconocidas y dejó entregadas a las disputas de los críticos muchas que se tienen como dudosas.

Era preciso escribir estas líneas porque parece que se quiere ahora reprochar a Menéndez y Pelayo los elogios que hiciera de la edición del padre Merino, elogios justos; pero que distan mucho de declarar que la tal edición sea inmejorable. Sabía muy bien Menéndez y Pelayo que el texto se podía mejorar y aclarar a la luz de nuevos manuscritos y aun de algunos utilizados muy a la ligera por el padre Merino. En su Biblioteca guardaba y se guarda uno muy interesante, ya descrito y analizado por el padre Villada, del cual no se podrá prescindir en adelante cuando se trate de depurar críticamente el texto de estas poesías. Y tan no pensaba en la perfección absoluta del trabajo del padre Merino, que en la guarda de su ejemplar tiene escritas estas palabras: «Edición muy escasa y la única que contiene todas las poesías de fray Luis o a él atribuidas, la única que presenta un texto correcto. Puede perfeccionarse mucho, sin embargo.»

El rigor crítico de las ediciones no había llegado, en los días del padre Merino, a la meticulosidad y esmero que, afortunadamente, alcanza en los nuestros.

Repasen los censores ediciones de clásicos castellanos contemporáneos a la de fray Luis que tan mala les parece, y aun posteriores, las de Quintana, las mismas de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, y vean si otros editores se tomaban el trabajo de anotar, aunque sea de un modo poco preciso e incompleto, las variantes de la edición príncipe y de diez manuscritos.

Por lo demás, como uno de los principales objetos de la presente publicación es el sacar a luz las notas marginales de Menéndez y Pelayo y éstas están hechas sobre el texto del padre Merino, [p. 270]

era absolutamente necesario reproducir su edición hasta con las variantes, pues a ellas hacen referencia algunas de las apostillas manuscritas.

Si alguien se decide a publicar una edición crítica de las poesías de fray Luis de León, ésta de la Academia ha de ahorrarle sin duda, muchas fatigas, y le servirá de guía y de norma en algunos puntos difíciles de su labor.

Ha parecido oportuno poner al frente de las poemas fragmentos de dos trabajos de Menéndez y Pelayo que se refieren al poeta, y que pueden servir de Prólogo sustituyendo con él el del padre Merino y la Noticia de los Códices. [\[1\]](#)

Se han copiado con toda exactitud las notas marginales, se han cotejado las que son copias de textos con los de buenas ediciones impresas, se han fijado puntualmente las citas y llamadas, y con la lectura comparada del texto castellano y de las apostillas manuscritas, se han precisado el pasaje, las frases y las palabras a que las anotaciones se refieren.

Para mayor comodidad de los lectores, se ha creído conveniente insertar a continuación de cada poesía las notas que con ella se relacionan, con llamadas a los versos de la composición previamente numerados.

No estará de más advertir que nadie debe considerar estas notas como trabajo definitivo y completo. Son simplemente esto: algunas notas escritas en los márgenes de un libro impreso, en las cuales ni está agotado el estudio de fuentes, ni siquiera apuntadas muchas cuestiones estéticas y críticas. Son algunos trazos de un esbozo. Desgraciadamente, ya su autor no pintará el cuadro; guardemos, pues, con respeto estos rasgos, perpetuándolos por la Imprenta para enseñanza de todos y con el fin de libertarlos de una posible e irreparable pérdida.

MIGUEL ARTIGAS.

Biblioteca de Menéndez Pelayo. Diciembre, 1928.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[\[p. 265\]](#). [\[1\]](#) . *Nota del Colector* . Aunque no vamos a reproducir aquí todas las *Poesías de Fray Luis de León con Anotaciones inéditas de D. Marcelino Menéndez Pelayo* , sino únicamente las *traducciones e imitaciones horacianas* , es conveniente insertar esta Advertencia que puso al libro Miguel Artigas, porque da perfecta idea de la significación e importancia de las anotaciones marginales que al *Horacio Español* fué haciendo D. Marcelino en placenteras horas de solaz.

Otras notas de esta edición del P. Merino, que no se refieren a inspiraciones o versiones horacianas, irán en los lugares que en esta *Bibliografía* les corresponda, y principalmente hemos de recoger por lo abundantes y de gran interés, las anotaciones marginales de la versión de *Églogas y Geórgicas virgilianas* .

[\[p. 270\]](#). [\[1\]](#) . *Nota del Colector* . Los dos trabajos de Menéndez Pelayo a que se alude, no los insertamos en esta edición, pues quien desee leerlos puede hacerlo en esta Colección de las *Obras completas de Menéndez Pelayo* en los volúmenes VI de *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, *Horacio en España* y en *Estudios de Crítica Histórica y Literaria* , vol. II, *La poesía mística en España* .

[p. 273] POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

I. — TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO I

LIBRO PRIMERO

ODA I

MAECENAS ATAVIS

De claros Reyes claro descendiente,
Mecenas, mi honra toda y grande amparo,
A unos les agrada la carrera
Y polvo del Olimpo y la coluna

5 Con arte y con destreza no tocada
De la hervorosa rueda y la vitoria
Noble, si la consiguen, con los dioses
Señores de la tierra los iguala.

A otro si a porfía el variable
10 Vulgo le sube a grandes dignidades.
A otro si recoge en sus paneras
Quanto en las eras de África se coge.
Con quien gusta del campo, y su labranza,
No será parte de Átalo el tesoro

15 A menealle dél, y hacer que corra
La mar hecho medroso navegante.
Mientras que al mercader le dura el miedo,
De quando el vendaval conmueve guerra
Al golfo Icario, loa a boca llena,

20 Los prados de su pueblo y el sosiego:
Mas luego a la pobreza no se haciendo,
Se torna a rehacer de rota vela.
Algunos hay también, a quien no pesa
Con el sabroso vino, ni del día

[p. 274] 25 Sus ciertos ratos darse a buena vida;

A veces so la verde sombra puestos,
A veces a la pura y fresca fuente.
Ama los esquadrones el soldado,
Y el son del atambor y la pelea

30 De las que madres son tan maldecida.
El que la caza sigue, persevera
Al hielo y la nieve, descuidado
De su moza muger, si acaso han visto
Los perros algún corzo, o si ha rompido

- 35 El bravo jabalí las puestas redes.
 A mí, la yedra, premio y hermosura
 De la gloriosa frente, me parece
 Una divinidad, el monte, el bosque,
 El bayle de las Ninfas, sus cantares
- 40 Me alejan de la gente, y más si sopla
 Euterpe su clarín y Polihymnia
 No dexa de me dar la Lesbia lira:
 Y a mí si tú en el número me pones
 De los poetas líricos, al cielo
- 45 Que toco pensaré con la cabeza.

NOTAS

1. No hay en el original esta repetición: dice sólo *atavis* , antiguos.
4. *Polvo olímpico*: esto es, de los juegos olímpicos y no del Olimpo, es lo que dice Horacio.
5. El «arte y destreza» es añadido por el traductor.
- 9-10. «El variable vulgo» traslada muy inexactamente el *turba Quiritium* del original: los Quirites no eran vulgo.
- 15-16. Falta el *trabe Cypria* y el *Myrtoum mare* ; este último está en la segunda traducción, que por todos aspectos es muy superior.
24. Horacio habla expresamente del vino Másico añejo (*veteris pocula Massici*) . Falta en la versión.
27. Traducción débil de la hermosa frase *ad aquae lene caput sacrae*.
- 36-38. Traducción errada. Horacio no dice que la yedra le parezca una divinidad, sino que la yedra, premio de docta frente, le iguala a los númenes.
38. En «el bosque» falta el epíteto *gelidum* . Es para mí algo dudoso que esta primera traducción del *Maecenas atavis* sea de fray Luis de León. Tineo, sin embargo, la tenía por suya. (Estas últimas líneas, después de escritas, las borró Menéndez y Pelayo; pero se leen claramente.)

[p. 275] LA MESMA

MAECENAS ATAVIS

- Ilustre descendiente
 De Reyes, o mi dulce y grande amparo
 Mecenas, verás gente,
 A quien el polvoroso Olimpo es caro,
- 5 Y la señal cercada
 De la rueda que vuela, y no tocada
- Y la noble vitoria
 Los pone con los dioses soberanos:
 Otro tiene por gloria
- 10 Seguir del vulgo los favores vanos:
 Y otro si recoge
 Quanto en las eras de África se coge.

Aquel que en la labranza
Sosiega de las tierras, que ha heredado,
15 Aunque en otra balanza
Le pongas del Rey Átalo el estado,
Del mar Mirtoo dudoso
No será navegante temeroso.

El miedo mientras dura
20 Del fiero vendabal al mercadante,
Alaba la segura
Vivienda de su aldea, y al instante
Como no sabe hacerse
Al ser pobre, en la mar torna a meterse.

25 Será también alguno,
Que ni el banquete pierda, ni el buen día,
Que hurta al importuno
Negocio el cuerpo, y dase a l'alegría,
Ya so el árbol florido,
30 Junto do el agua nace, ya tendido.

Los esquadrones ama,
Y el son del atambor el que es guerrero,
Y a la tropa que llama
Al fiero acometer mueve el primero,
35 La batalla le place,
Que a las que madres son, tanto desplace.

[p. 276] El que la caza sigue,
De su muger está al hielo olvidado,
Si el perro fiel prosigue
40 Tras del medroso ciervo, o si ha dexado
La red despedazada
El jabalí cerdoso en la parada.

La yedra, premio digno
De la cabeza dota, a mí me lleva
45 En pos su bien divino,
El bosque fresco, la repuesta cueva,
Las Ninfas, sus danzares,
Me alejan de la gente y sus cantares.

Euterpe no me niegue
50 El soplo de su flauta, y Polihyna
La cítara me entregue
De Lesbo, que si a tu juicio es dina

De entrar en este cuento
Mi voz, en las estrellas haré asiento.

NOTAS

4. Cfr. primera traducción. (La anterior.) *Pulerem olympicum* ; no el del Olimpo, sino el de las carreras olímpicas.
10. Queda sin traducir el *tergeminis*.
12 etc. Versos idénticos a la primera traducción.
19-24. Cfr. la primera traducción.
37-38. Está mejor en la primera traducción.
43-45. Mejor traducido en esta segunda versión que en la primera.
46. Aquí está el *gelidum*.
49-54. Más exacto el final en la primera traducción, que en la segunda

ODA IV

SOLVITUR ACRIS

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
[p. 277] De Favonio suave y amoroso,
.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 21 de este volumen.]

NOTAS

- No es seguro que sea de fray Luis de León esta traducción. A nombre de un Diego de Mendoza (¿el capitán Diego de Mendoza Barros?) se halla en las *Flores de Poetas ilustres* de Pedro de Espinosa. (Valladolid, 1605.)
10. *Arator*. (Villano.)
21. Fauno.
29-32. Débil.
33-34. *Exilis domus Plutonis*.
35-36. Está confusamente traducido el *nec regna vini sortiére talis* ; es decir, ni te tocará la suerte de ser rey del festín.

ODA V

QUIS MULTA GRACILIS

¿Quién es, o Nise hermosa,

Con aguas olorosas rociado,
El que en lecho de rosas.
Te ciñe el tierno lado?
5 ¿Y a quien con nudos bellos,
Con simple aseo pura los cabellos.

Anudas? Quantas veces
su dicha llorará, y tu fe mudada,
Y del favor las veces
10 ¡Ay! y la mar ayrada,
Sus vientos, su rencilla
Contemplará con nueva maravilla.

El que te goza agora,
Y tiene por de oro, y persuadido
15 De liviandad te adora,
Y ser de ti querido,
Y siempre y sólo espera,
No sabio de tu ley mudable y fiera

[p. 278] Aquel es sin ventura
20 En cuyos ojos luces, no probada,
Yo, como la pintura
Por voto al templo dada
Lo muestra, he ofrecido
Mojado al Dios del mar ya mi vestido.

NOTAS

1. *Pyrrha* . (Nise.)

5-6. El *cui* no tiene aquí el sentido de a quien, sino de para quien.

6. *Simplex munditiis* . Sobra el «pura», que quizá sea errata por Pirra; en cuyo caso deberá leerse arriba niña en vez de Nise.

10-12. Débil traducción del *aspera nigris aequora ventis*.

18. Muy mal traducido, o más bien no traducido de ningún modo el *nescius aurae fallacis*.

20. *Intentata nites* , traducido con exactitud, pero no muy claro para quien no haya visto el original latino.

ODA XIII

CUM TU, LIDIA

Cuando tú, Lidia, alabas
La cerviz bella de color de rosa
De Thelepho, y no acabas

De llamar a los brazos, y a ella hermosa;

.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 30 de este volumen.]

NOTAS

11-12. No es traducción poética ni aun aproximada siquiera de esta deliciosa frase:

... *arguens*

Quam lentis penitus macerer ignibus .

Lentis nada tiene que ver con pequeñas.

13-18. Estrofa muy feliz de color y de exacta versión.

18. *Impressit memorem dente labris notam .*

[p. 279] 24. Está débilmente traducido el:

Quinta parte sui nectaris imbuit .

25-30. Floja, y no conserva la ternura de los últimos versos del original.

ODA XIV

O NAVIS

¿Tornaras por ventura

A ser de nuevas olas, nao, llevada

A probar la ventura

Del mar que tanto tienes ya probada?

5 ¡Oh! que es gran desconcierto.

¡Oh! toma ya seguro estable puerto.

¿No ves desnudo el lado

De remos y cuál cruxen los antenas,

Y el mástil quebrantado

10 Del ábrego ligero, y cómo apenas

Podrás ser poderosa

De contrastar así la mar furiosa?

No tienes vela sana,

No dioses a quien llames en tu amparo,

15 Aunque te precies vana

Mente de linage y nombre claro,

Y seas noble pino

Hijo de noble selva en el Euxino.

Del navío pintado

20 Ninguna cosa fía el marinero

Que está experimentado,
Y teme de la ola el golpe fiero:
Pues guárdate con tiento,
Si no es que quieres ser juego del viento.

25 ¡Oh! tú mi causadora
Ya antes de congoja y de pesares,
Y de deseo agora,
Y no poco cuidado; huye las mares,
[p. 280] Que corren peligrosas
30 Entre las islas Cícladas hermosas.

NOTAS

Téngase presente al hablar de esta traducción, la anécdota que se halla al fin de las Poesías del Bachiller Francisco de la Torre, y reprodujo Quevedo en su biografía del maestro León.
28-30. Falta el bello epíteto *nitentes* .

ODA XIX

MATER SAEVA CUPIDINUM

La madre de amor cruda,
Y el hijo de la Semeles Thebana,
Y la lascivia vana,

.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 37 de este volumen.]

NOTAS

8. *Pario* dice el original.
10-12. Muy bien traducidos el *grata protervitas* y el *vultus nimiun lubricus adspici* .
13-14. *In me tota ruens Venus* .
13-18. No es tan indigno del maestro León, como dice Burgos. Lo son únicamente los tres últimos versos de la estrofa.
24. *Mactata venit lenior hostia*.

ODA XXII

INTEGER VITAE

El hombre justo y bueno,
El que de culpa está y mancilla puro,
Las manos en el seno
Sin dardo ni azagaya va seguro,

[p. 281] 5 Y sin llevar cargada

La aljaba de saeta enherbolada.

O vaya por la arena

Ardiente de la Libia ponzoñosa,

O vaya por do suena

10 De Hidaspes la corriente fabulosa,

O por la tierra cruda

De nieve llena y de piedad desnuda.

De mí sé que al encuentro,

Mientras por las montañas vagueando

15 Más de lo justo entro,

Sin armas, y de Lálage cantando,

Me vino, y más ligero

Huyó que rayo, un lobo carnicero.

Y más fiera alimaña

20 Que aquélla, y más disforme no mantiene

La más alta Alemaña

En sus espesos bosques, ni la tiene

La tierra, donde mora

El moro, de fiereza engendradora.

25 O ya en aquella parte,

Que siempre está sujeta al inclemente

Cielo, do no se parte

Espesa y fría niebla eternamente,

Do árbol no se vee,

30 Ni soplo de ayre blando que le oree.

O ya me ponga alguno

En la región al sol más allegada,

Do no vive ninguno,

Siempre será de mí Lálage amada,

35 La del reír gracioso,

La del hablar muy más que miel sabroso.

NOTAS

4. *Mauris jaculis* .

8. *Syrtes aestuosas* .

10. *Fabulosus Hydaspes* .

11-12. El *inhospitaleum Caucasum* está muy vagamente traducido y sin la precisión geográfica del original.

[p. 282] 13-18. Prosaica y floja la traducción de esta 3.^a estrofa. Omite el traductor que las montañas

eran las de Sabinia: *Sylva Sabina* .

15. *Ultra terminum* .

21. *Daunia* (comarca de la Pulla, llamada hoy la Capitanata), dice el original. (Alemaña.)

23-24. Traducido débilmente y sin color el:

*Nec Jubae tellus generat, leonum
Arida nutrix .*

26-27. *malusque Jupiter* .

33. *... in terra domibus novata* .

45-46. La traducción de los dos últimos versos es feliz:

*Dulce ridentem Lalagen amabo
Dulce loquentem .*

ODA XXIII

VITAS HINNULEO

Rehuyes de mí esquiva,
Qual el corderillo, o Chloe, que llamando
La madre fugitiva
Por montes sin camino va buscando,
5 Y no sin vano miedo
De la selva, y del viento nunca quedo.

Porque si o la venida
Del céfiro las hojas meneadas
Encrespa, o si escondida
10 La verde lagartezna las trabadas
Zarzas movió, medroso
Con pecho y con pie tiembla sin reposo.

Pues yo no te persigo
Para despedazarte cruelmente,
15 O qual tigre enemigo,
O qual león en Libia: finalmente
Dexa ya casadera
El seguir a tu madre por doquiera.

NOTAS

- 5-6. ... non sine vano
Aurarum et sylvae metu.
[p. 283] 10-11. ... seu virides rubum
Dimovere lacertae .

12. El original es mucho más enérgico:

Et corde et genibus tremit .

17. *Tempestiva sequi viro .*

ODA XXX

O VENUS REGINA

¡O Venus poderosa!
De Gnido y Papho Reyna esclarecida,
Desampara la hermosa
Cypro, do fuiste siempre tan querida,
5 Y pásate volando
A donde te está Glicera llamando.

Venga en tu compañía
El mozuelo cruel acelerado,
Y las Ninfas querría
10 Con las Gracias trugeses a tu lado,
La mocedad sabrosa,
Do si no bulle amor, es triste cosa.

NOTAS

4. Me parece que Horacio dice lo contrario: *dilectam Cypron*: Chipre tan amada por ti.

6. Falta el *thure multo* .

11-12. Traducción libre, pero poética y exacta en el fondo, del *parum comis sine te Juventas* .

ODA XXXIII

ALBI NE DOLEAS

¡Ay! no te duelas tanto,
Tibulo, ni te acuerdes del olvido
De Glicera, ni en canto
[p. 284] publiques tus querellas dolorido,
.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 48 de este volumen.]

NOTAS

2-3. *Immitis Glyceræ* indica algo más que olvido.

3-4. ... *neu miserabiles*
 Decantes Elegos .

10. *asperam* .

12. Falta el *Appulis* aplicado a *lupis* .

20. *melior Venus* ; lo cual no indica principal, sino mejor.

23-24. *Libertina, fretis acrior Adriae*
 Curvantis Calabros sinus .

La traducción es debilísima, especialmente en estos dos últimos versos.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 284] POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

I. — TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO II

LIBRO SEGUNDO

ODA VIII

ULLA SI JURIS

Si, Nise, en tiempo alguno
Quebrar tú la palabra, y fee jurada
Daño tan sólo uno
Pusiera en ti afeada
5 En la uña siguiera,
O solo un diente en ti se ennegreciera;

Yo te creyera agora:
Mas por la misma causa que perjura
Te muestras, se mejora
10 Muy más tu hermosura,
Y sales hecha luego
Público, y general estrago, y fuego.

Y ganas, aunque jures
Por las cenizas de tu madre heladas,
[p. 285] 15 Y luego te perjures;
Y aunque por las calladas
Lumbreras celestiales
Jures, y por los dioses inmortales.

Que burlan de estas cosas,
20 Y destas juras Venus, y el ligero
Pecho de las hermosas
Ninfas, y el amor fiero,
Que su saeta ardiente
Aguza en crueldad continuamente.

25 Y hácense mayores
Creciendo para ti los mozos todos,
Y en nuevos servidores
Creces, y de tus modos
No huyen crudos fieros,

30 Por más que lo amenazan, los primeros,

De ti la cuidadosa
Madre teme sus hijos, y el avaro
Padre; de ti la esposa
Teme el esposo caro,

35 Cuitada sino viene,
Pensando que tu vista le detiene.

NOTAS

1. Barina en el original. (Nise.)

8-9. Débil traducción del:

... simul obligasti.
Perfidum votis caput...

16-18. ...et toto taciturna noctis

Signa cum coelo gelidaque Divos

Morte carentes.

22-24. *Semper ardentis acuens sagittas*

Cote cruenta .

25-28. Bien traducido el:

*Adde quod pubes tibi crescit omnis;
Servitus crescit nova...*

Cfr. Lope de Vega en *La Dorotea*: «cuyos bozos crecieron con vuestros alientos.»

Los últimos versos de la estrofa son malos y no dan ni sombra del original.

[p. 286] ODA IX

NON SEMPER

No siempre descendiendo
La lluvia de las nubes baña el suelo;
Ni siempre está cubriendo
La tierra el torpe yelo,
5 Ni está la mar salada
Siempre con tempestades alterada.

Ni en la áspera montaña
Los vientos de continuo haciendo guerra
Executan su saña;

10 Ni siempre en la alta sierra
Desnuda la arboleda
Sin hoja, Nise, y sin verdor se queda.

Mas tú continuamente
Insistes en llorar a tu robada

15 Madre con voz doliente:
Y ni la luz dorada
Del sol cuando amanece
Mitiga tu dolor, ni si anochece.

Pues no lloró al querido
20 Antíloco sin fin el padre anciano,
Que tres edades vido;
Ni siempre en el troyano
Suelo fué lamentado
El príncipe Troilo en flor cortado.

25 Da fin a tus querellas:
Y vuelta al dulce canto que solías,
O canta mis centellas,
O tus duras porfías,
Que convierten en ríos
30 Los siempre lagrimosos ojos míos.

Di cómo me robaste
De en medio el tierno pecho, el alma y vida,
Di cómo me dejaste
[p. 287] Nunca de mi ofendida;

35 Y cómo tú de ingrata
Te precias, y de amar yo a quien me mata.

Y cómo aunque fallece
En mí ya la esperanza y alegría,
La fe viviendo crece

40 Más firme cada día;
Y siendo el agraviado
Perdón ante tus pies pido humillado.

NOTAS

10-12. Aquí la expresión del imitador resulta más dulce y melancólica que la del original, que es algo seca:

*... Aquilonibus
Querceta Gargani laborant,
Et foliis viduantur orni.*

V. 6-8.

16-18. Está bien; pero mucho mejor en latín:

*... vec tibi Vespero
Surgente decedunt amores,
Nec rapidum fugiente Solem.*

V. 10-12.

27. Hasta aquí llega la imitación de Horacio: los cuatro últimos versos de esta estrofa y las dos siguientes, son originales de fray Luis de León y aluden a sentimientos personales suyos. La estrofa última es notable.

ODA X

RECTIUS VIVES

Si en alta mar, Licino,
No te engolfares mucho, ni temiendo
La tormenta, el camino
Te fueres costa a costa prosiguiendo,

[p. 288] 5 Entre la demás gente
Sabrosa vivirás y dulcemente.

Que quien con amor puro
La dulce medianía ama y sigue,
Está libre y seguro
10 De las miserias en que el pobre vive,
Y carece de grado
Del palacio real, rico, envidiado.

Que al fin más cruda guerra
El viento hace al pino más crecido,
15 La torre viene a tierra
Quanto es más alta con mayor ruido,
Los montes ensalzados
Más veces de los rayos son tocados.

En los casos aviesos
20 No pierde la esperanza, ni confía

En los buenos sucesos
El ánimo, que está de noche y día,
Para ser combatido,
De templanza y valor apercebido.

- 25 Con lluvia y noche oscura
Si el cielo se oscurece, él se serena;
No si falta ventura
Agora, ha de durar siempre la pena,
Que Apolo ya su musa
30 Despierta, ya del arco y flechas usa.

- En las dificultades
Te muestra de animoso y fuerte pecho,
Y en las prosperidades
Quando el favor soplaré más derecho,
35 Recoge con buen tiento
La vela, que va hinchada con el viento.

NOTAS

2. Mejor estaría *siempre*, como en el original. (Mucho.)

8. Es más expresivo el *auream* del original y además está ya sancionado por el uso. (Dulce medianía.)

9-10. Mucho más enérgico en latín:

... *tutus caret obsoleti*
Sordibus tecti...

[p. 289] 17-18. Muy bien estos dos últimos versos:

...*feriuntque summos*
Fulgura montes.

19-44. Buena. (Estrofa.)

36. «Con el viento demasiado favorable», es lo que dice Horacio:

... *vento nimium secundo* .

ODA XII

NOLIS LONGA

Al canto y lira mía

No dicen las escuadras, las francesas
Banderas en Pavía
Cautivas, ni las armas cordovesas,
5 Ni el nuevo mundo hallado,
Ni el mar con turca sangre hora bañado.
Al son de trompa clara,
Y con heroico verso a ti conviene,
Grial, cantar la rara
10 Virtud del de Vivar que par no tiene,
O con más libre pluma
Hacer de nuestros hechos rica suma.

Mi musa no se emplee
Más de en la ilustre Nise, en su hermosura,
15 Que el sol igual no vee;
En la luz del mirar, y en la dulzura
De voz que quando suena
Alivia de dolor el alma y pena.

¿Por dicha habrá tesoro
20 Que a su rico cabello se compare,
Aunque se junte el oro
Que el indiano suelo engendra y pare,
Y quanta pedrería
Ormuz a Portugal y Persia envía?

25 ¿Pues qué sentido os dexa?
¿Qué libertad no roba quando inclina
[p. 290] Al beso, o falsa alexa
La boca hermosísima, y se indina,
Amando el ser forzada,
30 Y a veces ella os besa no rogada?

NOTAS

1-5. Nolis longa ferae bella Numantiae,
Nec durum Annibalem, nec Siculum mare
Poeno purpureum sanguine, mollibus
Aptari citharae modis.

V. 1- 4.

7-12. ...Tuque pedestribus
Dices historiis proelia Caesaris,

Maecenas, melius...

V. 9-11.

13-18. *Me dulces dominae Musa Licymniae
Cantus, me voluit dicere lucidum
Fulgentes oculos, et bene mutuis
Fidum pectus amoribus.*

V. 13-16.

20-24. *Num tu, quae tenuit dives Achaemenes,
Aut pinguis Phrygiae Mygdonias opes,
Permutare velis crine Licymniae,
Plenas aut Arabum domos?*

V. 21-24.

23-30. *Dum flagrantia detorquet ad oscula
Cervicem, aut facili saevitia negat,
Quae poscente magis gaudeat eripi;
Interdum rapere occupet.*

V. 25-28.

ODA XIV

EHEU! FUGACES

Con paso presuroso
Se va huyendo, ¡ay Postumo! la vida,
[p. 291] Y por más religioso
Que seas, no dilatas la venida
5 A la vejez, ni una hora
Detienes a la muerte domadora.

Por más que en sacrificio
Degüelles cada día que amanece
Mil toros por servicio
10 Del Dios Plutón, que nunca se enternece,
Que estrecha la grandeza
Del Ticio con las aguas de tristeza.

Por do pasarán todos
Quantos la liberal tierra mantiene,
15 Así el que de los Godos
Desciende, y en su mano el sceptro tiene,
Como los labradores

Que viven de tan solos sus sudores.

Y no servirá nada

- 20 No haber en la cruel batalla entrado,
Ni de la mar ayrada
No haber las bravas olas sprimentado,
Y en el otoño en vano
Huído habrás el ábrego mal sano.

- 25 Que del Cocyto obscuro
Las aguas perezosas es forzado
Que veas, y aquel duro
Trabajo, a que Sisipho es condenado,
Y la casta alevosa

- 30 De Danao y su suerte trabajosa.

Y que dexes muy presta
La casa, tierra y la muger amada,
Y que sólo el funesto
Ciprés te acompañe en la jornada,

- 35 Sólo de todas quantas
Plantas, para dexar en breve, plantas.

Y tus vinos guardados
Debajo de cien llaves, del dichoso
Herederero gastados

- [p. 292] 40 Serán, y del liquor, que en sumptuoso
Convite no es gustado,
De tu casa andará el suelo bañado.

NOTAS

9. No mil, sino *trescientos cada día* , dice el original:

Non, si trecenis, quotquot eunt dies

.....

Plutona tauris

12. *Tristi unda* . Omítese el *ter amplum Geryonen* .

15. *Los Godos* son aditamento del traductor. Dice el original *sive reges* .

25-26. ... *ater flumine languido*

Cocytos errans .

29-30. *Danai genus infame...*

32. Más expresivo en latín, *placens uxor* .
34. (Corrige a ciprés por el metro.)
37. Falta el *Caecuba* .
41. Falta el *Pontificum potiore coenis* .

ODA XVIII

NON EBUR

Aunque de marfil y oro
No está en mi casa el techo jaspeado
Con la labor del Moro,
Ni a las vigas de Himecia han sustentado
5 Columnas muy labradas
De los confines de África cortadas:

Y aunque no fuí heredero
De las riquezas de Átalo y su estado,
Ni tengo en mi granero
10 El trigo que en la Apulia se ha sembrado,
Ni me envían mis criadas
De Laconia las granas adobadas:

Pero una medianía
Con un ingenio y vena razonable
[p. 293] 15 Tengo, con que me hacía,
Aunque pobre, a los ricos agradable,
Y en aquesta pobreza
Nunca pedí a los Dioses más riqueza.

Ni pido al poderoso
20 Amigo que me dé mayor estado,
Pues llamo yo dichoso
Al que me da mi granja y campo amado;
Y veo cual se alejan
Los días que vuelan, y vejez me dexan.

25 Tú buscas oficiales
(Cuasi entregado a la vejez odiosa)
Que te corten iguales
Para tu entierro mármoles y losa,
Casi estando olvidado
30 De la muerte, que tienes tan al lado.

Y poco le parece
A tu avaricia toda la ribera,
Que a edificar se ofresce
Dentro del mar, quizá porque acá fuera
35 Ven (para tus antojos)
Poco espacio en la tierra y a tus ojos.

Tomando vas a todos
Tus vasallos la tierra, que han comprado,
Y por todos los modos
40 Que puedes en sus tierras te has entrado,
Y de sal avariento,
Sólo a robar lo ajeno estás atento.

A la muger cuitada
Cargada con sus hijas vas echando
45 De su pobre morada:
Su dura suerte, y tu crueldad culpando,
El marido lloroso
Venganza pide al cielo poderoso.

Aquesto le consuela,
50 Ver, que a este señor de grande estado
El infierno le espera,
Do será por menudo castigado
De cuantas sinrazones
Hizo, tomando agenas posesiones.

[p. 294] 55 ¿Qué andas imaginando
Para adquirir aun más de lo adquirido?
Que la muerte domando
A todos va, quantos acá han nascido,
Assí a los muy señores,
60 Como a los miserables labradores.

Pues a la centinela,
Que la infernal morada está guardando,
No pienses con cautela,
Ni con puro dinero ir engañando,
65 Pues nunca por dinero
Pudo engañar Prometheo al gran portero.

Éste tiene en cadena
A Tántalo, y a todo su linage,
Éste saca de pena
70 Al pobre que la vida le era ultrage,

Y al que vive contento,
Hace gustar la muerte en un momento.

NOTAS

3. Cfr. Vida retirada.

7. Falta el ignotus.

11. Clientae.

17-18. ... nihil supra.

Deos lacesso...

19-24. Muy débil esta estrofa.

25-30. *Tu secanda marmora*

Locas sub ipsum funos, el sepulcri

Immemor, struis domos;

El sentido, como se ve, es completamente distinto.

31-36. Esta estrofa no hace sentido. Quevedo la enmendó al imprimirla. Seguramente estaba viciada en los manuscritos.

41. Equivocación de sentido por distracción del traductor. *Salis avarus* dice el texto. *Salis* no es aquí genitivo, sino segunda persona del presente del verbo *salio*. También enmendó Quevedo este pasaje.

43-48. Traducción infeliz. Falta la bellísima frase:

... pellitur paternos

In sinu ferens Deos .

[p. 295] 57-60. ... *Æqua tellus*

Pauperi recluditur,

Regumque pueris .

66. Nótese la acentuación. (De Prometheo.)

67-72. Está bien, aunque no muy poéticamente traducido el difícil pasaje.

Vocatus atque non vocatus audit .

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — V : HORACIO II

[p. 295] POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

I. — TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO III

LIBRO TERCERO

ODA IV

DESCENDE COELO

Desciende ya del cielo,
Calíope oh reyna de poesía,
Por largo espacio el suelo
Hinche de melodía,
.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 88 de este volumen.]

NOTAS

Adviértase que en sus traducciones de Horacio, fray Luis de León procura encerrar en cada lira una estrofa del original.

7-8. *amabilis insania* .

10-11. *El amado* , es débil. Dice el texto:

... *pios*
Errare per lucos .

18. Falta el hermoso epíteto *fabulosae* aplicado a las palomas.

21. Falta la rima. Probablemente fray Luis escribió *Acherano* (sic).

30. *Non sine Dis animosus infans* . Muy bien traducido.

36. *Liquidæ Baiaæ* .

46. *Devota... arbor* . El árbol aciago.

46. *Insanientem... Bosphorum* .

48. *Littoris Assyrii viator* .

[p. 296] 51-52. *Et laetum equino sanguine Concanum* .

Los Concanos no eran los Guipuzcoanos, sino un pueblo de Cantabria .

59. *Fessas cohortes* es mucho más enérgico.

62-63. Parece algo vaga la traducción del:

... *dato*
Gaudetis, almae .

70. *Regnaque tristia* .

78. Quedan sin traducir estos dos hermosos versos:

Fratresque tendentes opaco
Pelion imposuisse Olympo .

80. Mimas.

82-84. ...*evulsisque truncis*
Enceladus, jaculator audax .

87. ...*Avidus stetit*
Vulcanus .

97-98. *Vis consilî expers, mole ruit sua* .

107. Falta el epíteto *integrae* aplicado a Diana.

108. *Virginea* , dice Horacio. (Soberana.)

109-114. Oscura e infeliz estrofa.

115-116. Falta el *jecur* .

La traducción de esta oda no pasa de mediana.

ODA VII

QUID FLES, ASTERIE

¿Por qué te das tormento,
Asterie? No será el abril llegado,
Que con próspero viento
De riquezas cargado,
.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 94 de este volumen.]

NOTAS

4. *Thyna merce* .

8. *Insana Caprae sidera* .

[p. 297] 29-30. *Peccare docentes... historias*

32-33. *Scopulis surdior Icari* .

40. *Gramine Martio* ; es más gráfico y preciso.

46. Epíteto añadido por fray Luis de León y que da color moderno a la pieza. Horacio dice *querulae... tibiae* .

48. *Nota.*— La lección de los manuscritos es más fiel al original

(I aunque mil voces diera),
Tú más dura en no oírle persevera.

*Et te saepe vocanti
Duram difficilis mane* .

ODA IX

DONEC GRATUS

HORACIO

Mientras que te agradaba,
Y mientras que ninguno más dichoso
Los brazos añudaba
Al blanco cuello hermoso....

[Vease el texto íntegro en las pág. 96 de este volumen.]

NOTAS

Preciosa traducción y casi enteramente exacta.

12-13. *Et citharae sciens.*

16-17. *Me torret face mutua* es más expresivo en cuanto a la idea de recíproco amor.

18-20. Falta el *bis*, y es muy esencial, porque cada uno de los interlocutores de este diálogo *amebeo* va encareciendo sobre lo que dice el otro.

22. *Jugo aeneo* tiene más fuerza.

27-28. *... improbo*
Iracundior Adria.

ODA X

EXTREMUM TANAIN

Aunque de Scythia fueras,
Y aunque más bravo fuera tu marido
[p. 298] Condolerte debieras,
Lyce, del que ofrecido
5 Al cierzo tienes en tu umbral tendido.

La puerta, la arboleda
Oyes del fiero viento combatida,
¿Quál brama? ¿Quál se queda
La nieve ya caída
10 Del ayre agudo en mármol convertida?

Dexa, que es desamada
De Venus esa tu soberbia vana,
No te halles burlada,
No te engendró Toscana
15 A ser como Penélope inhumana.

¡Oh! aunque a domeñarte
Ni tu marido de otro amor tocado,
Ni ruego, ni oro es parte,
Ni del enamorado
20 La amarillez teñida de violado;

Un poco de blandura
Usa conmigo, o sierpe, o más que hierta
Encina y roble dura,
Que no siempre tu puerta
25 Podré sufrir al ayre descubierta.

NOTAS

5. Falta el bello epíteto *incolis* aplicado a *Aquilonibus* .

10. *Puro numine Jupiter* . Al traducir, como lo hizo, *puro numine* por *aire agudo* , fray Luis adivinó la corrección de Ricardo Benfley, que propone leer *duro* en vez de *puro*.

13. Débil traducción del verso:

Ne currente rota funis eat retro .

15. *Difficilem procis* .

17. *Pieria pellice saucius* .

19-20. *Nec tinctus viola pallor amantium* .

[p. 299] ODA XVI

INCLUSAM DANAEN

Assaz tenían guardada
A Danae de nocturnos amadores
La torre fabricada
De metal, y de perros veladores
La centinela alerta,
.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 104 de este volumen.]

NOTAS

1. *Munierant satis* .

2. *Noturnis ab adulteris*.

4. *Vigilum canum*.

7. *Custodem pavidum*. Fray Luis omite el nombre de *Acrisio*; pero importa poco.

14. *Per medios ire satellites*.

18. Falta el epíteto *auguris*.

29-30. En latín es más expresivo:

Late conspicuum tollere verticem.

31-38. *Quanto quisque sibi plura negaverit,
A Dis plura feret. Nihil cupientium
Nudus castra peto; et transfuga divitum
Partes linquere gestio,
Contemptae dominus splendidior rei.
.....*

40. Falta el *non piger*; pero es secundario.

41-42. *Magnas inter opes inops* . Cfr. L. de Argensola: *Mira al avaro en sus riquezas pobre* .

44. *Fertilis Africae*, dice Horacio.

51-56. *Nec Laestrygonia Bacchus in amphora
Languescit mihi; nec pinguis Gallicis
Crescunt vellera pascuis;
Importuna tamen pauperies abest.*

Traducción buena en general.

[p. 300] ODA XXVII

IMPIOS PARRAE

Agüero en la jornada
Al malo dé la voz del pico oída,
Y la perra preñada,
.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 115 de este volumen.]

NOTAS

Es la menos afortunada de las traducciones de fray Luis.

Título. *Impios parrae* . Algunos creen que este pajarraco era la *urraca* .

5. Falta el epíteto geográfico *Lanuvino* .

12. Acaso diría el poeta *del cuervo el vuelo* .

14-15. *Stantes paludes*; mal traducido.

Todavía lo está peor la perífrasis de la corneja:

Imbrium divina avis imminetum.

17-18. *Et memor nostri.*

24-25. Infeliz el *luengamente* . Horacio dice:

... *ater*
Adriae, novi, sinus et quid albus
Peccet Iapyx.

26-35. Ni sombra de la gallardía del original.

37. *Studiosa florum*; rara traducción.

41-42. ¡Cuánto más enérgico el original!:

Quae simul centum tetigit potentem
Oppidis Creten...

47-48. No traduce ni remotamente la frase de Horacio:

... *levis una mors est*
Virginum culpae.

51-53. Feliz expresión.

66-67. Esta enigmática frase quiere ser interpretación del

[p. 301] ... *teneraeque succus*
Defluant praedae.

Cfr. Quintana

75-76. Tampoco se entendería bien sin recurrir al original. Lo que dice es *zona te secuta*; el cinturón que por fortuna conservaste.

80-82. Mucho más enérgico el original, y además fray Luis omite una hermosa circunstancia:

*... nisi herile mavis
Carpere pensum.*

85. *Remisso arcu* es mucho más expresivo y elegante.

91. ... bene ferre magnam
Disce fortunam.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — V : HORACIO II

[p. 301] POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

I. — TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO IV

LIBRO IV

ODA I

INTERMISA, VENUS, DIU

Después de tantos días,
O Venus, ¿otra vez soplas el fuego
De tus duras porfías?

.....

[Véase el texto integro en la pág. 123 de este volumen.]

NOTAS

Hermosa traducción y en algunas estrofas inmejorable.

9-10. Admirablemente dicho, mejor que en el original:

Jam durum imperiis.

11-12. Todavía más enérgico en la traducción que en el original.

13-18. Falta el *domum Pauli* y el *purpureis ales oloribus* .

31-36. Linda estrofa.

41. Falta el *pede candido* y el *morem Salium* , dos circunstancias importantes.

44-46. Traducción algo oscura y débil del *spes animi credula mutui* .

49-60. Estas dos bellísimas estrofas tienen toda la suave languidez de los ocho últimos versos de Horacio.

[p. 302] ODA XIII

AUDIVERE, LYCE

- Cumplióse mi deseo,
Cumplióse, o Lyce; a la vejez odiosa
Entregada te veo,
Y todavía parecer hermosa
- 5 Quanto puedes procuras,
Y burlas, y haces mil desenvolturas.
- Y con la voz temblando
Cantas por despertar el perezoso
Amor, que reposando
- 10 Se está despacio sobre el rostro hermoso
De Chía la cantora,
Que de su edad está en la flor agora.
- Que sobre seca rama
No quiere hacer asiento, ni manida
- 15 Aquel malo, y desama
Te ya; porque la boca denegrada,
Y las canas te afean,
Que en la nevada cumbre ya blanquean.
- Y no son poderosas
- 20 Ni las granas de Coo, ni los brocados,
Ni las piedras preciosas
A tornarte los años, que encerrados
Debajo de su llave
Dejó la edad, que vuela más que el ave.
- 25 ¿Qué se hizo aquel donayre,
Aquella tez hermosa? ¿dó se ha ido
Del movimiento el ayre?
¿Aquella, aquella dó ha desaparecido,
Aquella en quien bullía
- 30 Amor, que enagenado me tenía?
- No hubo más amada
Beldad, después de Cynara, más clara,
De más gracias dotada;
Mas ¡ay! ¿cómo robó la muerte avara
- 35 A Cynara temprano,
Y con la Lyce usó de larga mano?
[p. 303] Dióle que en larga vida
Con la antigua corneja compitiese,

De años consumida,
40 Para que con gran risa ver pudiese
La gente moza herviente
Vuelta en pavesa ya, la hacha ardiente.

NOTAS

Buena traducción.

6. Falta el *bibis* , que es necesario para la inteligencia del *cantu tremulo* de la estrofa siguiente.

13-15. Muy bien.

18. Cfr. «Imitación de diversos.»

28. *Ilius, illius*.

Jovellanos, en la Epístola a sus amigos de Sevilla, imitó algo de esta oda.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — V : HORACIO II

[p. 303] POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

I. — TRADUCCIONES HORACIANAS: LIBRO V

LIBRO V

ODA II

BEATUS ILLE

Dichoso el que de pleytos alejado,
Qual los del tiempo antiguo,

.....

[Véase el texto íntegro en la pág. 150 de este volumen.]

NOTAS

En esta célebre traducción procuró fray Luis remedar la combinación métrica de los *Épodos* de Horacio, lo cual le hizo ser oscuro en alguna estrofa y dejar incompleta la versión de alguna otra; pero ¡cuánto hay que admirar en todo lo restante!

Nota (I) Burgos criticó este *olvidado* por fiarse del texto impreso.

3. Falta el *paterna* aplicado a *rura* y el *bobus suis* .

13-20. Está cambiado el orden de estas dos estrofas, sin duda para mayor claridad.

18. Falta el *mitibus pomis* .

34. *Amite levi* .

[p. 304] 41. *Pernicis uxor Appuli* .

45. *Textis cratibus* .

47-48. Aquí la traducción es mejor que el original:

Et horna dulci vina promens dolio
Dapes inemptas apparet:

50. *Lucrina conchyliā.*

53. *Afra avis.*

54. *Attagen Jonicus.*

57. *Herba lapathi prata amantis* (son las acederas).

63-64. ... *vomerem inversum boves*
Collo trahentes languido.

67-70. Las dos últimas parejas de versos son rlojos y no conservan nada de la ironía del original:

Haec ubi locutus foenerator Alfius

.....

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — V : HORACIO II

[p. 307] POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN, ACOTADAS POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

II. — IMITACIONES HORACIANAS

ODA I

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido.
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Beatus ille qui procul negotiis.
(Hor. Epod. II, v. 1.)

Secretum iter et fallentis semita vitae.
(Hor. Epíst. I, 18, v. 103.)

Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira fabricado
Del sabio moro en jaspes sustentado.

*Forumque vital et superba civium
Potentiorum limina.*
(Hor. Epod. II, v. 7-8.)

*Non ebur neque aureum
Mea renidet in domo lacunar:
[p. 308] Non trabes Hymettiae
Premunt columnas ultima recisas
Africa...*
(Hor. Od. II, 18, v. 1-5.)

*Auratasne trabes, an Mauros undique postes,
An picturata lucentia marmora vena.*
(Stat. Sylv. I, 3, v. 35-36.)

¿Qué presta a mi contento
Si sol del vano dedo señalado?
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, y mortal cuidado?

Quod monstror digito praetereuntium

(Hor. Od. IV, 3, v. 22.)

Non ego ventosae plebis suffragia venor.

(Hor. Epíst. I, 19, v. 37.)

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Cfr. Hor. Od. III, 29, donde hay ideas análogas a éstas.

... et mihi vivam

Quod superest aevi, si quid superesse volunt Di.

(Hor. Epíst. I, 18, v. 107-108.)

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
De ver y acrecentar su fermosura,
Desde la cumbre ayrosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
[p. 309] Hoc erat in votis; modus agri non ita magnus,
Hortus ubi, et tecto vicinus jugis aquae fons,
Et paulum silvae super his foret

(Hor. Satyr. II, 6, v. 1-3.)

Puræ rivus aquae, silvaque jugerum
Paucorum et segetis certa fides meae.

(Hor. Od. III, 16, v. 29-30.)

Continui montes, nisi dissocienter opaca

Valle...

Fons etiam rivo dare nomen idoneus, ut nec
Frigidior Thracam, nec purior ambiat Hebrus.

(Hor. Epíst. I, 16, v. 5-6, 12-13.)

No es mío ver el lloro
De los que desconfían
Quando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruxe, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen a porfía.

Non est meum, si mugial Africis
Malus procellis, ad miseris preces
Decurrere, et votis pacisci,
Ne Cypriae Tyriaeque merces
Addant avaro divitias mari.

(Hor. Od. III, 29, v. 57-66.)

Ponto nox incubat atra.

(Virg. Æn. I, v. 89.)

Insequitur clamorque virum stridorque rudentium.

(Virg. Æn, I, v. 87.)

Hostium uxores puerique caecos
Sentiant motus orientis Austri, et
Aequoris nigri fremitum, et trementes
Verbere ripas.

(Hor. Od. III, 27, v. 21-24.)

[p. 310] A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me baste, y la baxilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme ayrada.

*Mundaeque parvo sub Lare pauperum
Coenae, sine aulaeis et ostro,
Sollicitam explicuere frontem.*

(Hor. Od. III, 29, v. 13-15.)

A la sombra tendido

De yedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

*Me doctarum hederæ præmia frontium
Dis miscent superis...*

(Hor. Od. I, i, v. 29-30.)

ODA II

A DON PEDRO PORTOCARRERO

Virtud hija del cielo,
La más ilustre empresa de la vida,
En el oscuro suelo
Luz tarde conocida,
Senda que guía al bien poco seguida:
Tú dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides,

Aristóteles, himno a Hermias.

y resplandece
Muy más que el claro día
De Leda el parto,

... puerosque Ledaæ.

(Hor. Od. I, 12, v. 25.)

Y [p. 311] por tu senda agora
Traspasa luengo espacio con ligero
Pie y ala voladora
El gran Portocarrero.
Osado de ocupar el bien primero.

*Crescit, occulto velut arbor ævo,
Fama Marcelli; micat inter omnes
Iulium sidus, velut inter ignes
Luna minores.*

(Hor. Od. I, 12, v. 45-48.)

Del vulgo se descuesta,
Hollando sobre el oro, firme aspira
A lo alto de la cuesta,

Ni violencia de ira,
Ni dulce y blando engaño le retira.
Ni mueve más ligera,
Ni más igual divide por derecha
El ayre y fiel carrera
O la traciana flecha,
O la bola tudesca un fuego hecha.

*Virtus, repulsae nescia sordidae,
Intaminatis fulget honoribus,
Nec sumit aut ponit secures
Arbitrio popularis aurae.
Virtus, recludens immeritis mori
Coelum, negata tentat iter via;
Coetusque vulgares et udam
Spernit humum fugiente penna.*

(Hor. Od. III, 2, v. 17-24.)

ODA III

AL MISMO

La cana y alta cumbre
De Illiberi, clarísimo Carrero,
Contiene en sí tu lumbre
Ya casi un siglo entero,
Y mucho en demasía
Detiene nuestros gozos y alegría.
[p. 312] Los gozos que el deseo
Figura ya en tu vuelta, y determina
A do tendrá el Lyeo.

*Divis orte bonis, optime Romulae
Custos gentis, abes jam nimium diu:
Maturum reditum pollicitus patrum
Sancto concilio, redi.
Lucem redde tuae, dux bone, patriae;
Instar veris enim vultus ubi tuus
Affulsit, populo gratior it dies,
Et soles melius nitent.*

(Hor. Od. IV, 5, v. 1-8.)

Y juntas en tu pecho
Una suma de bienes peregrinos,

Por donde con derecho
Nos colmas de divinos
Gozos con tu presencia,
Y de cuidados tristes con tu ausencia.

Cfr. Píndaro. Olímpíada I.

Como en la ardiente arena
El líbico león las cabras sigue,
Las haces desordena,
Y rompe, y las persigue
Armado relumbrando
La vida por la gloria despreciando.

*Qualemve laetis caprea pascuis
Intenta, fulvae matris ab ubere
I am lacte depulsum leonem,
Dente novo peritura, vidit:
Videre Rhaetis bella sub Alpibus
Drusum gerentem Vindelici.*

(Hor. Od. IV, 4, v. 13-18.)

Y convirtió en huída
Mil banderas de gente descreída.

*Lateque victrices catervae,
Consiliis juvenis revictae...*

(Hor. Od. IV, 4, v. 23-24.)

[p. 313] ODA IV

AL MISMO

Y la fuerza sin ley que más se empina
Al fin la frente inclina,
Que quien se opone al cielo,
Quando más alto sube viene al suelo.

*Vis consilii expers mole ruit sua:
Vim temperatam Dî quoque provehunt
In majus; idem odere vires
Omne nefas animo moventes.*

(Hor. Od. III, 4, v. 65-68.)

Testigo es manifiesto
El parto de la tierra mal osado,

Que cuando tuvo puesto
Un monte encima de otro y levantado,
Al hondo derrocado
Sin esperanza, gime
Debaxo su edificio que le oprime.

*... scimus ut impios
Titanas immanemque turbam
Fulmine sustulerit caduco,
Qui terram inertem...
Fratresque tendentes opaco
Pelion imposuisse Olympo.*

(Hor. Od. III, 4. v. 42-52.)

ODA V

A FRANCISCO SALINAS, CATEDRÁTICO DE MÚSICA
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Y como está compuesta
De números concordes, luego envía
Consonante respuesta,
Y entrambas a porfía
Mezclan una dulcísima armonía.

Hic est... qui intervallis conjunctus imparibus, sed tamen, pro rata parte, ratione distinctis, impulsu et motu ipsorum orbium efficitur. . Qui numeros rerum omnium nodus est . (Cic. Somnium Scipionis. Cap. VI.)

[p. 314] ODA VI

EL NACIMIENTO DE DOÑA TOMASINA, HIJA DEL MARQUÉS DE ALCAÑICES DON
ÁLVARO DE BORJA. Y DOÑA ELVIRA ENRÍQUEZ

Hermoso sol luciente,
Que el día traes y llevas rodeado
De luz resplandeciente
Más de lo acostumbrado,
Sal ya, verás nacido tu traslado.

*Alme Sol, curru nitido diem qui
Promis et celas, aliusque et idem
Nasceris...*

(Hor. Carmen Saecul. v. 9-11.)

Diéronte bien sin cuento
Con voluntad concorde y amorosa
Quien rige el movimiento
Sexto, con la diosa
Que en la tercera rueda es poderosa.

Concordes stabili fatorum numine Parcae.

(Virg. Egl. IV, v. 47.)

De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado
Torció el paso y la cara;
Y el fiero Marte ayrado
El camino dexó desocupado.
Y el roxo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando descendía
Contigo al baxo polo,
La cítara hería,
Y con divino canto así decía:

Seu Libra, seu me Scorpius adspicit

Formidolosus, pars violentior

Natalis horae, seu tyranus

Hesperiae Capricornus undae...;

... te Iovis impio

Tutela Saturno refulgens

Eripuit, volucrisque Fati

Tardavit alas...

(Hor. Od. II, 17, v. 17-25.)

[p. 315] ¡Ay tristes! ¡ay dichosos
Los ojos que te vieren! huyan luego,

... miseri quibus

Intentata nites.

(Hor. Od. I, 5, v. 12-13.)

ODA VII

A FELIPE RUIZ DE LA TORRE Y MOTA

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la mina, ni la rara
Esmeralda provecho;
Que más tuerce la cara

Quanto posee más el alma avara.

*Crescentem sequitur cura pecuniam,
Majorumque fames...*

(Hor. Od. III, 16, v. 17-18.)

*Quod si dolentem nec Phrygius lapis,
Nec purpurarum sidere clarior
Delenit usus, nec Falerna
Vitis Achaemeniumque costum.*

(Hor. Od. III, 1, v. 41-44.)

*Nullus argento color est, avaris
A bditto terris...*

(Hor. Od. II, 2, v. 1-2.)

Al capitán romano
La vida, y no la sed quitó el bebido
Tesoro persiano;
Y Tántalo metido
En medio de las aguas afligido
De sed está: y más dura
La suerte es del mezquino, que sin tasa
Se cansa así, y endura
El oro, y la mar pasa
Osado, y no osa abrir la mano escasa.

Crescit indulgens sibi dirus hydrops.

(Hor. Od. II, 2, v. 12.)

[p. 316] *Tantalus a labris sitiens fugientia captat
Flumina...*

(Hor. Saty. I, 1, v. 68-69.)

*... hic superbum
Tantalum, atque Tantali...
Genus coercescet...
Nulla certior tamen,
Rapacis Orci fine destinata
Aula divitem manet
Herum...*

(Hor. Od. II, 18, v. 36-38 y 29-32.)

¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,
Si estrecha el ñudo dado,

Si más enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre al dueño?

*Quid iuvat immensum te argenti pondus et auri
Furtim defossa timidum deponere terra?...
... Congestis undique saccis
Indormis inhians...*

(Hor. Saty. I, 1, v. 41-42 y 70-71.)

*... scilicet improbae
Crescunt divitiac; tamen
Curtae nescio quid semper abest rei.*

(Hor. Od. III, 24, v. 62-64.)

Magnas inter opes inops.

(Hor. Od. III, 16, v. 28)

ODA VIII

AL MISMO

Entonces veré cómo
El divino poder echó el cimiento
Tan a nivel y plomo,
[p. 317] Do estable eterno asiento
Posee el pesadísimo elemento.

Quae molitio, quae ferramenta, qui vectes, quae machinae, qui ministri tanti operis fuerunt.

(Cic. De Natur Deo. I, 8.)

Veré las inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que a la mar ayrada
La providencia tiene aprisionada.

Quae mare compescant causae; quid temperet annum;
Stellae sponte sua, jussaene vagentur et errent;
Quid premat obscurum Lunae, quid proferat orbem:
Quid velit et possit rerum concordia discors.

(Hor. Epíst. I, 12, v. 16-19)

¿No ves cuando acontece

Turbarse el ayre todo en el verano?
El día se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.

Y entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
Envían largos ríos los collados;
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.

... ruit arduus aether,
et pluvia ingenti sata laeta boumque labores
Diluit; implentur fossae, et cava flumina crescunt
Cum sonitu; fervetque fretis spirantibus aequor.
Ipse Pater, media nimborum in nocte, corusca
Fulmina molitur dextra: quo maxima motu
Terra tremit; fugere ferae, et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor.

(Virg. Georg. I, v. 324-331.)

[p. 318] ... *Vel quum ruit imbriferum ver*

.....

Omnia ventorum concurrere praelia vidi.

(Virg. Georg. I, v. 313 y 318.)

ODA IX

AL MISMO

Bien como la ñudosa
Carrasca, en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada el hierro torna rica, esforzada.

Querrás hundille, y crece
Mayor que de primero; y si porfía
La lucha, más florece,
Y firme al suelo envía
Al que por vencedor ya se tenía.

*Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigrae feraci frontis in Algido,
Per damna, per caedes, ab ipso
Ducit opes animumque ferro*

.....
*Merses profundo, pulchrior evenit:
Luctere, multa proruet integrum
Cum laude victorem...*

(Hor. Od. IV, 4, v. 57-67.)

ODA X

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

Recoge ya en el seno
El campo su hermosura, el cielo aoja
Con luz triste el ameno
Verdor, y hoja a hoja
Las cimas de los árboles despoja.
Ya Phebo inclina el paso
[p. 319] Al resplandor Egeo; ya del día
Las horas corta escaso:
Ya el malo medio día
Soplando espesas nubes nos envía.
Ya el ave vengadora
Del Ibico navega los nublados,
Y con voz ronca llora;
Y el cuello al yugo atados
Los bueyes van rompiendo los sembrados.

*Vides ut alta stet vive candidum
Soracte...*

(Hor. Od. I, IX, v. 1 y 2.)

*Iam clarus occultum Andromedae pater
Ostendit ignem; iam Procyon furit,
Et stella vesani Leonis,
Sole dies referente siccus.*

(Hor. Od. III, 29, v. 17-20.) Fray Luis vuelve al revés la descripción de Horacio.

*Nidum ponit, Ityn flebiliter gemens,
Infelix avis, et Cecropiae domus
Æternum opprobium...*

(Hor. Od. IV, 12, v. 5-7.)

El tiempo nos convida
A los estudios nobles; y la fama,

Contraste con Horacio: *Adduxere sitim tempora, Virgili.*
(Od. IV, 12, v. 13.)

ODA XI

PROFECIA DEL TAJO

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
Del Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El río, y le habló de esta manera:

Pastor cum traheret.

(Hor. Od. I, 15.)

[p. 320] En mal punto te goces,
Injusto forzador; que ya el sonido,

Mala ducis avi domum.

(Hor. Od. I, 15, v. 5.)

Debaxo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo

Latet sub classibus aequor.

(Virg. Æn. IV, v. 582.)

¡Ay! cuánto de fatiga,
¡Ay! cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente
A hombres y a caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

*Eheu! quantus equis, quantus adest viris
Sudor! quanta moves funera Dardanae
Genti!*

(Hor. Od. I, 15, v. 9-11.)

ODA XII

NOCHE SERENA

Quando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hacia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado:

*Quum subspicimus magni coelestia mundi
Templa super, stellisque micantibus aethera fixum;
Et venit in mentem solis lunaeque viarum...*

(Lucret. V, 1.203-1.205.)

[p. 321] ¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisongera
Vida, con quanto teme y quanto espera.
¿Es más que un breve punto
El baxo y torpe suelo, comparado
A aqueste gran trasumpto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternals,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales:
La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor le sigue reluciente y bella:
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte ayrado,
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado

Serena el cielo con su rayo amado:
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:

*Quis Deus hanc mundi temperet arte domum;
Qua venit exoriens, qua deficit; unde coactis
Cornibus in plenum menstrua Luna redit;
Unde salo superant venti; quid flamine captet
Eurus; et in nubes unde perennis aqua;
Si ventura dies, mundi quae subruat arces.*

(Propertio, III, 5, v. 26-31.)

*Ex quibus unum globum possidet illa, quam in terris Saturniam nominant, deinde est hominum generi
prosperus et salutaris ille fulgor qui dicitur Jovis: tum rutilus horribilisque terris, quem Martem
dicitis... Hunc (Solem) ut comites consequuntur alter Veneris alter Mercurii cursus: in infimoque
orbe Luna, radiis solis accensa convertitur... (Cic. Somnium Scipionis, cap. IV.)*

Haec coelestia semper spectato; illa humana contemnit. (Cic. Somnium Scipionis, cap. VI.)

[p. 322] ODA XIII

LAS SIRENAS A CHERINTO

Decía conmoviendo
El ayre en dulce son: La vela inclina
Que del viento huyendo
Por mares camina,
Ulises, de los griegos luz divina.
Allega y da reposo
Al inmortal cuidado, y entre tanto
Conocerás curioso
Mil historias que canto,
Que todo navegante hace otro tanto.
Todos de su camino
Tuercen a nuestra voz, y satisfecho
Con el cantar divino
El deseoso pecho,
A sus tierras se van con más provecho.
Que todo lo sabemos
Quanto contiene el suelo, y la reñida
Guerra te contaremos
De Troya, y su caída

Por Grecia y por los dioses destruída.

Hom. Odiss. XII.

ODA XIV

A UN JUEZ AVARO

Aunque en ricos montones
Levantes el cautivo inútil oro;

*Intactis opulentior
Thesauris Arabum et divitis Indiae...*

.....

No velará en tu lecho;
Ni huirás la cuita, la agonía
Del último despecho;
Ni la esperanza buena en compañía
[p. 323] Del gozo tus umbrales
Penetrará jamás, ni la Megera
Con llamas infernales
Con serpentino azote la alta y fiera
Y diestra mano armada,
Saldrá de tu aposento sola un hora;
¡Ay! ni tendrás clavada
La rueda, aunque más puedas, voladora
Del tiempo hambriento y crudo,
Que viene con la muerte conjurado,
A dexarte desnudo
Del oro y quanto tienes más amado.

*Si figit adamantinos
Summis verticibus dira Necessitas
Clavos, non animum metu,
Non mortis laqueis expedit caput.*

(Hor. Od. III, 24, v. 1-8.)

ODA XVIII

A SANTIAGO

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas como Orpheo,

Si ya mi canto fuera
Igual a mi deseo
Cantando el nombre santo Zebedeo.

*Quod si Threicio blandius Orpheo
Auditam moderere arboribus fidem.*

(Hor. Od. I, 24, v. 13-14.)

ODA XIX

A TODOS LOS SANTOS

¿Qué santo, o qué gloriosa
Virtud, qué deidad que el cielo admira,
[p. 324] Oh Musa poderosa
En la cristiana lira.....

*Quem virum aut heroa lira vel acri
Tibia sumis celebrare, Clio?*

(Hor. Od. I, 12, v. 1-2.)

Qué nombre entre estas breñas a porfía
Repetirá sonando
La imagen de la voz, en la manera
El ayre deleytando,
Que el Ephrateo hiciera
Del sacro y fresco Hermón por la ladera?
A do ceñido el oro
Crespo de verde hiedra, la montaña
Conduxo con sonoro
Laúd, con fuerza y maña
Del oso y del león domó la saña.

*... cujus recinet jocosa
nomen imago.*

(Hor. Od. I, 12, v. 3-4.)

*Unde vocalem temere insecutae
Orphea sylvae...*

(Hor. Od. I, 12, v. 7-8.)

¿Pues quién diré primero,
Que el Alto, y que el Humilde, que la vida
Por el manjar grosero

Restituyó perdida,
Que al cielo levantó nuestra caída?

*Quid prius dicam solitis parentis
Laudibus? qui res hominum ac Deorum;
Qui mare et terras, variisque mundum
Temperat horis.*

(Hor. Od. I, 12, v. 13-16.)

Tras dél el vientre entero,
La Madre de esta luz será cantada,
Clarísimo lucero
En esta mar turbada,
Del linaje humano fiel abogada.

Espíritu divino,
No callaré tu voz, tu pecho opuesto

[p. 325] *Proximos illi tamen occupavit
Pallas honores.*

Praeliis audax, neque te silebo.

(Hor. Od. I, 12, v. 19-21.)

Cual árbol con los años
La gloria de Francisco sube y crece,
Y entre los hermitaños
El claro Antón parece
Luna que en las estrellas resplandece.

*Crescit, occulto velut arbor aevo,
Fama Marcelli: micat inter omnes
Julium sidus, velut inter ignes
Luna minores.*

(Hor. Od. I, 12, v. 45-48.)

ODA XX

DE LA MAGDALENA

Elisa, ya elpreciado
Cabello que del oro escarnio hacía
La nieve ha desmudado:
¡Ay! ¿yo no te decía,
Recoge, Elisa, el pie que vuela el día?
Ya los que prometían
Durar en tu servicio eternamente,
Ingratos se desvían,

Por no mirar la frente
Con rugas afeada, el negro diente.

Dicebam tibi, Galla, senescimus, effugit aetas.
(Auson. Ep. XIII.)

Parcius junctas quatiunt fenestras.
(Hor. Od. I, 25, v. 1.)

Audivere, Lyce, Dî mea vota, Di
Audivere, Lyce...
...et refugit te, quia luridi
Dentes te, quia rague
Turpant et capitis nives.
(Hor. Od. IV, 13, v. 1-2; 10-12.)

De [p. 326] ti misma? Y agora
Rico de tus despojos, más ligero
Que el ave, huye, y adora
A Lida el lisongero,
Tú quedas entregada al dolor fiero.

Ille virentis et
Doctae psallere Chiaie
Pulchris excubat in genis.
Importunus enim transvolat aridas
Quercus...
(Hor. Od. IV, 13, v. 6-10.)

ODA XXIV

IMITACIÓN DE DIVERSOS

Quando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recogieren ya su lumbre;
Quando la ruga enojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo que vuela helare
Esa fresca y linda rosa:

Cfr. trad. de la Oda 13 del libro 4.º de Horacio.

*Insuperata tuae cum veniet pluma superbiae,
Et, quae nunc humeris involitant, deciderint comae,
Nunc et qui color est puniceae flore prior rosae,
Mutatus Ligurinum in faciem verterit hispidam;
Dices, heu (quoties te in speculo videris alterum)
Quae mens est hodie, cur eadem non puero fuit?
Vel cur his animis incolumes non redeunt genae.*
(Hor. Od, IV, 10, v. 2-8.)

*... et refugit te, quia luridi
Dentes te, quia rugae
Turpant et capitis nives.*
(Hor. Od. IV, 13, v. 10-12.)

[p. 327] Cuando os viéredes perdida,
Os perderéis por querer,
Sentiréis que es padecer
Querer y no ser querida.
Diréis con dolor, Señora,
Cada hora
¡Quién tuviera, ay sin ventura!
O agora aquella hermosura
O antes el amor de agora.

*Nunc piget: et quereris, quod non aut ista voluntas
Tunc fuit: aut non est nunc ea forma tibi.*
(Auson. Ep. 13, v. 5-6.)

¡Ay! por Dios, Señora bella,
Mirad por vos, mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella,
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que a amor no esté sujeta.

*Collige, virgo, rosas dum flos novus, et nova pubes,
Et memor esto aevum sic properare tuum.*
(Auson. Ed. XIV, v 48-50.)

¿Y qué vale, si a derecho
Os da pecho
El mundo todo y adora?

Si a la fin dormís, Señora,
En el solo y frío lecho?

Sapho, fragmentos: Egê d• mōna kaqēÝdw.

NOTAS A PIE DE PÁGINA: